

CI

SINUÉS



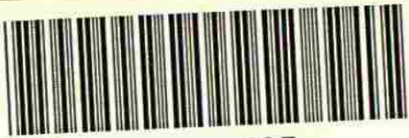
PLACIDA

Y UN DRAMA  
DE FAMILIA

PQ6567

.S5

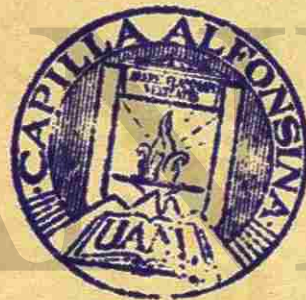
P5



1020027437



U A L



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



PLÁCIDA  
UANL

FONDO  
RICARDO GARCÍA GONZÁLEZ

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

Núm. Clas. 5618  
Núm. Autor 33881  
Núm. Adq. 8  
Procedencia -8-  
Precio \_\_\_\_\_  
Fecha \_\_\_\_\_  
Clasificó [signature]  
Catalogó \_\_\_\_\_



MARÍA DEL PILAR SINUÉS

PLÁCIDA

COND. FOND. RICARDO COVARRUBIAS Y

UN DRAMA DE FAMILIA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

MADRID

JOSÉ MARÍA FAQUINETO, EDITOR  
6—Calle del Olivar—6.

ALVAREZ HERMANOS, IMPRESORES  
15—Ronda de Atocha—15.

1889

100519

33831

863  
S.



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad de la  
autora, que ha hecho  
el depósito legal.



CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

I

En uno de los pueblecillos cercanos á la capital de Aragón, que llamaremos San Juan, vivían hace pocos años el tío Mariano, pobre jornalero, y la tía Bárbara, su esposa, buena mujer, aunque de carácter algo fuerte y bastante rencorosa.

Nadie sabía el apellido del bueno de Mariano, ó al menos le habían olvidado de tal suerte, que sólo alguno de los más ancianos de la aldea hubiera podido decirlo.

Se le llamaba *Calabaza*, apodo que su mismo padre le había puesto por lo escaso de sus alcances y lo nulo de su inteligencia.

—Hijo, eres un calabaza—le decía diez veces al día el bueno del tío Bernardo;—no me vales para nada, ni jamás podrás prestarme ayuda.

—¿Y qué culpa tiene el pobre de ser así?—decía al instante la madre de Mariano.

—Mujer, no digo yo que él tenga culpa nin-

863  
S.



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad de la  
autora, que ha hecho  
el depósito legal.



CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

I

En uno de los pueblecillos cercanos á la capital de Aragón, que llamaremos San Juan, vivían hace pocos años el tío Mariano, pobre jornalero, y la tía Bárbara, su esposa, buena mujer, aunque de carácter algo fuerte y bastante rencorosa.

Nadie sabía el apellido del bueno de Mariano, ó al menos le habían olvidado de tal suerte, que sólo alguno de los más ancianos de la aldea hubiera podido decirlo.

Se le llamaba *Calabaza*, apodo que su mismo padre le había puesto por lo escaso de sus alcances y lo nulo de su inteligencia.

—Hijo, eres un calabaza—le decía diez veces al día el bueno del tío Bernardo;—no me vales para nada, ni jamás podrás prestarme ayuda.

—¿Y qué culpa tiene el pobre de ser así?—decía al instante la madre de Mariano.

—Mujer, no digo yo que él tenga culpa nin-

guna, ni le regañó porque nada sabe hacer; digo sólo que es un calabaza.

Y calabaza por aquí, calabaza por allá, Mariano se quedó con el apodo de calabaza, única herencia que le dejó su padre, que había sido siempre tan pobre como él, pero mucho más listo.

Mariano casó antes de morir su padre con Bárbara, muchacha honrada y hacendosa, pero más pobre si cabía aún que él.

Bárbara no tenía profesión, ni aun ocupación fija; cuando había convites en el pueblo iba á guisar; cuando alguna de las mujeres llevaba mucha ropa al río la ayudaba en el lavado; cuando había enfermos iba á asistir, y todo esto por un precio muy módico y con la mejor voluntad.

Casi nunca la daban dinero, porque es sabido que en los pueblos corre muy poco la moneda: ya la pagaban con un vestido viejo, con un pañuelo desteñido por el uso, con un pan grande ó con algunas libras de patatas.

Bárbara quedaba siempre contenta; la dureza, la brusquedad de su carácter no la impedía tener el más hermoso corazón del mundo: aquella dureza era hija más bien de su genio vivo y amigo de la economía y del orden.

El padre de Mariano, que, como se ha dicho, era listo, vió que Bárbara era la única mujer que convenía á su hijo, y así participó á su mujer sus proyectos de casamiento.

—Pero hombre—dijo la buena madre—esa mujer va á zurrar á mi pobre hijo.

—¡Toma, que no se deje!

—¡Cómo que no se deje, si es un toro!

—Así le avivará.

—Así le matará á pesadumbres.

—Mujer, las personas del temple de nuestro hijo no se mueren nunca de un disgusto; lo que hacen es quemar la sangre á cuantos viven á su lado, pero ellos están siempre muy frescos.

—¡Ya verás, á pesar de cuanto dices, cómo tenemos que sentir!

—Más tendremos que sentir si se casa el chico con otra mujer floja; además de que ninguna muchacha le querrá en el lugar.

—¿Cómo que no?—exclamó la esposa herida en su orgullo maternal.

—¡Clarol ¿Le has conocido tú alguna novia, y eso que tiene ya cerca de treinta años?

Nada había que responder á esta objeción, porque, en efecto, Mariano nunca había tenido novia; las muchachas del lugar se burlaban de él, y ninguna le hubiera sufrido á su lado ni en la velada, ni en el baile, ni cuando iba por agua á la fuente.

Bárbara no se reía de él; compadecía á aquel pobre mozo, alto, flaco, y cuya cara larga y amarilla tenía una gran semejanza con el fruto cuyo apodo llevaba; era tan paciente, tan sufrido y



tan servicial en medio de su misma nulidad, que en las buenas ideas de Bárbara no cabía burla alguna para él.

Bárbara era una mocetona de veintiséis años, baja, gruesa; comía mucho, trabajaba mucho y cantaba con una voz bastante hombruna; su vestido era pobrísimo: se reducía á una falda de indiana, remendada con pedazos de diferentes dibujos; á un jubón, no menos remendado, y á un pañuelo lleno de zurcidos; pero todo esto tan limpio, tan bien puesto, que parecía iba llena de galas.

Un día, al anochecer, que venía de lavar una gran cantidad de ropa, se halló esperándola al padre de Mariano.

—Buenas noches, Bárbara—le dijo el buen hombre.

—Buenas las tenga usted, tío Bernardo—contestó la muchacha.

—¿Tienes prisa?

—Si y no: ya sabe usted que soy sola y que nadie me espera, pero tengo que entregar esta ropa.

—No te entretendré mucho, Bárbara.

Esta dejó el lío de ropa sobre el banco de piedra en que había estado sentado el tío Bernardo, y escuchó.

—Bárbara—dijo el buen hombre—¿te casarías de buena gana con mi hijo?

—¿Por qué no?—repuso la joven—es bastante dócil y bonachón, y creo que si yo le dijera anda por ahí ó anda por aquí, andaría.

—Eso es verdad, Bárbara.

—Me parece que me dejaría gobernar la *pobreza* de la casa.

—Desde luego; treinta años tiene y jamás ha pedido un cuarto.

—No es malo para marido, tío Bernardo.

—En ese caso, os casaréis.

—Pero, ¿sabe él algo? Nunca me ha dicho que me quería.

—¡Bah, es un calabaza!

—Eso no importa; yo me casaré con él gustosa, porque ya sabe usted que no tengo padre ni hermanos; pero ha de ser queriéndome él; si no, jamás.

—Vente conmigo, Bárbara—dijo magistralmente el tío Bernardo.

—Ahora no puedo; pero en dejando la ropa iré á su casa de usted.

—Pues hasta luego.

—Hasta luego.

Una hora después fué Bárbara á casa de su futuro.

Esto verdaderamente no estaba en lo natural; pero la pobre muchacha no tenía á nadie que le arreglara su casamiento, y resolvió arreglárselo por sí misma.

Halló á la familia reunida en la cocina.

El padre, pensativo, fumaba tabaco negro; la madre hilaba estopa; el hijo mondaba patatas para la cena.

—Vaya, hija, ven acá—dijo la madre de Mariano, haciendo un ladito á Bárbara.

—No tengo frío—respondió ásperamente la muchacha;—lo que quiero es que acabemos pronto, porque estoy rendida de trabajar, y si he de cenar aun he de hacer la cena.

Luego, encarándose con Calabaza, le preguntó:

—Mariano, ¿te casarías conmigo de buena gana?

—Ya se ve que sí—respondió Calabaza.

—¿De veras?

—De veras.

—¿Harás lo que yo te mande?

—A ciegas.

—Pues vaya, dentro de un mes nos echarán las bendiciones—añadió Bárbara, levantándose para salir.

—Pero mujer, ¿ya no hay más que decir?—preguntó el tío Bernardo admirado de la vivacidad de su futura nuera.

—¿Así se arregla un asunto tan serio?—añadió su mujer.

—¿Qué quiere usted?—repuso Bárbara—¿no somos los más pobres del lugar?

—Sí.

—Pues bien: yo tengo mi casita, compuesta de la cocina, un cuartito, malo es verdad, pero que vale para dormir, puesto que en él duermo yo; además, tengo un corral donde crío gallinas y conejos. Pues bien: así que nos casemos. Mariano se viene conmigo, y donde he vivido yo sola viviremos los dos.

—Pero mujer—dijo la madre—algo hemos de hacer nosotros por él.

—¿Y qué han de hacer ustedes?

—¿Lo has de poner todo?

—¿Y qué remedio? Yo tengo algo, él tiene sus brazos, yo hallo un marido, él halla una casa y una mujer que le cuide: cada uno pone lo que tiene, con que buenas noches.

Bárbara salió dichas estas palabras.

—¡Anda á acompañar á tu novia, Calabaza!—le dijo su padre.

—Es muy bestia, pero buena como el buen pan—dijo la madre así que hubieron salido.

—Que sea buena es lo principal—respondió el padre con tono sentencioso.

## II

Al día siguiente empezó á cundir por el lugar una noticia extraordinaria.

—Calabaza tiene novia—se decían las muchachas al ir á la fuente.

—Calabaza tiene novia—se decían los mozos al ir al campo.

—Y la novia es Bárbara.

—¡Pobre Calabazal Ya se puede preparar á llevar algunas palizas.

—¡Bah, bah! Ahora puede que avive.

—¿Avivar él? Es ya viejo.

Todos los días, durante un mes, se renovaron estas conversaciones; pero llegó un domingo en que la iglesia de la aldea se llenó de gente desde muy temprano, y en que el señor cura echó la bendición nupcial á Bárbara y Mariano.

Formaban los novios el contraste más perfecto: Bárbara, baja de cuerpo, gruesa y negra, tenía el color encendido, el pelo negro y basto, los ojos pequeñísimos y la boca grande, pero adornada de una buena dentadura.

Su marido era alto y desgarbado como un chopo, flaco en extremo; su color era terroso, sus ojos y sus cabellos de un color indefinible; tenía siempre la boca entreabierta y los brazos colgando á lo largo del cuerpo.

Acabada la ceremonia no hubo convite, según costumbre; los novios comieron solos con sus padres, y al anochecer se encerraron en la casa, ó más bien en la chocita de Bárbara, que era el único patrimonio de los consortes.

Desde el día siguiente emprendieron el mismo método de vida que antes habían seguido.

Bárbara se levantaba antes del día y se iba á ganar su jornal lavando, guisando ó cuidando algún enfermo.

Mariano, hostigado por su mujer, comía sus sopas, tomaba su azada y se marchaba á ganar al campo su jornal.

Volvió á las doce y tenía la obligación de dar de comer al cerdo y á las gallinas.

Un día que se le olvidó, tuvo que sufrir tal enfado de Bárbara, que juró que nunca jamás le volvería á suceder.

Seis años pasaron sin tener hijos; al cabo de este tiempo, Bárbara dió á luz un niño, al cual se le puso el nombre de Mateo por devoción de su madre.

La condición áspera de la señora Calabaza se dulcificó algún tanto con este acontecimiento; la pobre mujer sentía un consuelo inefable al volver á su casa y hallarse con un angelito que la esperaba sonriéndole; una vecina caritativa se lo llevaba dos veces al día adonde estaba lavando para que le diese de mamar, y luego volvía á acostarlo en la cama.

Por un milagro de la naturaleza el pequeño Mateo era un sol de hermosura, á pesar de tener por padres dos modelos de fealdad.

Blanco y rosado, con ojos negros y cabellos sedosos y oscuros, robaba la atención de cuantos le veían, no sólo por estas perfecciones, sino

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
"ALFONSO REYES"  
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

también por la gracia de todos sus movimientos.

Pasaron cuatro años más, y Bárbara dió á luz una niña, á quien se puso el gracioso nombre de Plácida.

En nada había cambiado entre tanto la precaria situación de Calabaza y de su esposa; seguía aquélla haciendo sus mandados y envejeciéndose en el río, expuesta al sol, al aire y á la intemperie de las estaciones, y éste cavando de sol á sol, encorvado bajo el peso de un trabajo duro y sin descanso; pero á pesar de la asiduidad de ambos, ni uno ni otro conocían apenas al rey por su moneda.

Sabido es que en las aldeas corre muy poco el dinero y que carecen de él hasta los más ricos propietarios; el jornal de Calabaza era algunas veces retribuido por algunas monedas de cobre; pero la mayor parte de los días recibía en pago de su trabajo, ya un trozo de tocino, ya una regular cantidad de patatas, ó bien una medida de legumbres secas.

Lo mismo sucedía con Bárbara; casi siempre llevaba á su casa especies en vez de dinero, y como los pobres no tenían otra cosa de que mantenerse, y eran bastante tragones, devoraban casi en el día el producto de su trabajo.

Cuando percibían algún dinero se empleaba infaliblemente en comprar alguna ropita á los niños.

¿Pensaréis acaso, lectores míos, que los esposos regañaban? Pues os equivocáis de medio á medio; á pesar de tener Bárbara un genio que hacía honor á su nombre, jamás le dió su esposo motivo para que hiciera uso de él.

Imposible es imaginar una paciencia, una mansedumbre que pudiese competir con la del bueno, y casi pudiera decirse, con la del santo Calabaza; poco á propósito por sus cortos alcances para prevenir los deseos de su mujer, tenía al menos tal docilidad á sus mandatos, que aun no espiraba la palabra en la boca de Bárbara cuando ya los veía ejecutados.

Antes de que su esposa pensara en levantarse ya le había él recogido la ropa en un gran costal y la esperaba sentado y silencioso.

Cuando Bárbara abría los ojos se ponía él á hacer la sopa para el almuerzo de los dos y de los niños, y luego le llevaba la ropa al río para que ella no se cansase.

Muchos días el pobre Calabaza comía, por todo alimento, un pedazo de pan negro, para que su mujer, que venía cansada, no guisara, y porque corocía que, guisando él, tendría que hacerla preguntas que la irritarían en la mala disposición de ánimo en que estaba.

Cuando el tiempo era bueno, Bárbara quería llevarse con ella á los dos niños; entonces Calabaza iba con ella y arreglaba para sus hijos una

especie de nido con hojas y flores, en cuyo centro se ponía una sábana doblada.

Allí encerraba Bárbara á sus dos pájaros, como ella les llamaba, con esa poesía inherente á las madres, y allí gorjeaban ellos como si fueran efectivamente dos avecillas.

Mateo, sin embargo, tenía arranques que costaban caros á la pobrecita Plácida; casi nunca escapaba ésta sin un buen manotón ó sin algunos pellizcos, que hacían á Bárbara montar en cólera y algunas veces zurrar de lo lindo al atrevido Mateo.

¿Pero sabéis lo que éste hacía?

Reirse y cantar, como diciendo á su madre:

—Tanto se me da de los golpes de usted como de los nidos de antaño.

Bárbara, que volvía corriendo á su lavado, nada de esto veía, y el indómito muchacho, en cuanto le valía la ocasión, encajaba á su hermana otro pellizco ú otra bofetada.

Entonces Bárbara se quitaba su zapato, y zurraba más fuerte á su hijo; pero él volvía á cantar y á reír.

Un día después de la segunda palinodia, se quiso escapar á la aldea; Bárbara se quitó sus ligas y le ató á un árbol.

Durante mucho rato gritó, pateó y rabió; luego se calló; cuando su madre le dió la comida no quiso tocarla, y cuando al anochecer fué á

desatarlo para llevarle á casa, le encontró morado de ira y sin poder casi respirar.

A todo esto no contaba Mateo más que cinco años, y su madre, que no tenía pelo de tonta, cavilaba muchas veces en lo que aquella criatura podría llegar á ser con el tiempo.

No le faltaba razón, en verdad, para cavilar; Mateo era cada día más irreducible y peor; se burlaba, no sólo de su bendito padre, sino también de su terrible madre, de su madre, cuyas iras temían todos en el lugar, conociendo hasta dónde llegaban cuando eran motivadas.

De esta suerte pasaron otros cuatro años; contaba nueve Mateo y cuatro su hermanita, y ya la frente de su pobre madre empezaba á arrugarse, menos por los años, pues aun era bien joven, que por su excesivo y penoso trabajo y por los disgustos que le ocasionaba su hijo.

### III

Era un domingo de primavera y poco más ó menos las cuatro de la tarde.

En la pequeña cocina de la casita ocupada por Calabaza y su esposa Bárbara se hallaban esta última, su niña y una vecina de edad avanzada y aspecto alegre y honrado.

Llamaban á aquella buena mujer la señora Petra, y por apodo *la Sacristana*, á causa de ha-

especie de nido con hojas y flores, en cuyo centro se ponía una sábana doblada.

Allí encerraba Bárbara á sus dos pájaros, como ella les llamaba, con esa poesía inherente á las madres, y allí gorjeaban ellos como si fueran efectivamente dos avecillas.

Mateo, sin embargo, tenía arranques que costaban caros á la pobrecita Plácida; casi nunca escapaba ésta sin un buen manotón ó sin algunos pellizcos, que hacían á Bárbara montar en cólera y algunas veces zurrar de lo lindo al atrevido Mateo.

¿Pero sabéis lo que éste hacía?

Reirse y cantar, como diciendo á su madre:

—Tanto se me da de los golpes de usted como de los nidos de antaño.

Bárbara, que volvía corriendo á su lavado, nada de esto veía, y el indómito muchacho, en cuanto le valía la ocasión, encajaba á su hermana otro pellizco ú otra bofetada.

Entonces Bárbara se quitaba su zapato, y zurraba más fuerte á su hijo; pero él volvía á cantar y á reír.

Un día después de la segunda palinodia, se quiso escapar á la aldea; Bárbara se quitó sus ligas y le ató á un árbol.

Durante mucho rato gritó, pateó y rabió; luego se calló; cuando su madre le dió la comida no quiso tocarla, y cuando al anocheecer fué á

desatarlo para llevarle á casa, le encontró morado de ira y sin poder casi respirar.

A todo esto no contaba Mateo más que cinco años, y su madre, que no tenía pelo de tonta, cavilaba muchas veces en lo que aquella criatura podría llegar á ser con el tiempo.

No le faltaba razón, en verdad, para cavilar; Mateo era cada día más irreducible y peor; se burlaba, no sólo de su bendito padre, sino también de su terrible madre, de su madre, cuyas iras temían todos en el lugar, conociendo hasta dónde llegaban cuando eran motivadas.

De esta suerte pasaron otros cuatro años; contaba nueve Mateo y cuatro su hermanita, y ya la frente de su pobre madre empezaba á arrugarse, menos por los años, pues aun era bien joven, que por su excesivo y penoso trabajo y por los disgustos que le ocasionaba su hijo.

### III

Era un domingo de primavera y poco más ó menos las cuatro de la tarde.

En la pequeña cocina de la casita ocupada por Calabaza y su esposa Bárbara se hallaban esta última, su niña y una vecina de edad avanzada y aspecto alegre y honrado.

Llamaban á aquella buena mujer la señora Petra, y por apodo *la Sacristana*, á causa de ha-

ber sidó su marido sacristán durante muchos años.

Bárbara estaba desconocida, y su fealdad se había aumentado de un modo extraordinario; entre sus cabellos ásperos y cerdosos se veían muchas canas que hacían parecer su cara doblemente negra que lo que era en realidad.

Su grosura había desaparecido, y ya se sabe el desagradable aspecto que presentan las personas que pasan de la obesidad á la extrema carencia de carnes.

La pobre mujer se hallaba ya encorvada por el exceso del trabajo y también por el exceso aun más doloroso y quebrantador de sus pesares.

Su traje era siempre mísero y remendado, pero limpio y compuesto con esmero; sentada en una sillita baja de madera, y con la mano apoyada en la mejilla, parecía absorta en amargas reflexiones.

La sacristana la miraba con pena; era, como ya queda dicho, una mujer cuya edad podía llegar á los sesenta años, rolliza sin ser gruesa, sonrosada y bien vestida; conociase que toda su vida había disfrutado esa dulce medianía, ese modesto bienestar de las aldeas, que si no deja desear lo superfluo, no permite tampoco carecer de lo necesario.

Entre aquellas dos ancianas, la una por el do-

lor y la otra por la edad, bailaba Plácida, gorjeando el dulce cántico de la infancia.

Poco más de cuatro años contaba la niña, y aunque no tan hermosa como su hermano, prometía ya mucha gracia, como promete colorido y aroma el botón que se abre junto á una pobre rosa, destrozada por el viento.

Por uno de esos caprichos frecuentes en la naturaleza, Mateo se parecía á su madre en su carácter arrebatado y fiero y en su temperamento fuerte y enérgico; sólo que el hijo había sido dotado de una hermosura que jamás había poseído aquella pobre y desventurada madre.

Plácida se parecía á Calabaza, no sólo en la dulzura de su índole, sino hasta en su parte física.

—¿Cómo se explicará esto, sabiendo que el pobre Calabaza era feo en extremo, y habiendo dicho que la niña era bonita?

Del mismo modo que la semejanza que existía entre Bárbara y Mateo.

—Vamos, mujer—dijo la sacristana á la mujer de Calabaza—ánimate ó darás con tu cuerpo en tierra.

—Poco me falta ya, señora Petra—repuso Bárbara, cuya áspera condición había domado el dolor de un modo increíble.

—Ya, ya lo veo; pero hija, ¿es eso justo? Vamos, come algo; el chico parecerá, se habrá ido

abí cerca, al prado grande, á jugar al marro ó á los bolos.

— ¡Ay de mí! — suspiró la pobre madre, que ni aun tenía para desahogarse la facilidad de llanto.

La niña se acercó al oír el gemido de su madre; era una bonita criatura con largos cabellos rubios, ojos azules y boquita de rosa.

A pesar de lo avanzado de la estación, la pobrecita estaba vestida sólo con un viejo traje de bayeta encarnada, cuyos bordes ponían roja, con su burdo contacto, la parte superior de sus blancos piecitos, calzados con unos zapatos del todo rotos.

Plácida se acercó á su madre, suspendiendo su baile y su canción, y apoyó en el pecho de aquella su peregrina cabeceita.

— ¡Ay, hija de mi alma! — murmuró Bárbara besándola con infinita y melancólica ternura. — ¡Ay, hija mía, y qué presto vas á quedarte sin madre!

— Vamos, mujer; ¡por Dios te pido que no digas esas cosas! — exclamó apurada la sacristana. — ¿Es ese tu valor, y puede pensarse siquiera que una mujer de tu fibra se deje acobardar por un hijo de nueve años?

— ¡Ay, Dios mío! ¡Señora Petra, hay muchos de veinte que no son tan tercos y desalmados!

— Ya lo sé, hija, ya lo sé; pero tal vez cambiará.

— ¡No lo crea usted!

— ¿Quién sabe? Dios todo lo puede y tú eres buena cristiana.

— Señora Petra — dijo Bárbara, tomando á Plácida sobre sus rodillas — usted no sabe lo que pasamos con esa criatura su bendito padre y yo.

— Algo sé, hija, y lo que tiene la culpa de todo es que, como dices, su padre es un bendito; no basta la mano de una mujer, por fuerte que sea, para sujetar á un hijo indómito.

— De hijo que tiene usted razón, señora; pero, ¿qué hemos de hacerle? El pobre Mariano ha nacido así y no puede variar de repente.

— ¿Ha sido verdad la fechoría que se cuenta de tu hijo en casa de la mayorazga?

— Sí, señora; se entró por el tejado de la despensa y robó un pernil de tocino; y cuando le dijimos que por qué lo había hecho, ¿sabe usted lo que nos respondió?

— Cualquier disparate.

— ¡Toma! ¿Pues qué se piensan ustedes que he de ser yo tan tonto que he de comer sopas y patatas pudiendo comer magras? ¡Eso sí que no! Tanto valgo yo como los hijos del mayorazgo.

— Pocos días hace que pegó fuego á la puerta del huerto del cirujano.

— Sí, señora; con la intención de que ardiese



toda y de dejar al pobre hombre en la calle.

—Pero, ¿qué idea le dió?

—Que pidió peras á los criados y no quisieron darle; además de todas esas maldades, se avergüenza de nosotros y no quiere salir ni con su padre ni conmigo.

Al acabar de pronunciar Bárbara estas palabras se oyó un rumor sordo, y un instante después se precipitó Mateo en la cocina.

—¡Tunante! ¿De dónde vienes así?—exclamó su madre poniendo la niña en el suelo y precipitándose hacia él, con la mano levantada.

Pero Mateo puso el codo delante, según hacen los malos muchachos, como medio de defensa, y se retiró algunos pasos.

Su madre, sin embargo, le descargó un puntapié que le hizo retroceder aun más.

Pero el muchacho, que era alto y grueso, se enderezó furioso, cogió á su hermanita bajo el brazo, y dijo á su madre, mientras de sus ojos brotaban chispas de ira:

—Si vuelve usted á tocarme estrella á la niña contra la pared.

—¡Hereje! ¡Bribón!—gritó Bárbara arrojándose de nuevo hacia él.

Pero la sacristana, que por la descomposición de las facciones de Mateo, conoció que haría lo que estaba diciendo, contuvo á Bárbara y dijo á su hijo:

—Deja á la niña, hombre, deja á la niña; ¿qué culpa tiene el angelito? ¿Ves cómo se ríe?

En efecto: la pequeña Plácida, creyendo que su hermano jugaba con ella, le miraba riéndose y batiendo sus manitas.

—Vamos, déjala—repitió la señora Petra;—tu madre no te tocará mientras yo esté aquí.

—Y después que usted se vaya se guardará bien de hacerlo—repuso Mateo, dejando á su hermana en el suelo.

—¿Qué has hecho que vienes tan roto?—preguntó Bárbara, al ver el pantalón de Mateo hecho girones.

—Pelear con los hijos del mayorazgo, que no porque sean hijos de su padre me he de dejar yo pegar.

—Siempre empezarías tú.

—No me acuerdo quién fué; lo que sé es que les puse bien blandos.

—Mujer, ¿por qué no dejas que se lleve á este chico el señor duque, que no tiene hijos y haría su suerte?

—¿No ve usted que entonces negaría ser hijo de sus padres este desalmado?—repuso Bárbara.

—¿No se avergüenza ya de vosotros?

—Sí, señora; pero más se avergonzaría entonces.

—Hija, yo no sé que en esa culpa tan grande importe más que se avergüence poco ó que se

avergüence mucho; créeme: déjalo que se lo lleve á Francia.

—Tía sacristana, ya la quiero á usted—dijo Mateo acercándose.

—¿A mí? ¿Quieres tú á alguno acaso?—preguntó la buena mujer.

—A usted, porque dice á mi madre que me deje marchar con el señor duque.

—Entonces, picarón, tú te irás de buena gana, ¿no es cierto?—exclamó Bárbara montando de nuevo en cólera.

—Sí, señora—respondió con serenidad Mateo.

—¿Y no piensas en que tal vez no volverás á vernos más?

—Pienso alguna vez; pero, ¿qué hemos de hacerle?

En aquel momento se abrió la puerta y entró Mariano en la cocina.

—Vengo rendido y no he podido encontrarle—dijo sin ver á su hijo.

Una carcajada de Mateo sirvió de respuesta á estas palabras.

—¡Cómo estás aquí!—dijo Calabaza, cuya fisonomía cándida y casi estúpida no expresó ni asombro ni enojo.

—Vamos, ¡sí lo digo yo!—exclamó Bárbara—¡tu cachaza, tu indiferencia, tu maldito genio de aquí me las den todas es lo que pierde á este chico!

—Mujer, yo creo que lo que lo vuelve sin sen-

tido son tus continuos gritos—dijo con su calma acostumbrada Calabaza.

—Y yo te aseguro—repuso su mujer—que lo que le hacía falta era tener un padre fuerte, que le domase con una paliza cada día.

—Vaya, no hay que cansarse—dijo la sacristana, que veía ennegrecerse el horizonte conyugal;—este Judas hace el mismo caso de los golpes que de la blandura.

—Esa es la verdad—añadió el muchacho con increíble imprudencia.

—Lo que yo afirmo es que entre unos y otros me van á quitar la vida—dijo la pobre madre, cuya firmeza se doblegaba ante el férreo carácter de su hijo.

—Pues vamos, mujer, antes de que yo me vaya de aquí dame el gusto que voy á pedirte—dijo la sacristana.

—¿Qué desea usted de mí?—preguntó Bárbara.

—Que des tu consentimiento para que se lleven á ese bribón de chico.

—Pero, señora, ¡si no tengo más hijo que él!

—Aun te queda la niña; y, sobre todo, ¿para qué te sirve? Para quitarte la vida; déjale, que así haces su suerte y vosotros os quedáis en paz.

—¡La pena me matará al verle lejos de mí!

—Morirás al menos en paz; ¿no ves que así te mata á disgusto? ¡Si para coserle no tienes el hilo!

pol ¡Mira ahora cómo viene! ¿se conoce que eso sea calzones y chaqueta? y ¿cuántos días has pasado lavando, pobre mujer, para comprarle ese vestido? Vamos, ¿manda Dios que los padres se dejen matar por los hijos?

—¿Qué hacemos, Mariano?—pregunto Bárbara, volviendo los tristes ojos á su esposo, pues aunque conocía su incapacidad sabía también que la mujer honrada debe respetar á su marido.

—¿Qué hemos de hacer, mujer?—respondió Calabaza;—lo que tú quieras.

—¡Eso no es decir nada!—repuso Bárbara irritada.—¡Yo no sé por qué te pregunto!

—¿Pero no sabes que mi voluntad es la tuya?

En aquel instante se abrió la puerta, y un hombre que tendría sesenta años entró en la cocina, poniendo así término á la disputa de los dos esposos.

El recién venido tenía un aspecto muy extraño; era grueso, pero parecía ir embutido en un corsé tan apretado, que su rostro estaba carmesí. Sus cabellos, ó más bien su peluca, negra, excesivamente poblada, y ridícula hasta el extremo por su enorme tamaño, estaba prolija y juvenilmente rizada, en relucientes sortijillas; unas cejas muy grandes y tan negras que parecían pintadas con charol, hacían parecer más pequeños á sus ojillos azules y enteramente desprovistos de pestañas.

Este personaje era pequeño y grueso; su nariz muy corta y encendida, su boca hundida, á pesar de estar adornada con una dentadura postiza de subido precio, su cara granujienta, sus grandes manos y anchos pies, le daban un aspecto tan extraño como desagradable.

En cuanto á su traje era de un lujo excesivo; su exquisito calzado, su redingot de paseo de medio color, su chaleco de satén carmesí con flores de seda de color de oro, sobre el cual se cruzaba una cadena con sellos y armas de diamantes, su delicado guante y su flamante sombrero, le daban un aspecto tan brillante, que dejó aturcidos, no sólo al pobre Calabaza y á su mujer, sino también á la señora Petra la sacristana; en cuanto á Mateo, no hay que decir que le miraba con la boca y los ojos muy abiertos.

Bárbara se levantó y acercó una silla á aquel vistoso personaje; pero él rehusó, y dijo con tono altanero y con marcado acento francés:

—¡Eh! No estoy para sentarme, buena mujer, que tengo mucha prisa; sólo he venido á decir á usted y á su marido que me voy esta noche á París, y que si no les viene mal me llevaré conmigo á Mateo; me divierte y haré su suerte.

Al oír aquellas palabras, el irresoluto y tímido Calabaza miró á su mujer, que, lejos de responder á aquella mirada, bajó la cabeza abrumada por su dolor.

—Qué, ¿ni siquiera merezco una respuesta?— preguntó ásperamente el personaje.—¿Saben ustedes que es el duque de Varennes quien les hace el honor de venir á pedirles su hijo?

—Señor—dijo Bárbara levantando la cabeza;—yo no sé lo que es un duque, porque es el primero que en toda mi vida he visto...

—¡Lo creo!—interrumpió burlescamente el personaje.

—Pues bien, más vale así, caballero; digo que usted es el primer duque que veo, y que ve también mi pobre marido; así no sé lo que es ser duque; pero aseguro á usted que el separarme de mi hijo me costará una pena mortal.

—¡Bah, bah, lo creo!—repuso el señor duque.—De cien madres, eso es lo que dirían las noventa y nueve; todas son así. ¿Y qué dice su padre?

—Yo... yo digo que...—balbuceó el pobre Calabaza.

—¡Tú dirás que no, como lo digo yo!—exclamó Bárbara.

—Vamos, buen hombre, responda usted—insistió el duque.

—Yo digo que deseo el bien del muchacho, pero que no quisiera que su madre tomase un pesar—dijo por fin Calabaza.

—¿Y tú, Mateo, qué dices?—preguntó el duque dirigiéndose á su protegido.

—Yo digo que me quiero ir con V. E. y que me iré—contestó resueltamente Mateo.

—¡Ea, dejadlo con mil santos!—dijo á su vez la sacristana.

—Vaya, vaya, me lo llevo—dijo el duque;—su madre llorará un poco, pero más valdrá que no lo vuelva ya á ver; luego se consolará, sabiendo que su hijo es rico y lo pasa bien.

Al decir estas palabras tomó al niño de la mano; éste se disponía á seguirle con la mejor voluntad; pero la pobre madre se levantó como una leona herida.

—¡Eso no!—dijo.—Que se vaya, ya que él quiere abandonarnos... ya que su padre no se opone á ello; no quiero que en ningún tiempo diga que su madre le quitó su bienestar... pero así tan de repente, no, señor; envíe usted por él, ó venga usted mismo á buscarle cuando ya vaya á subir al coche.

—Vendré por ti á las siete, chiquito—dijo el duque.—Y sin decir una palabra de despedida, salió de la cocina.

Bárbara no volvió ya á levantar la cabeza, que tenía caída sobre el pecho; y cuando al anoecer vino el mismo duque á buscar á su hijo, le abrazó mil veces, le cubrió de besos y de lágrimas, y, á pesar de su fortaleza, cayó desmayada cuando el carruaje partió llevándose al duque, á su secretario particular y al alegre Mateo.

## IV

Diremos algunas palabras sobre los antecedentes del duque antes de continuar esta historia.

Hará ahora como unos noventa años que un fondista de París fué agraciado con una cantidad enorme que le había tocado en suerte en la famosa lotería de Hamburgo.

La suma ascendía á cinco millones de francos; el buen hombre cerró su fonda, que no era por cierto de las más elegantes, y se hizo agiotista, palabra elástica que algún día comprenderéis, queridos jóvenes, por más que ahora os sea desconocida su significación; os diré, por lo pronto, que bien aconsejado por varias de esas personas que en todas las naciones del mundo, y en Francia sobre todo, se pegan á los ricos, *hizo negocios* más ó menos limpios y dobló su fortuna en seis años.

El tío Casimiro Gringolet, que mientras vistió su delantal blanco y su gorro de algodón tuvo la conciencia bastante limpia, el sueño bastante tranquilo y el apetito bastante bueno, empezó á perder el sosiego, á comer poco y á padecer desvelos.

Los manjares que él mismo se había acondicionado en otro tiempo y de los cuales había comido en abundancia, le parecían desabridos y

ordinarios; en fin, el opulento nabab era mucho más desgraciado que el alegre y rollizo fondista, chancero con sus parroquianos, complaciente para su mujer y delicioso para todos.

Pero no creáis, lectores míos, que esto procedía de que sus riquezas desagradasen á Casimiro Gringolet, nada de eso; él estaba contentísimo con ser rico; pero, además, deseaba brillar, dar convites, tener palco en la Opera, en los Bufos y en los Italianos; poseer ricos carruajes y brillantes trenes; el demonio de la vanidad le había agarrado de manera que no sabía cómo desasirse de él.

Por fortuna suya, sus *excelentes* amigos estaban siempre ojo avizor para complacerle; no faltó quien ilustrase el gusto del bienaventurado Gringolet acerca de caballos, carruajes y mueblaje de casa; se le hizo gastar medio millón de francos en vasos del Japón, figuritas de Sajonia, cofrecillos del tiempo de Luis XIII y cuadros de Boucher, Scheffer y Cuortin.

Formósele una biblioteca magnífica con los volúmenes de Lafontayne, Chenier, Chateaubriand, Yalet, Lamartine, Víctor Hugo, Molière, Byron y mademoiselle Stael; se le compraron mueblecitos de palo de rosa y de Boule, para guardar sus joyas y sus pecheras de encaje; se llenó su comedor de porcelanas, de cristal de roca y de vajilla de plata; se le hizo un lecho esculpi-

do con *las armas de su casa*, y, en fin, se le montó una casa, ó mas bien un palacio, completamente á lo gran señor.

Después de todo esto los amigos pensaron formalmente en la representación social que se había de dar á Casimiro; en este mundo es forzoso ser algo; y después de discurrir durante algunos días, decidieron hacerle duque, comprando para él el ducado de Varennes y asegurándole podía llevar el título, siquiera por haberle costado una buena cantidad de escudos.

El buen Casimiro se alegró de ser duque, menos por él que por un pimpollo que tenía de diez años, y que respondía al prosaico nombre de Ciriaco; este niño, de una disforme obesidad, basto y mofetudo, no sabía jugar con los trajes de terciopelo y raso que vestía desde la opulencia de su padre, y se vengaba manchando cada día un vestido.

Buscósele un ayo y una doncella que le sirviera; pero al primero no le hacía maldito el caso, y á la criada le tiraba los zapatos con sólo que se le ocurriera hacerle ver la precisión de lavarse la cara.

Así pasaron algunos años; la educación de Ciriquito Gringolet no adelantaba un paso; quinque primaveras había ya visto florecer sin que aprendiese á escribir y sin que conociese los números; pasábase el día en comer, dormir ó ju-

gar al trompo en el soberbio salón de su padre.

Diez y seis años contaba cuando su madre pasó á mejor vida; la digna mujer se hallaba mucho mejor entre sus guisados que en su dorado palacio, y ni una sola hora vivió á gusto en medio de su grandeza.

Faltándole los goces de gobernar la despensa, de sazonar las ollas, de dar vuelta á los asados, de echar la cuenta del gasto, en fin, no le hallaba objeto á la vida, y la melancolía acabó con su salud, conduciéndola al sepulcro.

Ciriaco sintió hondamente la pérdida de su madre; su padre le amaba, es verdad; pero asediado con las visitas ú ocupado con los negocios, apenas tenía tiempo que dedicarle, mientras su madre sólo pensaba en él.

Durante el año del luto, Ciriaco estuvo inconsolable; pero cuando empezó á usar los nuevos trajes que se le habían hecho, pareció regenerarse como la crisálida que sale de su capullo hecha una linda mariposa.

Faltándole el solcito cuidado de su madre, resolvió cuidarse por sí mismo; faltándole su compañía, empezó á salir, deseando hallar amigos; aprendió á vestirse con primor, á peinarse, á perfumarse; pidió maestro de baile y de dibujo que su buen padre se apresuró á concederle; se le puso su servidumbre y su carruaje particular; se le señalaron cuatro soberbios caballos de silla,

y se convirtió, en fin, en uno de los dandys más á la moda de la capital de Francia.

El papá Gringolet veía lleno de gozo la brillante metamorfosis de su hijo; apenas podía creer al verle que aquel fuera el muchacho toseco, comilón y ordinario que había nacido y se había criado entre el ruido de los almirces de su hostería; pero ¡ay, cuánto hubiera deplorado, si hubiera podido conocerle, el cambio interior que, al mismo tiempo que el exterior, se había verificado en su hijo!

Ciriaco, desde que se levantaba á las doce para salir á dar un paseo con sus amigos, se había olvidado de rezar sus oraciones cotidianas; desde que se acostaba al amanecer se dormía sin el nombre de Dios en los labios; y el cristiano que se duerme y que despierta sin pensar en Dios, mis amados jóvenes, es bien digno de lástima.

¡Ah, no hagáis jamás esa vida disipada que se llama *del gran mundo!* El cuerpo y el alma necesitan reposo, orden y economía, como nuestros caudales, como nuestra hacienda; y ¿qué se alcanza invirtiendo todas las horas del reposo, robando al trabajo las que son suyas, y entregándose á diversiones que marchitan y envejecen el corazón y fatigan el ánimo?

La oración, ese supremo bien que el cielo nos ha concedido, no puede salir de unos labios secos por el desvelo, fervorosa y pura; la oración

tiene su perfume, que emana del alma y que luego sube al cielo.

Desde que Ciriaco perdió la costumbre de rezar, se le hizo *manga ancha*, como suele decirse; jugó y perdió grandes sumas, hizo deudas, y pasó, en fin, por todos los trámites de los calaveras adocenados y vulgares.

Su padre llegó por fin á conocer lo que sucedía, y le aconsejó casarse; pero Ciriaco no pensaba en tal; horrorizábale sólo el pensar en la vida de familia, es decir, en la vida feliz del reposo, del sosiego, de las afecciones; y por más que su padre le proponía partido tras partido, todos los rehusó, asegurando que no tenía vocación ninguna al matrimonio.

El pobre duque desistió del proyecto de casar á su hijo; pero cada día más solo en su palacio, empezó á echar de menos la compañía de su mujer y á pensar con sentimiento en aquellos deliciosos domingos en que, dejando la fonda á cargo de sus cuatro dependientes, se iban á pasear cogiditos del brazo por los bulevares.

Mientras el pobre viejo acariciaba estas melancólicas memorias de sus pasados años, Ciriaco seguía su vida de desorden, que al fin acabó por adelgazarle, lo que le hizo del todo feliz; lo que más le había afligido siempre era su obesidad, obesidad invencible, pues se apoyaba en sus pocos años y en su excelente salud.

Cayó por fin enfermo su padre y enfermo de muerte; la riqueza había sido para aquel honrado matrimonio como un tósigo fatal que, después de envenar su vida, le llevó al sepulcro.

Durante dos meses Ciriaco, que había dejado toda clase de diversiones, permaneció á la cabecera de su padre con la esperanza de salvarle; pero la enfermedad estaba de tal modo desarrollada, y crecía con tanta rapidez, que nada pudieron los auxilios de la ciencia.

Algunos días antes de su muerte se hallaban solos padre é hijo; eran las diez de la noche, una lámpara con pantalla verde, colocada sobre un velador, daba al aposento una débil luz y dejaba la alcoba casi en la oscuridad.

El anciano parecía dormir; el joven le miraba con angustia, pues hacía algunos instantes había creído notar una rápida alteración en sus facciones.

Ciriaco, en el fondo, tenía buen corazón; sólo la vanidad y la adulación había podido alterar su natural candidez, su bondad y su perfecta inocencia; pero allí solo, de noche y junto al lecho de su padre, que se moría, su corazón latía dolorosamente y le parecía que con aquel anciano se iba al cielo toda su felicidad.

—¡Padre, padre mío!—exclamó inclinándose sobre el lecho.

El anciano abrió los ojos y se incorporó un

poco, haciendo un gran esfuerzo sobre su debilidad.

—¡Me muero!—murmuró con voz apagada y lenta.

—¿Quién sabe, padre mío?—exclamó Ciriaco procurando animarle.

—¡Me muero!—repitió Casimiro—y quiero hablarte antes de morir.

—Ya escucho, padre—dijo Ciriaco, arrodillándose piadosamente junto al lecho.

—Hijo mío—dijo el moribundo—vuélvete al modesto estado en que naciste, si quieres vivir dichoso; la riqueza trae consigo las penas, los sinsabores, la soledad del corazón; la riqueza nos ha privado de tu madre, y desde que la perdí no he cesado yo de maldecirla.

—Pero padre, ¿qué puedo yo ser ya?—preguntó Ciriaco aterrado, porque sólo hallaba fuerzas en sí propio para ser rico.

—Vuelve á abrir una hostería.

—¡Imposible, padre mío! Me perdería con esa industria que no conozco.

—Aprende un oficio cualquiera.

—¡Es muy tarde! ¡Tengo veinticinco años!

—¿No hallas, pues, otro recurso que ser rico y ocioso?

—Ninguno ya, padre; soy además uno de los títulos más poderosos de Francia.

—De los más pobres... Ciriaco... de los más



pobres...—dijo el anciano, cuya voz se apagaba por momentos.

—¿Cómo, padre! ¿Nuestro ducado es pobre?— exclamó estupefacto.

—¡Sí... pobre! Los amigos falsos que rodean siempre á las personas ricas me han hecho malgastar una mitad de nuestro caudal... la compra del título absorbió otra gran parte... Créeme, hijo... serás más dichoso volviendo á una modesta medianía...

Apagóse aquí la voz del anciano, como si Dios hubiera querido darle fuerzas solamente hasta poder dirigir á su hijo el último y más saludable consejo; y el joven, aterrado de su palidez y de la rápida descomposición de sus facciones, llamó precipitadamente á los sirvientes de la casa.

Pronto toda aquella cohorte de falsos amigos que habían rodeado al anciano durante su vida rodeó también su lecho de muerte, y la religión vino á prestarle sus últimos consuelos.

Al amanecer del día siguiente el honrado Casimiro Gringolet exhaló en los brazos de su hijo su último suspiro.

## V

Poco duró el dolor en el corazón de Ciriaco, frívolo por excelencia, y muy poco también tar-

dó en volver á las diversiones de todo género á que hacía tiempo se hallaba entregado.

Algunos años pasó nuestro héroe en la misma vida que ya le conocemos, y así es ocioso el incurrir en repeticiones; por la mañana, desde la cama al tocador, y el paseo á caballo; luego el almuerzo; después á recibir á los amigos, á hacer alguna visita por sí mismo; á la vuelta á comer, y por la noche al teatro y luego á algún baile.

¡Dios me libre, queridos y jóvenes lectores, de llamar culpable, de poner en ridículo, de vituperar siquiera ese santo sentimiento que se llama *amistad*! Pero que Dios os preserve también á vosotros de amistades mentidas!

Sed confiados, pero no ilusos, y sobre todo, antes de entregar vuestro afecto, aseguraos de que la persona á quien se lo otorgáis es digna de él, y os lo paga con el suyo.

Los amigos de Ciriaco fueron secando poco á poco su corazón; poco tiempo después de la muerte de su padre quiso éste casarse, porque aun se acordaba de la dulce compañía de su madre; pero sus amigos le disuadieron de semejante idea, porque no querían que Ciriaco buscara afectos duraderos y profundos, y menos que viniese á aquella casa una mujer, cuyo buen orden y economía ahuyentaría á todos ellos, pobres parásitos, que explotaban de un modo vergonzoso el santo nombre de *amistad*.

Ciriaco llegó, pues, sin casarse á los cuarenta años, y después de esta edad ya no pensó en hacerlo.

Se halló viejo, y sobre todo se hallaba, como él decía, con poca gana de cargar con cuidados.

Seco ya el corazón de afectos, llegó á ocuparle el egoísmo; el duque sólo pensaba en sí mismo; el cuidado más prolijo de su persona volvió á ocuparle por completo, y viendo que su riqueza desaparecía rápidamente para dar lugar á la escasez más lastimosa, despidió á todos los que le rodeaban, y se quedó aislado.

Pero, ¿qué es la soledad para el que ni ama el estudio, ni sabe hacer nada para ocuparse? ¿No lo sabéis mis queridos jóvenes? Es el suplicio más grande, es el hastío con todos sus horrores; la soledad es agradable algunas veces para el que halla en sí mismo recursos contra el tedio; vosotras, lindas jóvenes, ¿no deseáis estar solas alguna vez para acabar más de prisa una labor, para tocar en el piano una nueva sonata, para orar por los que amabais y os esperan en un mundo mejor?

Vosotros, adolescentes, que dáis los primeros pasos en el sendero de la juventud, ¿no deseáis alguna vez también la soledad para entregaros al estudio, para trabajar en un cuadro, que pensáis regalar á vuestra madre, ó para seguir la lectura de un libro que os interesa?

Ninguno de estos goces tienen los ociosos, los culpables y los ignorantes: la conciencia les espanta, y su ignorancia es el hielo que enfría y mata las fuentes del sentimiento y de las sensaciones.

El duque Ciriaco volvió á reponer su fortuna con enormes ganancias al juego, y volvió á rodearse de amigos, más falsos, más adúladores que los que había despedido.

Diez años más pasaron, y al cumplir los cincuenta, el duque, cuya obesidad había llegado á ser mayor que la de su padre, apeló al corsé; luego vino la peluca, y después la dentadura postiza con que le hemos visto presentarse en casa de Calabaza y en busca del hijo de éste.

Un pleito que le puso uno de los hidalgos de la aldea de San Juan acerca de unas tierras que había comprado allí, y á las cuales había anexo un castillejo medio arruinado que el duque pensaba reedificar para sí, le obligó á ir á aquel país, en donde encontró á Mateo.

Aquel muchacho voluntarioso, indómito y descarado, hizo gracia al duque, que conservaba todos los groseros instintos de su nacimiento.

Perdió el pleito durante su estancia en la aldea, pues sus dispendiosos caprichos tenían siempre un resultado igual; había querido poseer una buena finca donde pasar los veranos, en el interior de una de las más hermosas provincias de

33881

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1625 MONTERREY, MEXICO

España, y la persona á quien encargó la realización de este deseo pensó que en Aragón era donde se podría comprar á más bajo precio, embolsándose él una mitad de la cantidad que quería gastar el duque.

El pleito siguió de muy cerca á la venta, y el duque, á pesar de su riqueza y de haberse incomodado en hacer un largo viaje, le perdió, con las costas.

Pensó el duque en marcharse al instante, pero por una de sus extravagancias quiso llevarse á Mateo como recuerdo de su excursión.

Como buen francés, le divertía ver la rudeza de los españoles, y se hizo la cuenta de que en aquel chiquillo, bravo y ordinario, tendría un hazmerreir para sus horas de fastidio.

Ya se ha visto que consiguió de sus padres el que se lo dejaran: sigámosles á París, que luego volveremos á la mísera aldea donde han quedado los padres y la hermana del ingrato muchacho.

Por ahora y hasta el capítulo siguiente, sólo se puede participar á los lectores que el duque se durmió así que entró en el coche y que Mateo tardó poco en imitarle.

## VI

En el bulevar de los Inválidos, es decir, en un hermoso paseo guarnecido de árboles, se hallaba en París el palacio del viejo y ridículo duque de Varennes.

Una vieja ama de llaves, llamada la señorita Leblanche, en unión de un mayordomo, también de edad madura, eran los que gobernaban la casa, los criados y al mismo duque.

La señorita Leblanche tenía cincuenta años; su traje de seda negro, en el cual iba embutida, desaparecía casi por completo debajo de un gran chal de merino azul con cuadros de seda carmesí.

Una papalina blanca de encajes, con grandes lazos color de naranja, dejaba escapar á lo largo de sus mejillas algunos rizos tísicos, pero escrupulosamente teñidos y brillantes de pomada.

Sus ojillos grises, su boca grande y sus mejillas pintadas de arrebol daban á aquella anciana un aspecto ridículo y desagradable; porque la vejez que se acicala con afeites presenta á la vista un aspecto doloroso, por lo mismo que parece menospreciar su dignidad.

La señorita Amalia Desideria Leblanche tenía un genial tan perverso, que no dejaba vivir á nadie; no había en el palacio otra persona del sexo bello que ella, y parecía puesta allí como

España, y la persona á quien encargó la realización de este deseo pensó que en Aragón era donde se podría comprar á más bajo precio, embolsándose él una mitad de la cantidad que quería gastar el duque.

El pleito siguió de muy cerca á la venta, y el duque, á pesar de su riqueza y de haberse incomodado en hacer un largo viaje, le perdió, con las costas.

Pensó el duque en marcharse al instante, pero por una de sus extravagancias quiso llevarse á Mateo como recuerdo de su excursión.

Como buen francés, le divertía ver la rudeza de los españoles, y se hizo la cuenta de que en aquel chiquillo, bravo y ordinario, tendría un hazmerreir para sus horas de fastidio.

Ya se ha visto que consiguió de sus padres el que se lo dejaran: sigámosles á París, que luego volveremos á la mísera aldea donde han quedado los padres y la hermana del ingrato muchacho.

Por ahora y hasta el capítulo siguiente, sólo se puede participar á los lectores que el duque se durmió así que entró en el coche y que Mateo tardó poco en imitarle.

## VI

En el bulevar de los Inválidos, es decir, en un hermoso paseo guarnecido de árboles, se hallaba en París el palacio del viejo y ridículo duque de Varennes.

Una vieja ama de llaves, llamada la señorita Leblanche, en unión de un mayordomo, también de edad madura, eran los que gobernaban la casa, los criados y al mismo duque.

La señorita Leblanche tenía cincuenta años; su traje de seda negro, en el cual iba embutida, desaparecía casi por completo debajo de un gran chal de merino azul con cuadros de seda carmesí.

Una papalina blanca de encajes, con grandes lazos color de naranja, dejaba escapar á lo largo de sus mejillas algunos rizos tísicos, pero escrupulosamente teñidos y brillantes de pomada.

Sus ojillos grises, su boca grande y sus mejillas pintadas de arrebol daban á aquella anciana un aspecto ridículo y desagradable; porque la vejez que se acicala con afeites presenta á la vista un aspecto doloroso, por lo mismo que parece menospreciar su dignidad.

La señorita Amalia Desideria Leblanche tenía un genial tan perverso, que no dejaba vivir á nadie; no había en el palacio otra persona del sexo bello que ella, y parecía puesta allí como

una manifestación de lo ridícula que puede llegar á ser una mujer y como una negación del dictado de *hermoso* que han dado al débil sexo.

Desideria no quería á su lado doncellas que cuidasen de la ropa blanca; la planchadora del palacio vivía fuera, y un criado le llevaba la ropa y volvía á recogerla en ciertos días de la semana.

Ella vigilaba la cocina, la repostería, el estrado, los dormitorios y hasta las habitaciones de los criados; nada se hacía sin su permiso, sin su mandato expreso, y el mismo duque se había acostumbrado de tal modo á su tiranía, que era un maniquí en las manos de Desideria, de la terrible Desideria.

Los criados la temían, pero se reían de ella, porque la tiranía nunca pasa de ser odiosa ó ridícula.

Figuraos, mis amados lectores, la cara que pondría Desideria al ver entrar á su amo en el palacio, trayendo por la mano á aquel muchacho ordinario y vestido de paño burdo.

Si Mateo hubiera venido delante lo hubiera tenido por uno de esos muchachos saboyanos que se ocupan de los recados; pero además de que la figura y el traje de Mateo alejaba toda idea de Saboya, ya he dicho que venía asido de la mano del duque.

Eran las seis de la tarde cuando el duque, acompañado de su ahijado, llegó á París y á su palacio del bulevar de los Inválidos.

—Vamos, Pedro—dijo á su ayuda de cámara—prepara lo necesario para acostarme; vengo muerto de sueño y de cansancio.

—¿Qué es lo que quiere este pillete, señor duque?—preguntó Desideria á su amo.

—Poco á poco, bruja—repuso el muchacho con su acento áspero, gutural y casi feroz;—si me llama pillete otra vez la doy un mojicón que la hago bailar una hora como á mi trompo.

Desideria no entendía el español, y no pudo, por lo tanto, comprender estas palabras.

En cuanto á Mateo, que se había acostumbrado á oír al duque durante el camino, comprendió las pocas palabras del ama de gobierno.

El duque se dejó caer en un sillón riendo á carcajadas, y cuando pudo hablar tradujo á la señorita Desideria las palabras de Mateo.

—Pero ¿á qué viene aquí?—tornó á preguntar la anciana;—en fin, veamos á qué viene.

—Viene—respondió el duque sin dejar de reír—á divertirme.

—¡Cómo!... ¿qué?...—preguntó atónita el ama de gobierno.

—Digo que he traído este chico para que me divierta.

—¿Y va á vivir aquí?...

—Sin duda.

—¡Yo estoy soñando!—barbotó Desideria estupefacta.

—¿Por qué?—preguntó el duque;—¿no le parece á usted posible que me quiera divertir?

—¡Pero, señor, si ese chico es un zopencol

—¡Tanto mejor!

El ama de gobierno lanzó á Mateo una furiosa mirada, y salió del aposento.

—Mira, chiquito—dijo el duque á Mateo—si te pega esa señora, pégale tú más.

—Está bien, señor duque—respondió Mateo.

—¿Tendrás valor para ello?

—Sí, señor.

—Bien; ahora oye: si te pega algún criado no le pegues tú, porque te expones á que te estrellen entre todos, pero avísame.

—Así lo haré.

—Ahora—añadió el duque metiéndose en la cama—vete á acostar tú también; aquí, detrás de mi alcoba, hay un cuartito con una cama dispuesta; mañana te levantarás así que despiertes y vendrás á darme conversaci6n.

El duque, dichas estas palabras, tiró del cord6n de la campanilla y se presentó un criado.

—¿No hay una cama aquí, en ese aposentillo inmediato?—le preguntó.

—Sí, señor duque—respondió el doméstico.

—Bien: ayuda á acostar en ella á Mateo.

El criado obedeció, y Mateo se vió bien pronto acostado en la mejor cama que había tenido en toda su vida, cogiendo al instante el sueño.

Ni un solo pensamiento consagró á sus padres ni á su hermanita aquel ingrato muchacho; pero ¿qué mucho, si tampoco se acordó de dirigir á Dios una oraci6n para darle gracias por su impensada fortuna?

El que no es cristiano no puede ser buen hijo tampoco.

Mateo despertó al amanecer y, obediente á las 6rdenes del duque, fué junto á su lecho; pero éste dormía, y teniendo miedo á los criados, que le habían dado muestras de no estar muy contentos con su llegada á la casa, se sentó junto al lecho.

Cuando el duque despertó, fué grande su alegría de ver allí á su protegido; aquel hombre, que ya era anciano, conocía la necesidad de tener á su lado un sér adicto que mirase por él y más adelante contuviese las demasías de los criados.

Aislado, sin esposa, sin hijos, sin parientes, el duque había llegado á esa terrible soledad del alma que la riqueza, por grande que sea, no puede compensar ni mucho menos evitar.

Por eso, al ver á Mateo sentado junto á su cama como un centinela fiel, sintió un consuelo en su corazón, egoísta y frío, pero no malo.

Levantóse, y su primer cuidado, no bien le hubo vestido el ayuda de cámara, fué encargar que hiciese venir un sastre para que vistiese á

Mateo de una manera elegante y arreglada á la última moda.

Por la tarde le llevó á paseo en su coche, vestido ya de un modo conveniente, y por la noche le acompañó al teatro.

Es imposible imaginarse nada más bello y gracioso que Mateo vestido de terciopelo y encajes; peinados sus magníficos cabellos castaños por un hábil peluquero que, además, los había saturado de perfumes, caían alrededor de sus mejillas, haciendo resaltar la blancura y el rico tejido de los encajes que adornaban su chaqueta de terciopelo azul oscuro, con ricas pasamanerías.

Limpio ya Mateo de cara y manos, su cutis ostentaba su deslumbradora blancura y su frescura sonrosada; su boca era un capullo á medio abrir; sus grandes ojos oscuros brillaban de alegría; llevaba un ancho pantalón, también de terciopelo y debajo otro de encajes, algo corto, para que dejase ver unas medias de seda rayadas y unas botitas de terciopelo como el vestido, que encerraban los diminutos pies de Mateo.

Si se añade á este atavío un sombrero de fieltro y unos delicados guantes blancos, se tendrá una idea del lujo y hermosura del hijo del pobre Calabaza.

—Mira, muchacho—dijo el duque al salir el carruaje para ir á paseo al bosque de Bolonia

tú no tienes otra cosa fea que más tu nombre: ¿estás?

—Sí, señor—respondió Mateo, que no sabía adónde iba á parar su protector.

—Te llamas Mateo, lo cual es tan feo como llamarse Ciriaco: á mí no me cambiaron el nombre, pero á ti te lo voy á cambiar yo; desde hoy te llamarás un nombre así... bonito, como...

El duque se puso á discurrir.

—Desde hoy te llamarás Arturo—dijo por fin, muy satisfecho de su ocurrencia.

Mateo manifestó en su semblante la más viva satisfacción.

En efecto, su nombre le desagradaba á él también, porque le recordaba su pobreza en medio de toda aquella opulencia que le rodeaba.

En tanto que el duque y su protegido pasaban la noche en el teatro, y que Mateo—porque para nosotros, lectores míos, es Mateo y nada más—se admiraba, hasta no poder más, de la magnificencia del teatro y de la esplendidez del alumbrado, los criados del palacio del duque celebraban su conciliábulo, discurriendo sobre los perjuicios que aquel muchacho intruso les podía ocasionar.

—¡Cuando os digo que se va á hacer dueño absoluto de la confianza del amo!—decía el viejo mayordomo.

—¡Qué ha de hacer eso ese rapaz!—repuso

indignado el ayuda de cámara.—¿No sabremos nosotros desacreditarle?

—¡Pues ya se ve!—dijo á su vez la señorita Desideria, que presidía la reunión.—¡No faltaba más sino que el aldeanillo pudiese más que todos nosotros!

—¡Si al menos fuera francés!—añadió el cocinero—pero un chiquillo extranjero, yo no sé cómo ha podido hacerle gracia al señor.

—Toma, pues por lo mismo que es extranjero le hace gracia—dijo Desideria;—todos sabemos que el señor tiene un entendimiento más romo que esta mesa.

—Es verdad—dijeron en coro los criados.

—Pues bien, por eso le parece que ese chiquillo vale un mundo.

—¡Y lo que es la hermosura no hay que negársela!

—En fin—dijo el mayordomo para acallar con su parecer todas aquellas hablillas que no conducían á nada;—dejemos por ahora rodar la bola;—pero si vemos que el chiquillo se sale demasiado de su puesto, no hemos de tolerar, después de veinte años que llevamos en la casa, que nos venga á imponer la ley y á quitarnos nuestras utilidades; ya le arreglaremos.

Después de esta sentencia cada uno se separó para ir á su cuarto á esperar al duque y al objeto de sus inquietudes, de sus recelos y de sus

amenazas, que no tardó en llegar triunfante y satisfecho con su protector.

## VII

Volvamos á la pobre aldea de Aragón donde nació Mateo y donde quedaron sus padres y su hermana después de su partida.

San Juan de Mozarrifal, es, no sólo una de las más pequeñas aldeas de Aragón, donde hay muchas aldeas pequeñas, sino una de las más pequeñas del mundo, puesto que se compone de diez y ocho ó veinte casitas diseminadas en un prado verde y hermoso.

Sin embargo, ¡cuánta caridad, cuán religiosos sentimientos se atesoraban en aquel pobre recinto, en aquel valle humilde y solitario.

Sus habitantes nunca habían tenido más ambición que la del pan diario y la de una buena salud; allí habían nacido y se habían casado los padres de Calabaza y de su esposa Bárbara; á la sombra de los grandes árboles del cementerio dormían el eterno sueño; allí habían nacido ellos y allí se habían unido con los sagrados lazos del matrimonio.

Jamás había pasado por la mente de Bárbara, ni por la de su marido, el dejar su aldea; en ella pensaban morir como habían muerto sus padres, y á su lado reposar hasta el día de la resurrección.



indignado el ayuda de cámara.—¿No sabremos nosotros desacreditarle?

—¡Pues ya se ve!—dijo á su vez la señorita Desideria, que presidía la reunión.—¡No faltaba más sino que el aldeanillo pudiese más que todos nosotros!

—¡Si al menos fuera francés!—añadió el cocinero—pero un chiquillo extranjero, yo no sé cómo ha podido hacerle gracia al señor.

—Toma, pues por lo mismo que es extranjero le hace gracia—dijo Desideria;—todos sabemos que el señor tiene un entendimiento más romo que esta mesa.

—Es verdad—dijeron en coro los criados.

—Pues bien, por eso le parece que ese chiquillo vale un mundo.

—¡Y lo que es la hermosura no hay que negársela!

—En fin—dijo el mayordomo para acallar con su parecer todas aquellas hablillas que no conducían á nada;—dejemos por ahora rodar la bola;—pero si vemos que el chiquillo se sale demasiado de su puesto, no hemos de tolerar, después de veinte años que llevamos en la casa, que nos venga á imponer la ley y á quitarnos nuestras utilidades; ya le arreglaremos.

Después de esta sentencia cada uno se separó para ir á su cuarto á esperar al duque y al objeto de sus inquietudes, de sus recelos y de sus

amenazas, que no tardó en llegar triunfante y satisfecho con su protector.

## VII

Volvamos á la pobre aldea de Aragón donde nació Mateo y donde quedaron sus padres y su hermana después de su partida.

San Juan de Mozarrifal, es, no sólo una de las más pequeñas aldeas de Aragón, donde hay muchas aldeas pequeñas, sino una de las más pequeñas del mundo, puesto que se compone de diez y ocho ó veinte casitas diseminadas en un prado verde y hermoso.

Sin embargo, ¡cuánta caridad, cuán religiosos sentimientos se atesoraban en aquel pobre recinto, en aquel valle humilde y solitario.

Sus habitantes nunca habían tenido más ambición que la del pan diario y la de una buena salud; allí habían nacido y se habían casado los padres de Calabaza y de su esposa Bárbara; á la sombra de los grandes árboles del cementerio dormían el eterno sueño; allí habían nacido ellos y allí se habían unido con los sagrados lazos del matrimonio.

Jamás había pasado por la mente de Bárbara, ni por la de su marido, el dejar su aldea; en ella pensaban morir como habían muerto sus padres, y á su lado reposar hasta el día de la resurrección.

surrección; pero desde que su hijo les había abandonado con tan negra ingratitud, sus almas volaban á Francia, como dos aves hambrientas y enjauladas quieren volar á un fértil y lejano campo.

Ocho años habían pasado desde el día en que aquel hijo tan amado y tan poco digno de serlo había dejado aquellos campos que le habían visto nacer; y ni un solo día, en tan largo espacio de tiempo, habían dejado sus padres de pedir al cielo que conservase su vida hasta dejárseles volver á ver.

Era al anocheecer de un tibio día de Mayo cuando Bárbara y su marido se hallaban sentados en su reducido huertecillo.

Bárbara había envejecido de un modo increíble; del todo encorvada, sus escasos cabellos blancos hacían mayor la palidez y demacración de su tostado rostro; vestía tan miserablemente, que daba pena el ver cómo se habrían podido componer y recoser aquellos harapos.

Cerca de ella, y sentado junto á una zanja del huertecillo, se hallaba el pobre Calabaza, tan aviejado como su mujer, y cuya expresión doliente daba pena.

A través de las abiertas ventanillas que daban luz á la cocina, donde vimos reunida á la familia la tarde que se marchó Mateo con el duque, se veía luz y se oía cantar á una voz dulce y

contenida, como si la persona que cantaba no se atreviese á hacerlo con la franqueza de la alegría.

El huertecillo era tan pequeño, que no había en él más que dos ó tres árboles frutales, un cuadrado de verduras, dos parras y algunas flores que Calabaza cuidaba para divertir á su hija.

Bárbara hacía ya mucho rato que miraba una planta que había nacido sobre el borde de la tapia del huerto; era un hermoso alelí cargado de flores amarillas como el oro, y que elevaba lleno de orgullo su pomposa cimera, que la brisa mecía blandamente, esparciendo sus suaves perfumes.

De vez en cuando la mirada de Bárbara se bajaba sobre otra planta, situada cabalmente debajo de aquella, y que hacía ya muchos años se hallaba pegada á la tapia misma del jardín.

Cuando la pobre mujer miraba á la planta del huerto, era con tristeza; era ya tan vieja aquella mata de alelís, que apenas tenía hojas; sus flores estaban marchitas y como descoloridas; sin embargo, su perfume era mucho más suave y penetrante que el que exhalaba el joven arbusto de la tapia.

Si la planta del huertecillo inspiraba tristeza á Bárbara, cuando alzaba sus ojos á la que crecía en lo alto de la tapia sus facciones expresaban su profundo dolor, ó más bien una amarga

desesperación; ya sabéis, lectores míos, que aquella mujer tan buena, tan amante, tan santa, era violenta en sus afectos y debía serlo también en sus resentimientos.

Mucho rato hacía ya que duraba el silencio entre los dos esposos; Calabaza no pensaba en nada, según su costumbre; el pobre hombre estaba aviejado materialmente por el excesivo y penoso trabajo á que tenía que entregarse y por los malos alimentos, que no podemos decir que le mantenían, sino que le impedían morir de hambre; pero Bárbara, ¡ay! Bárbara era mucho más digna de compasión que él.

Además de los padecimientos de su marido, tenía ella otros más amargos; los tormentos de su imaginación incansable y los recuerdos punzadores de aquel hijo que en vano trataba de olvidar.

Absorta en su dolorosa contemplación, y, ora mirando á lo alto de la tapia, ora al suelo, ni decía nada, ni pensaba siquiera en que vivía, transportada como estaba al mundo de los recuerdos.

—Mujer—dijo Calabaza de repente y como saliendo de un profundo sueño—es tarde, ¿vamos á cenar?

—¡Ah, pobre Mariano!—exclamó Bárbara volviéndose hacia su marido.—¿Tienes hambre, verdad? No lo extraño, porque hoy sólo pude

darte un poco de pan negro para que te llevaras al campo.

—Es verdad; y cuando llegué á casa ya no podía más—contestó el pobre hombre con voz débil.

—Anda, anda, pues, á cenar; Plácida te dará hoy patatas y muchas, porque lavé todo el día para el ama del señor cura, y ya sabes que paga bien.

—Pero, ¿no vienes tú?—pregunto Calabaza, que ya se había levantado.

—Yo no tengo gana.

—Pero, mujer, eso dices siempre y te vas quedando flaca como una caña—dijo Calabaza;—vamos ven, aunque sea sin gana, y viéndonos á la niña y á mí tal vez te animarás.

—¡Déjame aquí, Mariano!—respondió Bárbara volviendo á fijar sus ojos con obstinación en la planta vieja y marchita.

—Pero mujer, ¿qué hay en ese sitio del huerto que cada noche pasas en él dos ó tres horas?—preguntó Calabaza.

—¿Qué hay?—repitió su mujer.—¡Mirál

Al decir estas palabras, le señaló el alef viejo y sin hojas que se inclinaba hacia la tierra, como si buscase en ella su lecho de descanso.

—¿Qué he de mirar?—preguntó cándidamente Calabaza.

—Esa planta—dijo Bárbara con tristeza.

—Ya la veo: la planté yo hace lo menos nueve años.

—¿Luego es vieja?

—Sí.

—¿Ves esa otra que ha nacido en lo alto de la tapia?—preguntó Bárbara.

—Sí, esa es joven: nació la primavera pasada.

—¿De qué modo? Porque ahí no la sembrarías tú.

—Yo no; el aire debió de llevar algún grano de simiente de esta de aquí, y cayó ahí, y ahí nació.

—De modo, Mariano, que ese alelí joven es hijo de este otro pobre viejo que tú sembrastes.

—Sí.

—Mira, pues, á lo que vengo aquí todas las tardes: vengo á mirar estas dos plantas.

—¿Para qué?

—Porque tú, lo mismo que ese viejo alelí, has dado la vida á otra planta joven que es nuestro hijo; tú vas ya encorvándote hacia la tierra, y él, que se ve más alto, ni aun se acuerda de ti.

—¡Ay, Dios! Tú, Bárbara, te vas quitando la vida con esos pensamientos tan tristes. ¿Qué tienen que ver esas flores con nosotros y con nuestro hijo?

—¡Todo me trae á la memoria al hijo de mis entrañas—gimió la pobre madre con acento so-

focado.—¡Ay, Mariano!—continuó enjugándose el llanto con el revés de su mísero delantal.—¡Tú eres dichoso por dos cosas!

—¿Yo dichoso, mujer?

—¡Ay, sí! ¡Dichoso porque eres hombre! ¡Dichoso, además, porque eres un alma sin hiel y sin pecado.

—¿Qué he de hacer? ¡También me acuerdo sin cesar de ese ingrato hijo!

—¡No le acuses!—exclamó Bárbara con exaltación.—¡Ocho años hace que se fué, y nada, nada hemos sabido de él! ¿Quién sabe si estará malo? ¿Quién sabe si habrá muerto? ¿Quién sabe si habrá á su lado quien le ame y le consuele? ¡Si al fin supiéramos que es dichoso, mas que nos olvidasel!

—¡Mujer, por Dios, que te estás matando!

—¿Qué me importa morir?—repuso Bárbara.—¡Con gusto diera lo que me resta que vivir por volver á ver una vez, una sola, á mi hijo!

—¿Qué sería de tu hija y de mí si tu murieras?—dijo Calabaza, que rompió á llorar á lágrima viva.

—¡Ah, sí! ¡Tienes razón! ¡Qué sería de vosotros, pobres infelices!—exclamó aquella generosa mujer, abrazando á su marido con toda la efusión de su alma.

Después continuó con voz triste:

—Oye, Mariano; tú que tienes un

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Abdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

inocente como el de una paloma, no puedes comprender lo que yo siento; parece á veces que tengo sed en el corazón; ¿y sabes lo que es esto? Sed del cariño de mi hijo, de aquel hijo que se parecía á mí, y que me hubiera sabido querer como yo le quería; porque tú, mi pobre Mariano, me quieres cuanto puedes querer; nuestra hija también, pero yo os quiero seis veces á cada uno de vosotros como lo que vosotros me queréis á mí.

—Yo no te entiendo, mujer—dijo Mariano atónito de oír á su mujer, y sin poder comprender, en su nulidad, aquella exaltación.

—Bien, vete á cenar, Mariano—dijo Bárbara con profundo desaliento—tú no me entiendes, es verdad; pero no lo extraño, porque sé que sólo Dios puede entenderme y curarme.

—Pero, mujer, ven; ámate.

—No puedo ahora; no quiero comer nada; luego iré.

Calabaza, que era incapaz de contradecir á su mujer, se levantó y salió del jardín, entrando en seguida en la cocina.

Era ésta, según pudimos ver más arriba, muy pequeña, pero estaba brillante de limpieza; el vidriado parecía nuevo; los bancos de madera, encerados, relucían al resplandor de la llama; delante del hogar había una mesita muy baja, cubierta con un paño blanquísimo, y sobre él

tres platos y tres tenedores de madera, un gran pan moreno y una botella con un poco de vino.

Pero lo más lindo, lo más fresco, lo más encantador que había allí era la hada que había obrado todas aquellas maravillas.

Era Plácida, aquella niña que dejamos de cuatro años y que en el día tenía ya catorce.

Parcían sus cabellos más rubios y sus ojos más azules que cuando la conocimos; su estatura era ya mediana, pero delgada como el junco que crece á orillitas del arroyo; blanca, rosada, ligera, parecía, en efecto, la plácida y risueña imagen de la adolescencia:

Vestía pobre, pero no miserablemente, porque su madre, con aquella santa abnegación que era en ella como una segunda naturaleza, se privaba en favor de su hija de todo cuanto podía alcanzar.

Vestía Plácida una falda corta de indiana de ramitos, un jubón, de indiana también, de color claro, un pañuelo de muselina blanca, que hacía resaltar la gracia virginal de su garganta y seno, medias de algodón azul y zapatos en buen uso de cordobán negro.

Su hermosa y espesa cabellera rubia estaba plegada en gruesas trenzas, que se enroscaban detrás de su cabeza, después de dejar descubiertas su frente y sienes.

La pobre niña, que hubiera sido alegre si la

felicidad hubiera habitado en su pobre casa, no era más que apacible como su nombre; veía padecer tanto á su madre, que se hubiera acusado como de un crimen de su alegría.

Apenas cantaba, y cuando lo hacía era siempre á media voz, temerosa de incomodar á Bárbara.

Aquella noche, en tanto que dispuso la cena, había estado más contenta que de costumbre; sabía que su pobre padre se había ido casi en ayunas al campo, y se sentía dichosa con poderle ofrecer una abundante cena.

Ella también tenía apetito; todo su alimento había consistido en una poca de leche y un pedazo de pan, y á los diez y seis años no hacen los pesares callar el estómago.

Plácida, pues, se había esmerado en aderezar bien la cena, y hasta pensaba que también su madre comería algo más que de costumbre; pero al ver entrar á su padre en la cocina con un aspecto tan abatido, su pobre corazoncito tembló en el fondo de su pecho, como el ave tiembla en su nido en una helada noche de invierno.

—¿Qué pasa, padre?—preguntó con angustia la pobre niña.

—¡Ay, hija mía, que tu madre llora hoy y está más triste que nunca!—respondió Mariano.

—¡Válgame Dios! ¿Es eso posible? ¿Puede aun estar más triste que otras veces?

—¡Sí, hija, sí, yo creo que se va volviendo local!

—¡Oh, Dios mío!

—Hoy dice que tiene sed en el corazón, ¡y qué sé yo... algunas cosas que yo no entiendo!

—¿Dice que tiene sed de corazón, padre?—preguntó Plácida, que había estado oyendo con mucha atención á Calabaza.

—Sí, hija mía, eso dice.

—¡Pues, padre, entonces yo sé quien puede curar á mi pobre madre!—exclamó alegre la niña.

—¿Qué dices, hija, que puede curarse tu madre? ¿Pero de qué, si no tiene otro mal que tristeza?

—No importa, padre; también la tristeza se cura, como dice el señor vicario.

—¿El señor vicario?

—Oiga usted, padre, mientras que va cenando—dijo Plácida, poniendo sobre la mesilla un enorme plato de patatas, sobre las cuales campeaban algunos diminutos pedazos de tocino.

El pobre hombre, que estaba hambriento, se puso á comer con afán, y Plácida continuó así:

—El domingo pasado me fui yo á la iglesia, por la tarde; mi madre había estado por la mañana y luego se quedó en casa; cuando entré, estaba la iglesia tan iluminada y hermosa que daba gloria verla; el señor cura, subido en el

púlpito, predicaba, y yo me senté en el pie de un confesonario de enfrente para verle y oírle mejor; allí mismo estaba la sacristana, y me dijo: —Escucha bien, hija mía, que el señor vicario está predicando sobre las obras de misericordia.

Yo—continuó la niña—escuché con todos mis cinco sentidos; ya sabe usted, padre, que el señor cura tiene una cara tan agradable y llena de bondad, que causa placer el mirársela.

—Ya se ve que sí—dijo Calabaza, haciendo una pausa en su comida;—en vida de mi madre regentaba ya esta parroquia, y me acuerdo de haberle oído decir, que, ó no había santos en el mundo, ó que el señor cura era uno de ellos.

—Pues más cara de santo aún que otros días tenía el domingo, padre—continuó Plácida;—cuando yo entré en la iglesia empezó á explicar la tercera obra de misericordia, que es *dar de beber al sediento*: ¿y sabe usted lo que decía?

—¿Qué decía?

—Que no se cumple con esta obra dando sólo agua verdadera al que tiene sed de ella; que el corazón y el alma tienen también su sed, y que todo buen cristiano debe satisfacer la sed de sus prójimos.

—Pero, hija, ¿cómo se ha de satisfacer esa sed?

—Ya lo explicó el señor cura: al afligido, dándole consuelos, se le alivia la sed del alma; y puesto que el señor cura decía eso, yo creo que,

consolando á mi pobre madre, se le quitaría la sed del corazón que padece.

—¡Pero si todo cuanto le decimos es en vano!

—Es verdad, padre; pero eso consiste en que nosotros no sabemos consolarla.

—Es cierto.

—Si supiéramos decirle las hermosas palabras que yo oí al señor cura, ya vería usted cómo se consolaba.

—Pero no sabemos.

—Es cierto, y por eso es menester hacer que la consuele el señor cura.

—¿De qué modo?

—Yo iré ahora mismo á buscarle.

—¿Tú?

—Sí, señor; el mismo señor cura me tiene dicho que es obligación de una buena hija el cuidar y consolar á sus padres; y puesto que ni usted ni yo sabemos, voy á buscar al señor cura, que lo hará.

—Pero, ¿querrá venir?

—¿Pues no ha de querer, señor?

—Pero si ya es muy tarde; cuando yo volvía á casa le hallé que volvía él también, á pie, de Montañana.

—Y eso ¿qué importa?

—Que estará muy cansado.

—Nunca lo está el señor cura para hacer bien; ea, hasta luego, padre.

Y Plácida, ligera como un ave, salió de la cocina para ir en busca del digno vicario de la aldea.

### VIII

Ya se levantaba la luna sobre un trono de estrellas en el azul del firmamento cuando Plácida salió de su casa para dirigirse á la del cura.

Las flores de Mayo, que esmaltaban los campos, esparcían sus perfumes en alas de la brisa y saturaban la atmósfera de deliciosos aromas.

¿No os agradan, mis jóvenes lectores, las noches de Mayo?

¿No habéis visto durante ellas qué luminoso azul ostenta el cielo y cómo brillan las tímidas estrellas? En esas noches se diría que el cielo llama al alma como á una hija desterrada.

La oración acude á los labios y parece que en sus alas quisiera remontarse nuestro espíritu hasta los pies del trono del Señor.

¡Oh, mis queridos jóvenes, medita alguna vez, durante las calladas noches de Mayo, y veréis cómo se purifican vuestras almas y qué ternura y cuán grande gratitud sentís hacia nuestro Padre celestial y hacia su divina Madre! Si alguna vez mirásemos al cielo, él nos daría fuerza y valor para caminar por los oscuros caminos de la vida.

Cuando Plácida salió al campo, porque la aldea no tenía calles, sintió un bienestar indecible en su corazón; parecióle, además, que caía de su frente como un peso enorme y que tenía más libre la facultad de pensar.

Jamás se han unido en una criatura dotes más angelicales: dulce é inocente, era vehemente su modo de sentir y aun más su modo de amar, y hubiera dado toda su vida á trueque de traer á su madre á aquel hijo tan llorado, á aquel ingrato hermano.

Plácida cruzó ligeramente el corto espacio que separaba su casa de la del cura, y cerca ya de ésta vió sentado, junto al único balconcillo de la fachada, al mismo vicario, que disfrutaba de la belleza de aquella noche.

La casa del pastor de la aldea, situada junto á la iglesia, era muy pequeña; el piso del patio tenía la cocina lo mismo que las de los labradores; junto á la cocina, el cuarto de Antonio, guapo mozo de veinte años y sobrino del señor cura; luego, por una escalera pequeña, se subía al piso superior, donde estaban situadas las habitaciones del señor cura y de su hermana, la señora Pepa, madre de Antonio y excelente mujer en toda la extensión de la palabra.

Era la señora Pepa delgada como su hermano, y de alguna menor edad que él; su estatura pequeña, pero muy derecha, estaba velada por un



Y Plácida, ligera como un ave, salió de la cocina para ir en busca del digno vicario de la aldea.

### VIII

Ya se levantaba la luna sobre un trono de estrellas en el azul del firmamento cuando Plácida salió de su casa para dirigirse á la del cura.

Las flores de Mayo, que esmaltaban los campos, esparcían sus perfumes en alas de la brisa y saturaban la atmósfera de deliciosos aromas.

¿No os agradan, mis jóvenes lectores, las noches de Mayo?

¿No habéis visto durante ellas qué luminoso azul ostenta el cielo y cómo brillan las tímidas estrellas? En esas noches se diría que el cielo llama al alma como á una hija desterrada.

La oración acude á los labios y parece que en sus alas quisiera remontarse nuestro espíritu hasta los pies del trono del Señor.

¡Oh, mis queridos jóvenes, medita alguna vez, durante las calladas noches de Mayo, y veréis cómo se purifican vuestras almas y qué ternura y cuán grande gratitud sentís hacia nuestro Padre celestial y hacia su divina Madre! Si alguna vez mirásemos al cielo, él nos daría fuerza y valor para caminar por los oscuros caminos de la vida.

Cuando Plácida salió al campo, porque la aldea no tenía calles, sintió un bienestar indecible en su corazón; parecióle, además, que caía de su frente como un peso enorme y que tenía más libre la facultad de pensar.

Jamás se han unido en una criatura dotes más angelicales: dulce é inocente, era vehemente su modo de sentir y aun más su modo de amar, y hubiera dado toda su vida á trueque de traer á su madre á aquel hijo tan llorado, á aquel ingrato hermano.

Plácida cruzó ligeramente el corto espacio que separaba su casa de la del cura, y cerca ya de ésta vió sentado, junto al único balconcillo de la fachada, al mismo vicario, que disfrutaba de la belleza de aquella noche.

La casa del pastor de la aldea, situada junto á la iglesia, era muy pequeña; el piso del patio tenía la cocina lo mismo que las de los labradores; junto á la cocina, el cuarto de Antonio, guapo mozo de veinte años y sobrino del señor cura; luego, por una escalera pequeña, se subía al piso superior, donde estaban situadas las habitaciones del señor cura y de su hermana, la señora Pepa, madre de Antonio y excelente mujer en toda la extensión de la palabra.

Era la señora Pepa delgada como su hermano, y de alguna menor edad que él; su estatura pequeña, pero muy derecha, estaba velada por un

vestido negro de alepín, que la envolvía de la garganta á los pies; llevaba además un pañuelo oscuro de seda á cuadros y un delantal negro.

La señora Pepa, viuda, desde hacía doce años, de un labrador regularmente acomodado, habitaba con su hijo en compañía de su hermano, al cual amaba con la mayor ternura.

Agil aún y buena, desempeñaba por sí misma muchos oficios de la casa, y los mas pesados los dejaba encomendados á la tía Minuta, que era una anciana gruesa y fuerte, es decir, la antítesis de la señora Pepa.

La tía Minuta, esposa del tío Minuto, ya difunto, era buena como el buen pan, pero regañona como ella sola; cada mañana, á las siete en invierno y á las cinco en verano, llamaba á la puerta del señor cura, y al instante volvía á salir con dos cántaros para ir por agua á una fuente limpia, clara y hermosa que había á la entrada del pueblo.

Cuando volvía, encendía lumbre y elaboraba el chocolate con rara perfección, dándole á los dos hermanos y á Antonio, y dejando para sí no pequeña porción, pues era una de las personas más aficionadas de la aldea al espumoso líquido.

Daba después una *escobaña*, como ella decía, á la casita del cura, traía más agua, ponía el puchero, daba el almuerzo al cerdo y á las galli-

nas y se marchaba hasta el día siguiente, que volvía á las mismas faenas.

Doce años se habían pasado así, sin que en todo este espacio se hubiera enrabado una sola vez la tía Minuta con la señora Pepa, que era una bendita de Dios.

Antonio era allí el que todo lo enredaba; era á un mismo tiempo sacristán, labrador y escribiente de su tío, y todo lo desempeñaba á maravilla.

Él cuidaba de la hacienda que su buen padre había aumentado tanto en vida, y vigilaba á los peones, ayudando por sí mismo en todas las operaciones; él llevaba los libros de la parroquia, él ayudaba á misa, cuidaba del aseo de la iglesia y la tenía *hecha una ascua de oro*, según decían las buenas comadres.

¡Oh, qué paz tan envidiable, tan dulce, tan octaviana, en fin, reinaba en casa del señor cural! Los aldeanos, al pasar por delante de la puerta, saludaban con respeto aquel umbral, al cual jamás llegaban con el corazón triste sin hallar consuelo; porque la señora Pepa y su hijo gastaban todos los productos de su hacienda en socorrer á los necesitados.

¿Había fuego en la aldea? Allí, entre las llamas, en el sitio del peligro mayor, se divisaban la blanca cabeza del vicario y la negra de Antonio; y luego, los pobres que se veían arruina-

dos por el furor del temible elemento, pronto miraban reedificada su casita merced á un buen bolsillo que la señora Pepa les llevaba.

¿Era año de mala cosecha? ¿Había imposibilidad de pagar los arriendos? Pocos días antes de llegar el vencimiento, el señor cura advertía en la misa mayor que todos los vecinos acudieran á su casa, y allí daba á cada uno algunas monedas y les decía:

—Ahí está el precio de tu arriendo; te lo doy en nombre de mi hermana y de mi sobrino.

Cuando cada uno tenía ya para salir de su apuro, el señor cura añadía:

—¡Ea, id con Dios! A trabajar y á ser buenos, y el año que viene llenaréis las paneras, que Dios da siempre más que quita.

¿Estaba de parto alguna pobre mujer de la aldea? La señora Pepa aparecía como llovida del cielo, con un cestillo de mimbres blancos que contenía la envoltura del niño y con un par de gallinas gordas en la otra mano para dar caldo á la madre.

En fin, no había trabajo ó dolor en el lugar que no aliviase ó consolase el señor cura, su hermana y su sobrino.

Así era, que cuando salían de casa, sólo oían en torno suyo un coro de bendiciones, y cualquiera de los habitantes de la aldea se hubiera arrojado por ellos al fuego.

Plácida, al ver al señor cura sentado junto al balconcillo de madera de su cuarto, le parecía que veía una rendija del cielo; pero el buen señor no la vió, porque miraba al cielo en realidad, absorto en su hermosura y creyendo ver á través de ella la augusta faz del Criador.

Detrás de una de las hojas del balcón había una mesilla con una imagen de la Purísima encima; aquella mesa sostenía un velón de bronce muy reluciente, y á su luz hacía calceta la señora Pepa.

Antonio, sentado á la misma mesa que sostenía el velón, escribía las cuentas de la semana, porque era sábado.

—¡Dios guarde á usted!—dijo Plácida desde la puerta, con su voz dulce y melodiosa, como el canto de un ave.

—Y á ti también, hija mía—dijo la señora Pepa.

Antonio nada dijo; pero al oír la voz de Plácida soltó la pluma y se puso colorado hasta lo blanco de los ojos.

—¿Ocurre algo, hija?—preguntó el señor cura.

—¡Ay, no señor! Nada de nuevo—respondió la pobre niña con tristeza; pero mi madre...

—¿Está mala?—preguntó la señora Pepa viendo que Plácida se detenía confusa porque no sabía cómo explicar lo que quería.

—Vamos, hija mía, habla sin reparo; ven

acá—dijo el vicario, alargando la mano á la muchacha, que se la besó.

—Ven acá y siéntate en esta banquetta—prosiguió el anciano señalando á la muchacha una banquetilla de madera colocada á su lado.

Plácida obedeció y dijo algo más animada:

—Señor cura, mi pobre madre está tan triste que yo no sé qué hacer.

—Sólo Dios puede darla alivio, hija mía—dijo á su vez el anciano.

—Es que ha de saber usted que está mucho más triste que antes, señor cura—repuso la niña;—hace tres días que no quiere comer, que no duerme un instante, y que así que viene de su trabajo se sienta junto á la tapia del jardín, y de ahí no se quiere mover.

—¡Pobre mujer!—murmuró Antonio, enjugando con el dorso de la mano sus ojos humedecidos.

—¡Pobre madre!—murmuró la señora Pepa.

—Yo, señor cura—prosiguió Plácida, cuyos ojos azules se arrasaron de llanto—yo he llegado á temer que la pena la va á matar. Si hace días que no la ha visto usted puede que no la conozca; tal está de flaca y abatida.

Las lágrimas ahogaron la voz de la pobre Plácida, que no pudo proseguir.

—Para las grandes desgracias es necesario el valor, hija—dijo el señor cura con afectuoso in-

terés;—desesperarse es ofender á Dios, que mira por nosotros como un buen padre.

—Ya lo sé, señor cura—dijo la niña enjugándose los ojos con el delantal, pero ¿qué quiere usted? ¡Me veo tan apurada! Hoy estaba contenta porque guardaba hecha cena caliente para mi padre, ¡para mi pobre padre, que ha trabajado todo el día sin otro alimento que un pedazo de pan!

—¿Qué dices, Plácida?—exclamó el anciano echándose hacia atrás.—¿Tu padre trabaja casi sin comer, y no lo sé yo?

—¿Pero, hija, quién no viene á decir eso?—dijo á su vez la señora Pepa.—Vamos, nunca te lo perdonaré.

—¡Me tiene mandado mi madre que nunca lo diga, y aun ahora se me ha escapado!

—¿Pero por qué?

—Porque dice que no es la obligación de ustedes el mantener á todo el lugar.

—Pero sí la de mantener al que no tenga que comer.

—Dice que ustedes dan á los que pierden sus casas en las inundaciones y en el fuego, á los que pierden las cosechas y á los enfermos; pero como nosotros ni casa tenemos que se nos queme, ni cosecha que se nos pierda, ni estamos enfermos, debemos trabajar y comer lo que Dios nos da por nuestro trabajo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

—¡Vamos, esto no se puede oír sin sentir uno que se le rompe el corazón!—exclamó por lo bajo Antonio.—¿Y querrá usted que deje esta pobrecita, á quien quiero más que á las niñas de mis ojos, madre, y que me case con Petra, más fea que Picio, porque es rica, verdad? ¡Pues no lo haré!

—¿Querrás callar, desvergonzado?—contestó la señora Pepa en el mismo diapasón, pero muy enojada.

—¡Callaré, pero no me caso con Petra!

—¡Bien, bien! ¡Tiempo hay de pensar en eso!

—Ya está pensado; no me caso con aquella cara de fiero.

—¡Antonio, que ya me voy incomodando!—dijo la señora Pepa con severidad.—¡Miren el chiquillo, sin pelo de barba, y hombreando ya! Antonio volvió á sus cuentas, pero de cuando en cuando alzaba la cabeza para dirigir á Plácida una mirada que llevaba el sello de un profundo cariño.

—¡Dios, hija mía, Dios os recompensará, porque sois muy honrados!—exclamó enternecido el anciano sacerdote.—Pero no es justa tanta delicadeza; yo pensé que el trabajo de tus padres os daba, aunque con escasez, lo preciso para la vida.

—¡Ay! ¡Antes sí, señor! ¡Pero ahora las penas han debilitado á mi pobre madre de manera

que ya no puede trabajar ni una mitad; lo mismo sucede con mi padre, que nunca ha sido muy fuerte, como usted ya sabrá mejor que yo!

—¿Y de tu hermano, no ha habido ninguna noticia?

—¡No, señor!

—Debía yo estar seguro de ello, y no preguntarlo; aquel es un infame que ha de llevar un terrible castigo.

—¿Te acuerdas de tu hermano, hija?—preguntó la señora Pepa.

—Casi nada—dijo Plácida;—¡era yo tan pequeña cuando se fue!

—Sólo tenías cuatro años.

—Yo sí que me acuerdo—dijo Antonio;—como que era de su edad; ¡y cuánto nos queríamos! Me acuerdo de él como si le estuviera viendo, y también de aquel mal hombre que se lo llevó allá, á tierra de franceses.

—Pues, señor cura—dijo Plácida—al ver á mi pobre madre que no cesa de llorar, se me ha ocurrido venir á buscarle á usted, que dicen que tan bien sabe consolar.

—Haré lo que pueda para darla valor, hija mía; pero dudo de conseguirlo, porque es muy grande su pena.

—Mire usted—añadió cándidamente la niña:—esta tarde decía á mi padre que tenía una sed en el corazón que la mataba.

—¡Pobre mujer, lo comprendo!—murmuró el vicario.

—Y como yo oí á usted la otra tarde—continuó Plácida—como le oí decir en el sermón, predicando de la obra de misericordia *dar de beber al sediento*, que hay sed del alma que se apaga dándole por pasto el amor de Dios, he pensado que acaso usted, con sus hermosas palabras y con sus santos consejos, podría apagar esa sed del corazón de mi madre, que la mata.

El pastor miró absorto a la niña.

—¿Eso has pensado, hija mía?—exclamó con voz alterada,

—Sí, señor... ¿He hecho mal?—balbuceó.

—¿Mal, hija mía? ¿Puede haber algún pensamiento de los que Dios envía que sea malo? Pues Dios te ha dado á ti ese pensamiento; á ti, pobre niña, criada en los campos; ¡ah, sí, sobre ti, flor inculta y sencilla, ha vertido el dulce rocío de la poesía! ¡Tu puro pensamiento se ha elevado á las eternas regiones para buscar en ellas las fuentes de la salud!

¡Vamos, dulce paloma!—prosiguió el sacerdote.—¡Vamos, vuelve conmigo al arca, llevando el ramo de oliva! ¡Sí, tu madre tiene sed en el corazón, pero yo mitigaré esa sed! ¡Bendita seas, hija, pues por ti puedo cumplir en su mas santa y hermosa acepción la obra de misericordia *dar de beber al sediento!*

## IX

El vicario y Plácida llegaron en breve á la casa de esta última, mientras que Antonio y su madre departían muy animadamente acerca del futuro casamiento del joven.

Pero ya volveremos á oírles, y por ahora seguiremos al pastor de la aldea á la humilde morada de Calabaza.

Este, que ya había dado fin á su cena, salió á la puerta de la cocina al oír los pasos del señor cura y de su hija.

—Padre—dijo ésta;—ya está aquí el señor cura, que al momento ha consentido en venir conmigo; ¿ha salido mi madre del jardín?

—No, hija—respondió el buen hombre;—allí está, y por más que la he dicho no he podido hacerla mover.

—Vamos á verla, hija mía—dijo el vicario;—y tú, Mariano—añadió dirigiéndose á Calabaza—no te desconsueles, que Dios todo lo puede.

Y el santo anciano entró en el huertecillo seguido de Plácida.

Bien pronto divisaron á Bárbara que, inmóvil en el sitio que antes ocupara, permanecía con la frente apoyada en la mano.

La luna caía á plomo sobre su semblante curtido y flaco, dándole una expresión muy seme-

—¡Pobre mujer, lo comprendo!—murmuró el vicario.

—Y como yo oí á usted la otra tarde—continuó Plácida—como le oí decir en el sermón, predicando de la obra de misericordia *dar de beber al sediento*, que hay sed del alma que se apaga dándole por pasto el amor de Dios, he pensado que acaso usted, con sus hermosas palabras y con sus santos consejos, podría apagar esa sed del corazón de mi madre, que la mata.

El pastor miró absorto a la niña.

—¿Eso has pensado, hija mía?—exclamó con voz alterada,

—Sí, señor... ¿He hecho mal?—balbuceó.

—¿Mal, hija mía? ¿Puede haber algún pensamiento de los que Dios envía que sea malo? Pues Dios te ha dado á ti ese pensamiento; á ti, pobre niña, criada en los campos; ¡ah, sí, sobre ti, flor inculta y sencilla, ha vertido el dulce rocío de la poesía! ¡Tu puro pensamiento se ha elevado á las eternas regiones para buscar en ellas las fuentes de la salud!

¡Vamos, dulce paloma!—prosiguió el sacerdote.—¡Vamos, vuelve conmigo al arca, llevando el ramo de oliva! ¡Sí, tu madre tiene sed en el corazón, pero yo mitigaré esa sed! ¡Bendita seas, hija, pues por ti puedo cumplir en su mas santa y hermosa acepción la obra de misericordia *dar de beber al sediento!*

## IX

El vicario y Plácida llegaron en breve á la casa de esta última, mientras que Antonio y su madre departían muy animadamente acerca del futuro casamiento del joven.

Pero ya volveremos á oírles, y por ahora seguiremos al pastor de la aldea á la humilde morada de Calabaza.

Este, que ya había dado fin á su cena, salió á la puerta de la cocina al oír los pasos del señor cura y de su hija.

—Padre—dijo ésta;—ya está aquí el señor cura, que al momento ha consentido en venir conmigo; ¿ha salido mi madre del jardín?

—No, hija—respondió el buen hombre;—allí está, y por más que la he dicho no he podido hacerla mover.

—Vamos á verla, hija mía—dijo el vicario;—y tú, Mariano—añadió dirigiéndose á Calabaza—no te desconsueles, que Dios todo lo puede.

Y el santo anciano entró en el huertecillo seguido de Plácida.

Bien pronto divisaron á Bárbara que, inmóvil en el sitio que antes ocupara, permanecía con la frente apoyada en la mano.

La luna caía á plomo sobre su semblante curtido y flaco, dándole una expresión muy seme-

jante á la de esas hechiceras que nos pintan en los cuentos alemanes.

Mas ¡ay! aquella desdichada mujer, lejos de tener la maligna expresión de las magas de los cuentos, sólo dejaba leer en su pálido semblante una desgarradora expresión de pena; la brisa de aquella hermosa noche agitaba algunos mechones de sus cabellos blancos y secaba algunas lágrimas gruesas y ardientes que, como testigos de la tempestad de su alma, se desprendían de sus apagados ojos.

Absorta en sus amargos pensamientos, ni siquiera se apercibió de la entrada en el huerto del señor cura y de Plácida.

—¿Ve usted, señor?—dijo la niña con tristeza.—Parece que no ve ni oye.

—Vamos, valor, hija mía—repuso el párroco con bondad;—vete y déjame solo con ella.

Plácida obedeció, y el anciano se aproximó tanto á la pobre enferma del alma, que llegó á estar á dos pasos de ella.

Entonces la llamó por su nombre á media voz y con suavidad.

Bárbara se estremeció y volvió la cabeza.

—¿Me llamas, Mariano?—preguntó con voz apagada.

—No es Mariano, soy yo, Bárbara—dijo el vicario aproximándose más y dejándose ver por completo de la pobre afligida.

—¡Ah, es usted, señor cura!—dijo ella levantándose apresurada y con una admiración llena de respeto.

—Sí, yo soy—dijo el anciano haciéndole señas de que se sentase de nuevo, y sentándose él mismo sobre la hierba del huerto;—yo soy; me han dicho que estabas muy afligida, y como te he conocido de muchacha y te quiero, vengo á que me digas la causa de tus penas.

—¿No lo sabe usted, pues, señor cura?—preguntó Bárbara, cuyas lágrimas corrieron como un arroyo.—La causa de mi pena, de esta pena que acaba conmigo, es la ausencia de mi hijo y su ingratitud para sus padres y su hermana.

—Dios pone también su medida al dolor—dijo con dulce gravedad el sacerdote, y el que se abandona á él sin tasa es reo de su propia muerte.

—¡Ay, señor cura! ¡Era tan hermoso mi Mateo! ¡Le amaba yo tanto!—murmuró Bárbara sin dejar de llorar.—Toda mi alma está llena de su memoria, y no la puedo arrancar de ella sin que se me haga pedazos.

—Bárbara—dijo el anciano tras de algunos instantes de reflexión;—tú sabes que hay un Dios que nos ha criado y que nos ha de juzgar, ¿no es cierto?

—Dios me libre de dudar de él, señor cura—dijo la pobre mujer.



—Pues bien; si no te haces fuerte contra ese dolor, te revelas contra Dios, que es el que todo lo dispone; él ha querido que tu hijo se separase de ti; humíllate á su voluntad.

—Yo no me quejo, señor—dijo Bárbara reprimiendo su angustia;—sólo que usted no sabe cuánta falta me hace mi hijo y cuánto motivo tengo para echarle de menos.

—¿No tienes otra hija? ¿No tienes á Plácida, tan buena, tan dulce, y que será la corona de tu vejez?

Bárbara meneó tristemente la cabeza.

—¡Ah, señor cura!—dijo con desaliento.—Yo no sé lo que siento en el alma, que yo misma no me puedo explicar; es un vacío que sólo se llenaría con su cariño; es un frío tan grande, es un cansancio de la vida que no pueden remediar ni mi marido ni mi hija; ¡oh, mi hijo! ¡Mi hijo se me parecía tanto! ¡Si hubiera sido bueno me hubiera querido á mí como yo á él, es decir, con toda su alma y su corazón!

—¿No te quieren así tu marido y tu hija?

—No digo yo que no me quieren, pero ¡ay, señor cura, que no son como yo! ¡Y luego mi hijo debe tener ya 20 años, y será tan hermoso! ¡Y yo, sin poderlo ver, sin la esperanza de verlo nunca! ¡Esta idea me mata!

—Oyeme, Bárbara—dijo el cura acercándose más á la pobre mujer;—yo te diré el mal que

padeces, y luego te daré el remedio que necesitas.

Tú—continuó el anciano—tienes sed de amor; te conozco desde niña, porque soy mucho más anciano que tú; tu corazón no ha podido llenarse ni con el amor helado de tu marido, casi imbecil, ni con el de tu hija, pobre inocente, suave como la aurora; tu hijo te se asemeja más, y tú lo has comprendido con tu corazón de madre; el amor de tu hijo te hubiera hecho dichosa; hubieras querido verle casado á tu lado, y hubieras hallado en su esposa y sus hijos otra nueva familia á quien querer, porque á pesar de tu exterior áspero, tu corazón es una fuente inagotable de cariño.

—¡Ah, qué razón tiene usted, señor cura!—exclamó Bárbara mirando al anciano con admiración.—Es verdad, siento una sed en el alma que me devora, que me consume, que me mata.

—Dios te ha hecho así, pobre mujer—dijo el vicario;—acatemos su voluntad; Dios ha permitido el abandono de tu hijo; ofrécele ese dolor; él ha dicho: «el que quiera entrar en el reino de mi Padre, tome su cruz y sigame;» esa es la tuya; pídele fuerzas para llegar con ella al calvario.

Calló el anciano, y Bárbara dobló la frente absorta aún por el sonido de aquella voz vibrante; el párroco continuó:

—¿Ves ese cielo tan hermoso que cobija nuestras cabezas? ¿Ves esa luna, esas estrellas que nos alumbran? La mano poderosa que ha creado todas esas maravillas no puede dejar á sus criaturas racionales en los abismos del dolor; no puede desatendernos, y si el camino de la vida nos abruma es porque no miramos al cielo, que es su morada; á través de ese cielo azul, á través de esas estrellas luminosas, él nos mira y nos dice:—¡no os olvidéis de mí!

—¡Es verdad, padre mío! Cuando rezo me parece que se alivian mis pesares—dijo Bárbara pensativa.

—Si bajamos los ojos del cielo á la tierra y los dejamos errar alrededor nuestro, en todas partes hallamos también motivos de consuelo; el Señor cuida del roble mas alto como de la más débil y pequeña planta, de la hormiga como del águila real, y nada hay que sea desconocido para su paternal mirada.

Bárbara no respondió nada; ya hacía rato que su mirada había descendido desde el cielo, adonde la había llamado el cura, á los dos alevines que crecían en el huerto.

Ante aquella imagen de su desventura y de la ingratitud de su hijo, sus facciones habían vuelto á tomar la misma expresión desesperada que tenían desde que se había sentado en el jardín al caer de la tarde.

El vicario, viendo que guardaba silencio, la miró con pena.

—Señor cura—dijo ella por fin señalándole la planta de alevines que crecía oscura y pobre al pie de la tapia:—mire usted lo que yo vengo á ver aquí.

El vicario miró al sitio que le indicaban, sin comprender al pronto lo que querían decirle.

—¡Esa planta, que hace ya años plantó mi marido, es para mí el retrato de ese pobre Calabaza que envejece y se muere en la miseria; y esa otra—añadió señalando á lo alto de la tapia, donde la otra planta se mecía á impulsos de la brisa de la noche—esa otra es el retrato de mi hijo, que ha subido tan alto que ya no quiere vernos.

—¡Veo que es imposible devolvete la razón, pobre mujer—dijo el cura con tristeza;—hay en tu alma un dolor incurable, una sed que sólo puede llenar el amor de Dios!

—¡Si yo pudiera ver una sola vez á mi hijo!—murmuró la desgraciada como hablando consigo misma.

El ministro del altar reflexionó un momento, y luego, dirigiéndose á Bárbara, dijo:

—Escucha: es en vano el que yo quiera darte consuelos, porque no los recibes; Dios, sin embargo, manda aliviar al que sufre; Dios, toda bondad y misericordia, me manda que te pro-

cure la dicha de ver á tu hijo; ¿quieres verle?

—¡Dios mío! ¿Qué escucho? ¿Ver á mi hijo?— exclamó la pobre mujer levantándose con ademán extraviado.—¿Podré verlo? ¿Será esto posible?

—Sí—respondió el anciano con voz firme.

—¿Cuándo, cómo? ¡Ah, señor! ¡Yo no puedo creer en tanta dicha!

—Cree, pues, en ella, pobre mujer; al amanecer, si te hallas con fuerza para ello, saldrás de aquí con tu marido.

—¿Fuerzas yo? ¡Ya estoy fuerte, señor cura!— exclamó Bárbara levantándose ligeramente.— ¡Ah!—prosiguió.—¡Y á mí que no se me había ocurrido la idea de ir á Francia, aunque fuera pidiendo limosna! ¿Y yo soy buena madre? ¿Y yo digo que quiero á mi hijo?

—Vamos, calma, calma—dijo el señor cura temeroso de que la alegría alterase la razón de aquella pobre mujer;—te he dicho y te repito que al amanecer saldrás de aquí con tu marido para ver á tu hijo.

—¡Mariano! ¡Mariano!—gritó Bárbara precipitándose hacia la casa y llamando á voces á su marido.—¡Ven, ven, oye! ¡El señor cura dice que al alba iremos á Francia á ver á nuestro hijo!

Al acabar de pronunciar estas palabras, salió Mariano de la cocina y se halló bien pronto al

lado de su mujer, con Plácida, que también acudió á las voces de su madre.

—Calma, y escuchadme—dijo el cura moderando con una señal triste la loca alegría de Bárbara;—esta madrugada—prosiguió—partiréis para ir á París á ver á Mateo; Plácida quedará en casa de la sacristana hasta vuestra vuelta, pues en la mía no puede estar, á causa de vivir mi sobrino en mi compañía. Plácida tiene ya diez y seis años y Antonio veinte, y no pueden estar decorosamente bajo el mismo techo.

—Es cierto—dijo Bárbara—con la sacristana estará muy bien.

—Bárbara—dijo el vicario en voz baja;—amas con extremo á tu hijo y muy poco á esta pobre niña. ¡Quiera el cielo dejarte sin castigo!

Luego, alzando la voz, prosiguió:

—Yo quisiera daros el dinero bastante para que hicierais el viaje con alguna comodidad, pero no puede ser; sabéis que soy pobre, y en cuanto á mi hermana, que está mejor que yo, no me atrevo á pedirle la suma que necesitáis para ir de aquí á París, que siempre sería crecida; os prevengo, pues, que tendréis que ir á pie.

—Pues ¿quién lo duda, señor cura?—dijo Calabaza con su admirable sencillez.—¿Habíamos de pensar nosotros en viajar á lo señor?

—Es forzoso que tu mujer me dite antes de

emprender el camino y vea si sus fuerzas le permitirán hacer tan largo camino.

—¡Oh, señor cura!—exclamó Bárbara en cuyos ojos brillaba la alegría.—¡Si ya me siento fuerte y buena sólo con pensar en que voy á ver al hijo de mi alma!

—No hay ya más que decir, pues—repuso el cura;—abí tenéis diez duros que traje conmigo para socorremos, amigos míos; es cuanto tengo, y aun esa pequeña suma la he ido reuniendo con trabajo para vosotros; bien sé que no tenéis con ella para llegar á París; pero ahorrádlas lo posible, y si os falta, que el Señor os socorra como hace con los pajarillos: el alma que el dolor ha aniquilado sólo recobra su vida inmortal con el benéfico rocío de la esperanza.

—Vamos, Plácida—prosiguió el virtuoso anciano—di adiós á tus padres y vente conmigo, pues yo mismo quiero dejarte en poder de Petra.

La niña se precipitó deshecha en llanto en los brazos de su padre, que al abrazarla rompió también á llorar á lágrima viva.

Luego, separándola un poco de sí, se volvió á su mujer y la dijo con sentido acento:

—¡Mujer, abandonamos á una hija, que es buena, por ir en busca de un mal hijo.

—Quédate tú con Plácida y yo iré sola—dijo Bárbara con resolución.

—¿Dejarte sola por esos caminos?—exclamó

Calabaza.—¡Eso sí que no! Hágase lo que desees, que el señor vicario cuidará de esta pobrecita.

Y Calabaza puso á su hija en los brazos de su mujer, que la abrazó con pasión, sintiendo dentro de su alma una cosa como un remordimiento.

Por su parte, Plácida no podía hablar; las lágrimas la ahogaban, porque aquel corazón amante y sencillo se desgarraba al pensar en lo poco que valía su amor para sus padres.

El vicario tuvo que separarla de los brazos de aquéllos, y la asió de la mano para llevársela.

—Bárbara, Mariano—dijo con voz solemne—volved pronto, lo más pronto que os sea posible, no olvidéis que aquí dejáis vuestra hija y vuestro hogar.

Dichas estas palabras echó á andar, llevando de la mano á la pobre niña.

Pero ésta, desprendiéndose de aquella suave presión, corrió de nuevo á sus padres y les dió otro abrazo más tierno, más estrecho, más desesperado, por decirlo así.

—Vamos, hija mía, no llores más, y así que llegues á casa de Petra reza un poco; la oración alivia.

—¡Ay, señor de mi alma—gimió la pobre Plácida,—que mis padres me dejan y el corazón me dice que ya no les veré más!

—Si tal es la voluntad de Dios, hija—respon-

dió el sacerdote—en mí hallarás otro padre, y mi familia será la tuya.

Al rayar la primera luz del alba, Mariano y su esposa salieron de la aldea y tomaron rápidamente el camino que conducía á la capital de Aragón.

Barbara parecía sana, rejuvenecida; la alegría brillaba en sus ojos y en su frente.

Su marido creía un sueño verla así alegre, animada como en los primeros años de su casamiento; pero en su interior se levantaba la tristeza, y un velo negro se extendía por todas las alegrías de su alma; es que aquel pobre sér, dotado de escasa inteligencia, tenía un noble y sensible corazón, un corazón leal que presentía el dolor y le adivinaba, como el ave marina presiente la tempestad.

Cuando los dos esposos trasponían un montecillo que terminaba las casas de la aldea, se vió retirar del camino una sombra esbelta; pero á los pocos pasos la sombra se desplomó sobre la hierba del valle.

Era Plácida que había salido á dar á sus padres un último y silencioso adiós; la buena sacristana la recogió en sus brazos y desabrochó su jubón para que volviese en sí.

En efecto, la pobre niña recobró el conocimiento á los pocos instantes.

—Vamos, Plácida—dijo la señora Petra—eso

no es ser razonable; ya volverán, y mientras tanto yo te querré tanto como ellos.

—¡Ay, señoral—murmuró la pobre niña—¡el corazón me dice que no volverán, no!—repitió bajando la cabeza—¡no volverán!...

## X

Al mismo tiempo, poco más ó menos, que dejaban su pacífica aldea los padres de Mateo para ir en su busca á la populosa capital del vecino imperio, aquel hijo desnaturalizado se hallaba en una de esas brillantes fiestas entre las cuales pasaba casi exclusivamente su vida.

Eran las dos de la madrugada, y el baile que daba el embajador de Inglaterra en la corte de Francia estaba en todo su apogeo.

Tres salones, llenos de hermosas mujeres, de cuyas cabezas, cubiertas de diamantes, salían rayos de luz, daban á la fiesta un aspecto verdaderamente fantástico.

Millares de luces reflejaban en los gigantescos espejos de Venecia que decoraban las paredes, alternando con soberbios tapices de sedería recamada de oro.

Todos los balcones daban á los jardines, y estaban abiertos porque era ya Mayo y la estación muy adelantada para bailes.

Pero si la atmósfera estaba algo pesada, en

dió el sacerdote—en mí hallarás otro padre, y mi familia será la tuya.

Al rayar la primera luz del alba, Mariano y su esposa salieron de la aldea y tomaron rápidamente el camino que conducía á la capital de Aragón.

Barbara parecía sana, rejuvenecida; la alegría brillaba en sus ojos y en su frente.

Su marido creía un sueño verla así alegre, animada como en los primeros años de su casamiento; pero en su interior se levantaba la tristeza, y un velo negro se extendía por todas las alegrías de su alma; es que aquel pobre sér, dotado de escasa inteligencia, tenía un noble y sensible corazón, un corazón leal que presentía el dolor y le adivinaba, como el ave marina presiente la tempestad.

Cuando los dos esposos trasponían un montecillo que terminaba las casas de la aldea, se vió retirar del camino una sombra esbelta; pero á los pocos pasos la sombra se desplomó sobre la hierba del valle.

Era Plácida que había salido á dar á sus padres un último y silencioso adiós; la buena sacristana la recogió en sus brazos y desabrochó su jubón para que volviese en sí.

En efecto, la pobre niña recobró el conocimiento á los pocos instantes.

—Vamos, Plácida—dijo la señora Petra—eso

no es ser razonable; ya volverán, y mientras tanto yo te querré tanto como ellos.

—¡Ay, señoral—murmuró la pobre niña:—¡el corazón me dice que no volverán, no!—repitió bajando la cabeza—¡no volverán!...

## X

Al mismo tiempo, poco más ó menos, que dejaban su pacífica aldea los padres de Mateo para ir en su busca á la populosa capital del vecino imperio, aquel hijo desnaturalizado se hallaba en una de esas brillantes fiestas entre las cuales pasaba casi exclusivamente su vida.

Eran las dos de la madrugada, y el baile que daba el embajador de Inglaterra en la corte de Francia estaba en todo su apogeo.

Tres salones, llenos de hermosas mujeres, de cuyas cabezas, cubiertas de diamantes, salían rayos de luz, daban á la fiesta un aspecto verdaderamente fantástico.

Millares de luces reflejaban en los gigantescos espejos de Venecia que decoraban las paredes, alternando con soberbios tapices de sedería recamada de oro.

Todos los balcones daban á los jardines, y estaban abiertos porque era ya Mayo y la estación muy adelantada para bailes.

Pero si la atmósfera estaba algo pesada, en

cambio el ambiente que salía del jardín estaba saturado de perfumes.

Cada diez minutos pasaban los criados de la casa, vestidos de gran librea, con bandejas de plata cargadas de helados, ofreciendo á los concurrentes un consuelo al paladar, seco y mortificado por el calor.

Junto á uno de los balcones hablaban dos jóvenes en el tono quedo de la confianza y de la reserva.

—Es extraño—dijo una—que la embajadora, mujer de buen tono y muy amante, además, de sus comodidades, haya dado este baile estando la estación tan adelantada.

—Muy extraño—repitió su compañera—y tanto más cuanto que en el de la semana pasada se nos anunció que era el de despedida; pero, sin embargo, yo sé la causa de ese cambio de opinión.

—¿Sí? ¿Y cuál es?

—El empeño de Mr. Arturo.

—Pues, ¿qué le puede importar á él que se den bailes ó no?

—¡Pues sí él no vive á gusto de otro modo que entre bailes, convites y diversiones! ¿Hay un solo día que le dejes de ver en el Bosque, en la Opera y en algún baile concluyendo la noche?

—En verdad que nadie sabe cuándo duerme; ya se ve, la embajadora quiere darle gusto, sin

duda por no perder tan buen marido para su hija.

—¿Buen marido? Sin duda que lo dices en broma; ¡pobre Emelina!

—Pero, ¿no es muy rico?

—Sí; ¿pero basta eso? ¿No le ves siempre rizado, encorsetado, perfilado como una mujer? ¿No le ves con color y lunares postizos? ¡Si hasta los ojos se pinta!

—Tienes razón: pero, ¿quién sabe si eso le gustará á Emelina?

—Tal vez: pero creo que no; sus padres se han dejado seducir por el título y las riquezas que Arturo debe heredar de su tío el duque.

—Y á propósito: ¿has oído tú las especies que corren acerca de su tío, de ese viejo obeso que la echa de jovencito?

—¡Yo, no!

—¡Pues desde que se sabe es cosa acordada el casamiento de Arturo con la hija del embajador, todos andan buscando la genealogía de aquél!

—¿Y qué se dice?

—Que ese tío fué fondista ó hijo de fondista, y que el ducado de Varennes ha sido comprado.

—¡Bah, el ser fondista no es una falta, siempre que no haya adquirido mal sus riquezas!

—Dicen que las ganó á la lotería alemana.

—Ya ves que eso no es un sonrojo.

—No lo es para ti ni para mí, porque nuestros padres nos han enseñado que la nobleza más estimable es la del alma; pero si el embajador y su esposa llegan á saber eso, ¡adiós boda! Emelina se quedará sin esposo, porque antes la querrán monja ó muerta que esposa del descendiente de un fondista; ya sabes tú lo que son los ingleses.

—Calla, que aquí viene Emelina del brazo de Arturo.

—¡Qué linda está ella!

—¡Y él qué ridículo!

—Esa pobre niña me da pena.

Las dos amigas dejaron aquí su conversación para mirar á la pareja que avanzaba por la gran sala, siendo el blanco de todas las miradas.

Eran, como habían dicho las dos jóvenes, la hija del embajador inglés y su futuro esposo, Arturo de Varennes para todos, aunque para nosotros, lectores míos, puede ser solamente Mateo, el hijo de Calabaza y de Bárbara la lavandera.

Emelina, la joven inglesa, llegaba apenas á los diez y siete años; era blanca como el nácar, rubia como el oro, pequeña de estatura y delgada como un junco; sus ojos azules, dulces y serenos, se asemejaban á la flor de la clemátide por la pureza de su color y de su aterciopelado matiz; su boca pequeñita era roja y fresca y su talle aéreo como el de una hada.

El traje de Emelina era sencillo, pero en extremo elegante; llevaba un vestido de gasa blanca y un aderezo de perlas de gran tamaño.

Arturo, pues así le llamaban todos, era la verdadera antítesis de su encantadora prometida; á fuerza de amor al lujo habia hecho tal abuso de él, que su traje tocaba ya en lo ridículo; llevaba pantalón y frac negro, zapato bajo de charol con hebillas de oro y diamantes; sobre su chaleco blanco se cruzaba una cadena gruesa como un cable y tachonada de topacios y esmeraldas, la cual sostenía varios sellos también de pedrería y un reloj comprado en Londres á muy subido precio.

La blancura de su corbata hacía resaltar tres grandes rosetones de diamantes y rubies que á manera de botones cerraban su camisa y que tendría cada uno el diámetro de una peseta por lo menos.

En fin, el hijo del pobre Calabaza llevaba pedrería en el reloj, en el pecho y en los pies; esto es, en todos los sitios donde podía llevarla, y seguramente sentía el no ser mujer, porque de esta manera hubiera podido añadir á sus vistosos adornos, collar, pendientes y brazaletes.

Su figura, que hubiera sido buena, parecía así tan ridículamente recargada, que causaba hastío mirarla; frisaba ya en los veinte años, y su talla, elevada, era robusta sin dejar de ser esbelta y



de buenas proporciones; su color moreno desaparecía bajo una capa de blanquete y carmín; llevaba dos ó tres lunares postizos, negros como el ébano, y el color subido de sus labios era tan brillante, que fácilmente se conocía que lo debía á alguna opiata de subido precio.

Su espesa cabellera, que se había vuelto negra con la edad, y quizá también con el auxilio de las pomadas y bandolinas, estaba rizada de un modo tan exagerado, que le abultaba la cabeza de una manera ridícula; y era tanta la delgadez de su talle, gracias al corsé que habitualmente gastaba, que su figura presentaba la de una grande hormiga.

Daba pena, queridos jóvenes, ver á aquel hermoso muchacho, que tan simpático hubiera sido vestido con una decente moderación, daba pena, digo, verle tan ridículo, tan afectado, y rebajando de tal modo su dignidad de hombre. Emelina pensaba así quizá; pero en ella era ya ley y costumbre la obediencia á sus padres, y su corazón, que no había despertado todavía, no la inclinaba á comparaciones con ningún otro objeto.

Además, desde hacía un año veía á todas horas á su prometido a su lado, comía con ella y con sus padres todos los días, porque, según las puras y patriarcales costumbres inglesas, aquel joven, prometido esposo de Emelina, formaba ya parte de la familia y se le miraba como de ella.

—¿Cuándo es la boda?—preguntaban á la embajadora todas sus amigas al ver entrar á los dos jóvenes asidos del brazo en el salón.

—Dentro de dos meses lo más tarde—respondió la madre de Emelina; sólo esperamos á que mi hija cumpla diez y siete años.

Entre tanto Emelina y Arturo bailaban juntos una contradanza, acabada la cual dejó á la joven con su madre y fué á saludar cordialmente á las dos jóvenes que habían hablado de su genealogia sentadas en el hueco del balcón y que eran por cierto muy lindas.

—Ya viene aquí este necio—dijo una de ellas;—vamos á reírnos un poco á costa suya.

—¿Cómo está su tío de usted, amigo mío?—preguntó en seguida á Arturo.

—Sigue muy mal—respondió el joven con una fatuidad perfecta, en tanto que flechaba sus lentes de concha y oro á todas las señoras del salón.

—Pues entonces, ¿cómo se halla usted aquí?—dijo la otra joven.

—¡Es claro! ¡Porque no puedo aliviarle!—repuso Arturo muy mal humorado con aquella pregunta.

Pero al menos parece lo natural que le hiciera usted compañía—insistió la joven.—¿No le ha criado á usted desde muy pequeñito?

—Sí, señorita; mi padre, el general, murió de-

jándome á los tres años encargado á mi tío—  
contestó Mateo con una serenidad asombrosa.

—¡Ah! ¿Era general su señor padre de usted?—dijo la joven con acento burlón.

—General y conde, señorita.

—¿Y su madre de usted?

—Era una hermosa princesa rusa.

—¿Murió joven?

—Mucho, á los veinte años.

—¿Y no dejaron más hijos que usted?

—Soy único.

—¿De modo, que será usted muy rico?

—¡Pehe! ¡Un poco!—dijo Mateo con un tono que equivalía á decir:—¡inmensamente rico!

—¿Es usted español?

—Sí, nael en Madrid.

—¡Es muy raro eso!—dijo la otra joven dando con el codo á su compañera; ¿su madre de usted rusa, su padre francés y usted español?

—Es que viajaban... Adiós, señoritas—añadió Mateo, que ya se hallaba muy confuso con las insidiosas preguntas de las dos jóvenes; y dando media vuelta se apartó de aquel grupo para ir á hablar á otras señoras.

Pero al ir á cruzar el salón, y cuando ya la orquesta preludiaba una nueva contradanza, se le acercó con un ademán agitado uno de los criados de la casa.

—¿Qué hay?—preguntó Mateo, con ese desdén

soberano propio de las personas que, habiendo nacido en el seno de la nada, se ven encumbreadas de repente.

—El señor duque se muere, según me acaba de decir el ayuda de cámara de V. E.—dijo el doméstico.

—¡Cáspita! No es cosa de descuidarse—murmuró el hijo de Calabaza; ya está muy irritado conmigo, y si no acudo pronto adiós ducado y herencia.

Y acercándose á la embajadora y á su hija se despidió de ellas apresuradamente, diciéndoles el estado de su tío.

Luego bajó al patio y saltó en su coche, llegando pocos minutos después al palacio de Varennes.

Pero aquel corazón de piedra no apresuró ni uno solo de sus latidos, ni sus ojos se humedecieron al pensar en el estado de su amigo y bienhechor; su único torcedor era el pensamiento de si podría perder la herencia del duque, puesto que se portaba con él inicualemente desde hacía mucho tiempo.

Cuando entró en la habitación del anciano duque se presentó á su vista un espectáculo bien triste; dos médicos, sentados á la cabecera misma del lecho, departían en voz baja, y en el fondo del aposento, un ayuda de cámara, tan viejo como su señor, preparaba una bebida cal-

mante que habían, por lo pronto, propinado los médicos.

Aquel ayuda de cámara era un pequeño ayudante de la fonda de Casimiro Gringolet cuando aquél, gracias á la lotería, pasó de fondista á duque; habíase criado con Ciriaco, y éste, cuando heredó el ducado de su padre, lo ascendió de simple lacayo, que había sido, á su ayuda de cámara y confidente.

Silvestre, que este era su nombre, se había consagrado á su amo en cuerpo y alma, y detestaba á todos los demás criados de la casa, que, como él decía muy bien, sólo pensaban en hacer su negocio.

Cuando entró Mateo en el dormitorio del duque la fisonomía del enfermo manifestaba un sufrimiento profundo, las de los médicos esa indiferencia del talento ante todas las catástrofes de la humanidad y la de Silvestre una amarga aflicción.

Mateo dejó su capa sobre un sillón y se acercó á la cama del duque, que le miró con semblante irritado.

El anciano, que ya contaba 70 años, padecía desde hacía dos frecuentes accesos de fiebre, y se había demacrado un poco; pero lo que en aquel momento le aquejaba era un ataque de parálisis que no dejaba esperanza alguna de salvarle de un fatal porvenir.

En la mirada que dirigió á Mateo estaban escritas mil mudas reconvenciones, porque aquel joven desnaturalizado é ingrato, lejos de cuidarse del estado de su bienhechor, le dejaba en una completa soledad por entregarse á toda clase de diversiones.

Durante aquellas horas de dolor y sufrimiento el duque pensaba con dolor en las halagüeñas esperanzas que había alimentado con respecto á su ahijado; en efecto, sólo una razón egoísta había movido al celibatario á arrancar á aquel muchacho á sus padres; le había hallado tan hermoso, tan despejado, tan gallardo, tan simpático, en fin, para su modo de ser y de pensar, que lo adoptó por suyo, creyendo hallar en su compañía un remedio para su soledad y un correctivo á las demasías de su numerosa servidumbre, que el bueno y bondadoso Silvestre no podía ni se atrevía á contener.

Sin embargo, ninguno de estos deseos había visto logrados; Mateo había crecido en la ociosidad, y su vanidad y su ingratitud habían crecido con él; su pobre madre se equivocaba al suponerle dotado de un corazón entusiasta y amoroso; Mateo no se parecía á Bárbara más que en su genial duro y en su voluntad de hierro; pero tanto cuanto era de sensible la madre bajo su ruda corteza, era duro, helado, casi feroz el hijo bajo su dulce y melosa apariencia.

Ningún efecto hizo en él la enojada mirada que su anciano bienhechor le dirigió al acercarse á su lecho: sonrióse con desvergonzada osadía y le dijo, dándole algunos golpecitos en la espalda:

—Vamos, vamos, padrino, no hay que enfadarse; ya me tienes aquí.

Mateo trataba al duque con una familiaridad que rayaba en descaro; es verdad que el mismo duque se lo había exigido, mandándole que le llamara padrino, dictado que tapaba todas las bocas, y que, por su elástica acepción, destruía los comentarios acerca de la familia del joven.

El duque, más y más enojado, lanzó una especie de gemido, lleno de cólera, al mismo tiempo que el buen Silvestre le presentaba la bebida que había estado preparando.

Mateo, sin hacer caso alguno, se volvió á los médicos y les preguntó con admirable serenidad.

—¿Hay peligro, señores?

—No le hay por ahora de muerte, caballero—respondió el más anciano—pero hay otro poco menos alarmante que aquel.

—¿Cuál es?—insistió Mateo.

—Existe el peligro de que el señor duque se quede del todo imposibilitado.

—Es decir, baldado—dijo Mateo, sin que un solo músculo de su rostro se descompusiera.

—Ciertamente, caballero, baldado ó tullido, como usted quiera entenderlo.

El doctor volvió bruscamente la espalda á aquel hombre, que le repugnaba.

—¡Caramba, yo qué pensé que se moría!—se dijo á sí propio Mateo;—¡esto va muy despacio, según parece!

Luego dió media vuelta y tomó el camino de su cuarto, sin volverse á mirar al duque y sin despedirse de los médicos.

—¿Dónde irá?—dijo uno de ellos á Silvestre.

—¿Dónde va, señor doctor?—respondió el viejo ayuda de cámara.—Va á buscar su cama para dormir á pierna suelta; ¡si ese hombre es una fiera! ¡Y que el señor duque no quiera plantarle en la calle!

El duque lanzó un suspiro profundo y doloroso, y nada contestó.

—¡Ah!—pensó para sí, porque además de la voz material, habla dentro de nosotros otra voz, que es la de la conciencia.—Yo le saqué de su oscuridad, yo le arrebaté á sus padres, yo le he enseñado esta existencia de lujo y de molice; debo sufrir su ingratitud, que es mi castigo.

## XI

Como un mes y medio después de la noche en que acabamos de dejar al anciano duque de Varennes atacado de perlesía, y á eso de las siete de la tarde, una escogida y brillante con-

Ningún efecto hizo en él la enojada mirada que su anciano bienhechor le dirigió al acercarse á su lecho: sonrióse con desvergonzada osadía y le dijo, dándole algunos golpecitos en la espalda:

—Vamos, vamos, padrino, no hay que enfadarse; ya me tienes aquí.

Mateo trataba al duque con una familiaridad que rayaba en descaro; es verdad que el mismo duque se lo había exigido, mandándole que le llamara padrino, dictado que tapaba todas las bocas, y que, por su elástica acepción, destruía los comentarios acerca de la familia del joven.

El duque, más y más enojado, lanzó una especie de gemido, lleno de cólera, al mismo tiempo que el buen Silvestre le presentaba la bebida que había estado preparando.

Mateo, sin hacer caso alguno, se volvió á los médicos y les preguntó con admirable serenidad.

—¿Hay peligro, señores?

—No le hay por ahora de muerte, caballero—respondió el más anciano—pero hay otro poco menos alarmante que aquel.

—¿Cuál es?—insistió Mateo.

—Existe el peligro de que el señor duque se quede del todo imposibilitado.

—Es decir, baldado—dijo Mateo, sin que un solo músculo de su rostro se descompusiera.

—Ciertamente, caballero, baldado ó tullido, como usted quiera entenderlo.

El doctor volvió bruscamente la espalda á aquel hombre, que le repugnaba.

—¡Caramba, yo qué pensé que se moría!—se dijo á sí propio Mateo;—¡esto va muy despacio, según parece!

Luego dió media vuelta y tomó el camino de su cuarto, sin volverse á mirar al duque y sin despedirse de los médicos.

—¿Dónde irá?—dijo uno de ellos á Silvestre.

—¿Dónde va, señor doctor?—respondió el viejo ayuda de cámara.—Va á buscar su cama para dormir á pierna suelta; ¡si ese hombre es una fiera! ¡Y que el señor duque no quiera plantarle en la calle!

El duque lanzó un suspiro profundo y doloroso, y nada contestó.

—¡Ah!—pensó para sí, porque además de la voz material, habla dentro de nosotros otra voz, que es la de la conciencia.—Yo le saqué de su oscuridad, yo le arrebaté á sus padres, yo le he enseñado esta existencia de lujo y de molice; debo sufrir su ingratitud, que es mi castigo.

## XI

Como un mes y medio después de la noche en que acabamos de dejar al anciano duque de Varennes atacado de perlesía, y á eso de las siete de la tarde, una escogida y brillante con-

currencia poblaba el hermoso paseo llamado en París *bosque de Bolonia*, y que equivale, mis amados lectores, á la fuente Castellana de Madrid, si bien con bastantes ventajas.

Los carruajes daban vueltas, conduciendo al trote de los briosos caballos elegantes damas vestidas de encajes de seda.

Numerosos jinetes lucían sus briosos alazanes en derredor de los carruajes; otros acompañaban á alguna linda amazona que dejaba flotar su velo verde en alas de la brisa de la tarde.

No era menor la concurrencia de á pie, pues el día caluroso había tenido recluso á cada uno en su casa, y todos buscaban el aromado ambiente de los jardines á la hora en que el sol hunde su frente en el mar para buscar reposo.

Entre los carruajes que más llamaban la atención, un elegante tilburi azul, tirado por un precioso caballo tordo, fijaba las miradas de los transeuntes, no sólo por la elegancia del carruaje sino por la destreza bastante fatua con que le guiaba la persona que le ocupaba.

Era nuestro conocido Mateo, que se paseaba en el bosque muy á despecho suyo, pues estaba acostumbrado, como todas las personas del buen tono, á pasar en el campo aquella estación.

La enfermedad de su padrino le había impedido aquel año cumplir con esta ley de la moda, y el buen dandy se desesperaba, consolándose

á duras penas con hacer ostentación de su tilburi, comprado desde hacia muy pocos días expresamente para lucirle en los Campos Elíseos y en el bosque de Bolonia.

Razón tenía Mateo para echar de menos la estancia en el campo; el duque poseía un soberbio castillo á cuatro leguas de París, situado de la manera más pintoresca, y al cual iban á visitarle sus numerosos amigos.

Algunos de ellos llevaban á sus esposas é hijas y se pasaban los días paseando á caballo ó en carruaje, conversando y comiendo, las noches en conciertos y bailes, á los cuales nada tenían que envidiar los de la capital.

Pero no creáis, lectores míos, que la vista del campo tenía ningún atractivo para el prosaico Mateo; lo mismo eran para él esas hermosas noches de luna en que el ruiseñor canta y las estrellas reflejan en el arroyo que las lluviosas que pasaba en el invierno envuelto en su bata junto á la chimenea; ni una sola vez la vista de la campiña le trajo el recuerdo de su aldea, de sus padres, de su hermana; en aquella alma prosaica y helada no podía albergarse la poesía de los recuerdos ni el santo amor de la patria y de la familia.

Iba contento al campo porque salía de París, y todos los grandes señores le dejaban en el estío; la moda era su religión, su amor, y todas

sus afecciones estaban resumidas en el culto de la voluble diosa.

Aquella hermosa tarde de Julio en que empieza este nuevo periodo de mi historia se consolaba haciendo caracolear al alazán que guiaba su bonito carruaje y flechando su lente a todas las damas, á cuyo lado pasaba; era el mismo Mateo, ó más bien el mismo Arturo de siempre, fatuo, presumido, pintado como una actriz de segundo orden; llevaba en su mano izquierda, cubierta de un fino guante gris, las riendas del caballo, y el lacayo, sentado junto á él, tenía orden de guardar la más absoluta inmovilidad.

Así es que el doméstico se había cruzado filosóficamente de brazos, según hacen todos los que se hallan en su caso, y miraba con una vanidad de conquistador á los miseros cocheros que tenían que tomarse el trabajo de guiar los carruajes de sus amos.

La luz de la tarde iba declinando, y se hallaba en el primer periodo de ese largo y dulce crepúsculo que precede á las noches del estío.

A la entrada del bosque y en pie, junto á un enorme castaño de Indias, se hallaba un grupo que no llamaba la atención de nadie, pero que, sin embargo, merece ocupar la nuestra.

Companionle un hombre y una mujer, ya ancianos, al parecer, y cuyos pobres vestidos estaban del todo hechos pedazos.

El aspecto de la mujer, sobre todo, era deplorable; flaca, ó más bien demacrada, lívida y cubierta de andrajos, parecía espirante; sin embargo, sus ojos brillaban con un fuego sombrío al recorrer una por una todas las fisonomías de los concurrentes al paseo.

Apoyábase con mano trémula y febril en el árbol, pero sus miradas devoraban á gran distancia á todos los caballeros que pasaban ya á caballo, en carruaje ó á pie.

En cuanto á su compañero, parecía sumergido en una profunda inercia; su flacura era espantosa; de vez en cuando cerraba los ojos como si la luz le deslumbrase, y cuando los abría doblaba la frente sobre el pecho.

—¡Mira... mira tú también!—dijo la anciana con desesperación.—Mariano, tú no me ayudas... y es preciso que le veamos aquí... el corazón me dice que aquí debe estar... y si no le vemos aquí, ¿dónde le buscaremos?

—¡Ay, Bárbara!—murmuró con voz débil el pobre hombre.—¡Es que no puedo...! El hambre... el cansancio...! ¡Me muero!

—¡Cobarde!—gritó con voz ronca la desgraciada mujer.—¿No sabes que yo he estado enferma? ¿Que casi me muero en el camino...? Y á pesar de todo, ¿no me ves aquí con más valor que tú buscando á mi hijo?...

—¡Tú lo has dicho, Bárbara!—gimió el des-

dichado padre.—¡Tienes más valor que yo...!

—¡No, no! ¡Es que yo amo más á mi hijo...!  
¡Es que yo quiero ver á mi hijo antes de morir...! ¡Mi hijo!... ¡Ah, allí... allí está!... ¡Él es!...

Y la mendiga, ciega de alegría, desolada, y hallando en su afán más fuerzas que nadie hubiera podido concederle al ver su aspecto, se precipitó hacia el tñburi de Mateo, que pasaba á la sazón para dar la vuelta al paseo.

El exánime Calabaza, al oír aquel grito, sintió que toda la sangre le afluíra al corazón, y siguió á su mujer, hallándose bien pronto al lado del carruaje.

—¡Hijo... hijo de mi alma!—gritó Bárbara abalanzándose á sujetar con mano fuerte el caballo del carruaje.

Al oír aquellos gritos, dados por una mendiga, algunos paseantes se detuvieron junto al carruaje mirando al que le ocupaba y á los dos desdichados que se abalanzaban á él.

¿Qué pasó entonces en el corazón de Mateo?

Debemos decir, en honor de la verdad, que durante algunos instantes una lucha horrible se apoderó de él.

No podía dudar de que aquellos dos pobres seres eran sus padres; la voz de la naturaleza, esa voz vibrante que domina toda otra consideración, se lo decía; por espacio de dos segundos miró palpitante á aquella anciana que daba ru-

gidos de alegría, semejantes á los de la loba que halla á su hijuelo perdido en la espesura de una selva; miró á aquel viejo, más encanecido por el hambre y por las pesadumbres que por la edad, y sus entrañas se conmovieron, y todo su sér se estremeció con una sensación inmensa, indefinible.

Pero el demonio de la vanidad extendió de nuevo sus negras alas sobre el alma de Mateo; la luz de la virtud se eclipsó bajo su denso velo, y cerró su corazón á las dulces expansiones del amor filial.

Los curiosos se arremolinaban en derredor del carruaje, cada vez en mayor número; la anciana no cesaba de darle el nombre de hijo y de llamarle su Mateo, su querido Mateo.

¡Oh, mis queridos lectores, mi pluma tiembla y se estremece y vacila antes de describiros la funesta aberración á que condujo su vanidad al desgraciado joven! ¡Dichosos vosotros si amáis á vuestros padres, y si jamás os habéis separado del techo en que habéis nacido! ¡No hay nada más heroico, más sublime, más tierno y generoso que el amor paterno y maternal! ¡No hay felicidad más positiva que la que nos proporciona el amor de nuestros padres, en esta tierra de dolores!

Mateo, al verse en la alternativa de reconocer y abrazar á sus padres, ó huir del boehorno que



le ocasionaba el que la multitud que rodeaba su coche, le reconociese por un infeliz de baja esfera, optó por esto último; pensó con terror que entre aquel gentío que se agolpaba en derredor suyo, había muchos de los amigos que veía en todas partes; había visto además á la embajadora de Inglaterra y á su hija en una carretela descubierta, y temblaba de que se enterasen de lo que pasaba.

El pensamiento de que iba á perder un casamiento opulento, de que iba á quedar por embustero ante todos aquellos á quienes había dicho que era hijo de un general conde y de una princesa rusa, todas estas ideas atravesaron su cabeza como dardos y ahogaron en su corazón los gritos de la naturaleza.

—¡Hola!—gritó levantándose con aire enojado y altanero.—¿Qué es esto? Suelte usted, buena mujer, las riendas del caballo.

—¡Hijo mío, Mateo! ¿No nos conoces?—gritó Bárbara á quien la alegría hacía temblar convulsivamente.—¡Somos tus padres... tus padres Calabaza y Bárbara que venimos de la aldea!... ¡Mira, he andado un mes con tu padre por verte... y casi me he muerto de cansancio y de hambre!

—¡Esta mujer es una loca!—dijo Mateo, que en vano procuraba dar firmeza á su voz.—¡Yo no la conozco! ¡No la he visto jamás!... ¡Apartadla!

—Mateo, ¿y á mí?—preguntó Calabaza adelantándose y poniéndose delante de su hijo.—¿No me conoces á mí tampoco?

—Tan poco, buen hombre—contestó el culpable con una asombrosa serenidad.

La multitud, con ese instinto exacto y poderoso de las masas que casi siempre adivinan la verdad, como si la verdad fuese una corriente eléctrica, se agitó como horrorizada; pero de súbito se oyó un grito ronco que parecía un gemido, y todos los ojos se volvieron al sitio de donde había salido.

Bárbara, la desdichada madre, ultrajada, desconocida, acusada de loca por su ingrato hijo, habíase desplomado en el suelo, casi á los pies del brioso alazán, que piafaba, deseoso de partir á la carrera.

—¡Ah, pobre mujer!—exclamaron algunos, en tanto que Calabaza se precipitaba llorando sobre el inanimado cuerpo de su esposa.

Mateo, lívido, temblando como un calenturiento, quiso apartar el carruaje de aquel espectáculo que le volvía loco, y tiró de las riendas del caballo que su madre había soltado al caer desmayada.

El soberbio animal, relinchando de coraje, al sentir la presión furiosa del bocabo, se encubrió dando dos pasos atrás, y dejando caer sus herradas manos sobre la infeliz Bárbara.

Un débil ¡ay! de Mariano, al ver magullar de un modo tan horrible el cuerpo de su amada esposa, se mezcló con un grito de indignación de los espectadores.

—¡Bárbaro! ¡Mal hijo! ¡Picaro!—exclamaron algunos obreros que, al volver de su trabajo, se habían acercado á ver lo que sucedía.

Y el coche de Mateo fué rodeado y detenido de nuevo el caballo.

—¡Qué es esto! ¡Dejadme pasar!—exclamó el joven, cuya voz temblaba de miedo.

—No puede calcularse cuál hubiera sido el final de aquella escena, á no haberse detenido junto al grupo un carruaje de alquiler, del que bajó un hombre de edad, vestido con extrema sencillez.

Las sombras de la noche empezaban ya á extenderse por el bosque, dejando inciertas todas las fisonomías; no obstante, á pesar de esta circunstancia, y de la angustia en que se hallaba, Mateo reconoció en el recién llegado al más anciano de los dos médicos que asistían á su padrino.

—¿Qué sucede aquí?—preguntó el facultativo.—¿Hay algún enfermo? Dejadme pasar, soy médico, y quizá podré aliviarle.

Todos abrieron paso al doctor; los más encarnizados contra Mateo se apartaron del coche y se acercaron para oír el fallo del facultativo,

acerca de la pobre mujer que yacía tendida sobre la arena del paseo.

Mateo, al verse libre, no pensó en saber el estado de su madre; atento sólo á escapar de la desesperada situación en que estaba, volvió á tomar las riendas del caballo y le sacó al escape de entre la multitud.

Pero bien pronto cien voces burlonas resonaron en sus oídos.

—¡Ahí va el hijo de la princesa rusa!—dijo burlonamente un joven que había sido amigo suyo.

—¡El hijo del general!

—¡El sobrino del duque!

—¡El caballero Arturo!

Algunas carcajadas fueron á traspasar los oídos y el corazón del réprobo que huía de la execración general.

—¡Adiós, señor Mateo!—dijo un joven calavera, que detestaba al ahijado del duque porque le había ganado grandes sumas al juego.

—¡Adiós, joven Calabaza!—añadió otro.—Ya no nos hará reír en los salones con su insoportable fatuidad.

Mateo puso su caballo al galope y tomó casi loco el camino de la casa del duque.

Mientras tanto el médico se había acercado á Bárbara; puso una rodilla en tierra y levantó su cabeza; estaba inanimada, y volvió á caer pesa-

damente; levantó luego los párpados, y puso la mano sobre el corazón; pero al cabo de dos minutos se levantó meciendo la cabeza con aire triste.

—¿Qué hay, señor doctor?—preguntó un caballero, cuyo carruaje blasonado le esperaba á pocos pasos.

—¡Está muerta!

—¡Muerta!—repitió la multitud.

—¡Muerta!—gimió Calabaza llorando con desconsuelo.

—Sí; un dolor agudo en el corazón le ha causado la muerte; no hay que achacarla á las pisadas del caballo; cuando el animal pasó sobre ella ya había expirado.

Luego, separando á los curiosos, el médico irguió su alta estatura, tomó por un brazo á Calabaza y le dijo:

—Venga usted conmigo, buen hombre; sé donde vive ese monstruo á quien llaman su hijo; el duque le recibirá bajo su techo, y veremos si delante de él y de mí se atreve á negar, como aquí, que es usted su padre; por fortuna le vi antes de que se marchase, y sé su historia también como usted mismo.

El doctor hizo entrar en su coche á Calabaza, á quien el dolor había convertido en un autómatá, y dió al cochero las señas del palacio de Varennes.

Casi en el mismo instante recogía la justicia el cadáver de Bárbara y le depositaba en la Morgue (1).

## XII

Calabaza fué acometido en el carruaje del médico de un desmayo mortal.

El hambre, la fatiga, la aflicción, habían abatido aquella débil y quebrantada naturaleza.

En vano el doctor hizo cuanto pudo en aquel reducido espacio para volverle á la vida.

Cuando llegaron al palacio aun continuaba sumergido en su letargo.

Dos criados sacaron al desgraciado del coche por orden del médico.

—Ponedle en una cama y encended en la chimenea de la habitación donde le coloquéis un fuego moderado.

Los criados se miraron atónitos; era Julio, y no podían comprender la necesidad de encender lumbre.

—Os digo—repitió el médico—que encendáis una lumbre moderada, y que abráis las ventanas; mientras tanto le prepararé yo un cordial.

(1) Sitio donde se exponen en París los cadáveres que se hallan en las calles, y cuya procedencia se ignora.

damente; levantó luego los párpados, y puso la mano sobre el corazón; pero al cabo de dos minutos se levantó meciendo la cabeza con aire triste.

—¿Qué hay, señor doctor?—preguntó un caballero, cuyo carruaje blasonado le esperaba á pocos pasos.

—¡Está muerta!

—¡Muerta!—repitió la multitud.

—¡Muerta!—gimió Calabaza llorando con desconsuelo.

—Sí; un dolor agudo en el corazón le ha causado la muerte; no hay que achacarla á las pisadas del caballo; cuando el animal pasó sobre ella ya había expirado.

Luego, separando á los curiosos, el médico irguió su alta estatura, tomó por un brazo á Calabaza y le dijo:

—Venga usted conmigo, buen hombre; sé donde vive ese monstruo á quien llaman su hijo; el duque le recibirá bajo su techo, y veremos si delante de él y de mí se atreve á negar, como aquí, que es usted su padre; por fortuna le vi antes de que se marchase, y sé su historia también como usted mismo.

El doctor hizo entrar en su coche á Calabaza, á quien el dolor había convertido en un autómatá, y dió al cochero las señas del palacio de Varennes.

Casi en el mismo instante recogía la justicia el cadáver de Bárbara y le depositaba en la Morgue (1).

## XII

Calabaza fué acometido en el carruaje del médico de un desmayo mortal.

El hambre, la fatiga, la aflicción, habían abatido aquella débil y quebrantada naturaleza.

En vano el doctor hizo cuanto pudo en aquel reducido espacio para volverle á la vida.

Cuando llegaron al palacio aun continuaba sumergido en su letargo.

Dos criados sacaron al desgraciado del coche por orden del médico.

—Ponedle en una cama y encended en la chimenea de la habitación donde le coloquéis un fuego moderado.

Los criados se miraron atónitos; era Julio, y no podían comprender la necesidad de encender lumbre.

—Os digo—repitió el médico—que encendáis una lumbre moderada, y que abráis las ventanas; mientras tanto le prepararé yo un cordial.

(1) Sitio donde se exponen en París los cadáveres que se hallan en las calles, y cuya procedencia se ignora.

Los criados obedecieron al médico, aunque de malísima gana; aquel mendigo haraposo les repugnaba de una manera invencible, y se preguntaban por qué motivo le traían á casa de su amo.

El doctor siguió andando hacia el interior de la casa, en la cual reinaba la mayor confusión; al entrar en un pequeño aposento donde se guardaban las medicinas, y que servía á los dos médicos de laboratorio, se halló á Silvestre, que, muy asustado, pasaba por el corredor.

—¿Qué ocurre?—preguntó el médico.

—¡Ay, señor!—exclamó gimiendo el anciano.

—Vamos, ¿qué sucede?—insistió el doctor.

—¡Que al señor duque le ha dado otro ataque terrible!

—¿Otro ataque?—preguntó espantado el médico.

—¡Sí, señor! ¡ahora iba á buscar á usted! el pobrecito señor se ha quedado mudo y sordo desde hace dos horas!

—¡Oh! ¡lo que yo temía!—murmuró el doctor;—¡un ataque á la cabeza!

—Viene usted al instante ¿no es verdad?—preguntó Silvestre con angustia—aun puede ser que haya remedio!

—¡No le hay, mi pobre Silvestre!—contestó el doctor.

—¡Dios mío!

—Pero vamos á verle, sin embargo; ¿ha venido Arturo?

—Hace poco rato; entró en su cuarto y ha encargado que no se le llame; y lo extraño es que ha mandado á su ayuda de cámara que salga á comprarle una silla de posta, que al amanecer debe estar á la puerta.

—¡Es extraño, en efecto—murmuró el doctor, al mismo tiempo que entraba en la habitación del duque.

Este se hallaba desde hacía más de un mes sin levantarse de su lecho; su cuerpo era una masa inerte, y el nuevo ataque que había padecido, y que le había dado á la cabeza, le dejaba ya tan poca vida, que el médico retrocedió dos pasos al verle.

—¿Está muy malo, señor doctor?—preguntó Silvestre con voz llorosa.

—¡Está muriendo!—repuso el médico.

—¡Ah, santo Dios!

—La muerte viene á paso acelerado—prosiguió el doctor;—pero nada puede detenerla; volveré dentro de un instante, Silvestre; ¿ha cumplido ya el señor duque sus deberes de cristiano?

—¡Sí, señor!—respondió sollozando el anciano;—hace dos días confesó y comulgó.

—Hasta luego, Silvestre—añadió el doctor;—otra persona reclama aquí mis cuidados; para el señor duque son inútiles.

Silvestre embargado por la pena, no entendió las palabras del médico ni se detuvo á pensar quién sería aquella otra persona que necesitaba de los cuidados de aquél; sentóse á la cabecera del lecho de su amo, y se puso á mirarle con tristeza.

Cuando el médico entró en el cuarto donde habian dejado al pobre Calabaza, empezaba éste á volver en sí; era una habitación bonita y de pequeñas dimensiones, que comunicaba por un lado con el tocador de Mateo, y por otro con el comedor del palacio.

Mariano al recobrar el conocimiento se había incorporado trabajosamente en el lecho donde le habian tendido y se hallaba solo, porque los criados, valiéndose del desorden que reinaba en la casa, cada uno atendía á su negocio particular.

Además del de cada uno, se agitaba en la casa otro negocio general; era el de la próxima muerte del duque, que, como había dicho Silvestre en medio de su aflicción, debía tener lugar muy en breve, según la rápida alteración de su semblante.

—Vamos, pobre Mariano, ¿cómo estamos?— dijo el doctor que por la relación del duque, conocía la familia de Mateo.

El buen Calabaza contestó sólo con llanto, su memoria, que se había aclarado de repente, le

presentó á su mujer muerta sin socorro y en medio de la calle, á su hijo paseándose en coche y sin querer reconocerles.

—No hay que llorar, dijo el doctor; todo se arreglará, Mateo será rico y atenderá á su padre como debe.

—¡Ah, señor! yo no quiero nada de mi hijo, murmuró el anciano con voz doliente; solo quiero morir, para volver á reunirme con mi Bárbara.

—Ese deseo no es justo, repuso el doctor, sacando un frasquito que había tomado del laboratorio y que contenía un cordial; y llamando á un criado le mandó traer una cuchara.

—Pronto estará usted bueno, amigo mío, vió dirigiéndose á Calabaza, y dándole una cucharada llena de cordial; tome usted esto, y duerma si puede; dentro de dos horas sentirá gran sed; entonces llame usted y beberá un poco de vino generoso que reparará sus fuerzas.

El médico, dichas estas palabras, volvió á colocar sobre los almohadones del lecho la cabeza de Mariano, que, en efecto, se acomodó para descansar porque estaba exánime de fatiga, y se quedó solo, volviendo el doctor al lado del moribundo duque.

Dos horas después despertó, en efecto, Calabaza con una sed devoradora; volvió á incorporarse en el lecho y miró á todas partes; pero ni vió á

nadie, ni halló vaso alguno que contuviera el vino generoso de que le había hablado el doctor.

Quiso levantarse y no pudo; la sed era cada vez más voraz; su garganta estaba abrasada; la lengua se le pegaba al paladar... ¡se ahogaba! de pronto oyó un murmullo como de dos personas que hablasen en la habitación inmediata y gritó con angustia.

—¡Agua! ¡agua! ¡me muero de sed!

Nadie respondió; sin embargo, su hijo había oído aquella voz lastimera; pero ocupado con sus proyectos de fuga de aquel París aborrecido, que ya sabía tenía por padres dos míseros aldeanos, no se movió, y prosiguió encerrando en su cartera muchos billetes de Banco diseminados sobre su mesa de tocador.

—¡Agua! repitió Calabaza, devorado por la fiebre que había encendido en sus venas el hambre y la fatiga; ¡Agua, que me ahogo!

Aquel acento heló la sangre en las arterias de Mateo; ignoraba que su padre se hallase en la casa del duque y sin embargo reconoció su voz.

Dominado por un vértigo se lanzó á la puerta; pero en aquel momento pasaron dos criados gritando.

—¡Ha muerto el señor duque! ha muerto.

—¡No hay tiempo que perder—murmuró Mateo;—acabemos y huyamos!

Volvió al tocador, y cerró por dentro, sin pen-

sar más en el lastimero acento que había oído.

Ya no se escuchaba, sin embargo; el oído de Calabaza había sido sorprendido por una voz que articuló algunas palabras tan horribles que le hicieron olvidar hasta el martirio que sentía.

Era una voz de mujer, y de mujer anciana, que se oyó en el comedor y que dijo pocas palabras á otra persona, si bien en medio del mayor misterio.

—El arsénico está en esta copa de agua azucarada que bebe todas las noches; voy á ponerla en el tocador, pues van á dar las doce y la bebe á la una.

—Y... ¿y será cosa breve?—preguntó otra voz varonil.

—Negocio de diez minutos. Muerto el señor, nos conviene desembarazarnos del tal Mateo, para hacer nuestro avío; luego cogemos mi hato y huimos; con que voy á llevar el agua, y todo estará concluido antes que los médicos, que se acaban de acostar á reposar un poco, vuelvan á levantarse.

Oyéronse unos pasos que se alejaban, y Mariano saltó de la cama al suelo.

—¡Van á matar á mi hijo!

Esta idea brotó escrita con caracteres de fuego en la mente de Calabaza, extraviada ya por una fiebre creciente.

De repente oyó el choque de un vaso contra

otro; era indudable que en el aposento inmediato era donde depositaban el veneno.

—¡No, no lo matarán, Bárbara!—murmuró Calabaza mirando al vacío, como si hubiera delante de sus ojos una aparición.—¡No me mires así... está bien! ¡Moriré por Mateo como tú! ¡Ese es también mi deber.

Y el desgraciado, víctima de su generosa alucinación, se lanzó adonde había oído el choque de cristal, y empujó una puerta, que cedió al instante á su presión.

Calabaza se halló en un lindo aposento, dividido por una cortina de brocado de seda, y que servía mitad de alcoba y mitad de tocador.

Junto á la puerta excusada que había abierta, se hallaba un pequeño lecho dorado con colgaduras de seda verde, y al lado de aquél una mesa de noche de caoba con tablero de piedra mármol.

Sobre aquella mesa estaba la copa fatal.

Calabaza la tomó con mano trémula y apuró su contenido.

Luego miró en derredor suyo y descubrió á Mateo, que sacaba de una cómoda diversas prendas de vestir, y las metía apresuradamente en una maleta de viaje.

—¡Hijo mío!—exclamó débilmente, pues su cabeza se desvanecía.

Estremecióse el joven y volvió vivamente la

cabeza; entonces vió á su padre que se apoyaba con mano trémula en su lecho para no caer.

—¡Cielos!—exclamó aproximándose á él y aterrado por el aspecto de aquella fantasma livida.

—¡Hijo mío, querían matarte!...—murmuró Calabaza.—Ahí... en esa copa había un veneno... yo lo he bebido para que vivas... y ahora adiós, que me espera tu madre...

—¡Padre... padre mío!—exclamó Mateo, cuyo corazón, por más duro que fuese, se rompió en mil pedazos ante aquella heroica abnegación.

Y arrojándose al cuello de Calabaza, le sostuvo en sus brazos, mirándole con ansioso cuidado.

—¡Socorro!...—gritó después.—¡Socorro!... ¡Socorro!

Nadie respondió; los criados habían fracturado los cajones y roto el escritorio particular del duque, huyendo con todo el dinero, alhajas y plata que había en la casa.

La enfermedad del duque, y el culpable abandono de Mateo, habían favorecido sus designios.

—Ya no te matarán—repitió el moribundo, cuya idea fija era la salvación de su hijo.

—¡Padre mío, no me hubieran muerto, no!—exclamó Mateo con desesperación al oír pararse una silla de posta á la puerta.—¡Marchaba al Havre y no pensaba en beber! ¡Oh, qué mal ha



empleado usted su honrada vida, en defensa de mi culpable existencial

—¡Para mí ha sido un bien, Mateo! La sed me ahogaba y había quedado solo. ¡Oh, que horrible es morir de sed, hijo mío... más dulce es morir envenenado!

—¿Sería usted el que pedía agua?—exclamó Mateo aterrado.—¿Serían de usted, padre mío, aquellos clamores que oí?

Pero el moribundo ya no pudo responder.

—¡Oh, maldito orgullo el mío, que cerró mi corazón y hasta mis oídos á la voz de mi padre!

Luego, acercándose de nuevo á la puerta y sosteniendo siempre el cuerpo de su padre, volvió á gritar con todas las fuerzas de su voz:

—¡Socorro! ¡Socorro!

Aquel acento angustioso llegó hasta el dormitorio del duque, en el cual velaba y rezaba junto al cadáver el anciano Silvestre.

Estremeciéndose el fiel servidor al oír aquel acento de suprema angustia, y se dirigió al sitio de donde salía.

—¡Silvestre, mi padre se muere!—exclamó sollozando el joven.

El anciano miró asombrado al que agonizaba, y á su hijo que, tan pálido como él, apenas podía sostenerse.

—Coloquémosle en la cama de usted, señorito—dijo—y luego iré á buscar á uno de los mé-

dicos, que se han retirado á descansar al otro lado de la casa.

Calabaza fué colocado en la cama de su hijo, y casi en el mismo instante empezó á levantar su pecho el estertor de la agonía.

—¿Quién ha preparado esta noche la copa de agua que yo acostumbro á beber?—preguntó de repente Mateo con ojos que echaban fuego.

—Desideria—respondió Silvestre;—yo se la vi preparar y traerla aquí.

—¡Ah, furia del infierno!—gritó Mateo;—y ha escapado á mi venganza!

—Yo la he visto pasar ahora mismo por el corredor—dijo el anciano.

Mateo quiso correr á la puerta; pero un gemido de su padre le detuvo.

El anciano se incorporó en el lecho, miró á su hijo, volvió después los ojos hacia el cielo como si buscase en él la sombra de Dios, y luego volvió á desplomarse lanzando un débil suspiro.

Era el último; Silvestre lo conoció así, y se arrodilló al lado de aquel cadáver, lo mismo que había hecho al lado de el del duque.

Mateo al ver la acción del anciano, dejó escapar un sollozo; miró á su padre con ojos desecados, y salió á la calle como un loco y con la cabeza desnuda.

La muerte iguala todas las condiciones.

A la puerta estaba parada la silla de posta, en

la cual había querido huir del ridículo que había echado sobre su vanidad la aparición de sus desdichados padres en el bosque de Bolonia: pero Mateo no la vió siquiera, y continuó corriendo hacia las barreras por donde desapareció.

.....  
 .....  
 Silvestre, asustado de lo que pasaba allí, avisó á los dos médicos, y uno de ellos fué á buscar un comisario de policía.

Desideria fué encontrada escondida en la cueva que servía para guardar los vinos.

Á sus pies y hechos menudos pedazos, estaba el testamento del duque; aquella infernal mujer había dejado cebarse á los demás criados en las alhajas y el dinero que había en la casa, y había convenido con el mayordomo, en que después de quitar de en medio á Mateo, que era un estorbo para sus planes, se apoderarían de una enorme suma guardada en una caja de hierro, y además podrían ser los herederos forzosos del anciano duque por sus largos servicios, por un testamento que aquel hizo en su favor antes de encontrar á Mateo, y que luego destruyó por otro hecho á favor del joven.

Ya en poder de la justicia, no supo negar nada. descubrió el paradero de su cómplice, y la ley les dió el castigo á que tan acreedores se habían hecho.

### XIII

Un año después, había grande animación en casa del señor cura.

Su sobrino Antonio se casaba con Plácida la pobre huerfanita, pues la señora Pepa, al ver el desamparo de aquella criatura angelical, había dejado sus proyectos ambiciosos, respecto al enlace de su hijo con la opulenta Petra.

Jamás se había visto una desposada de diez y siete años más graciosa que Plácida.

Delgada como un junco, su estatura no pasaba de mediana; rubia, sonrosada, dulce como una malva, suave como un lirio, ligera como una hada, parecía del todo imposible que su cuello blanco y frágil sostuviese el peso de las soberbias trenzas de sus cabellos.

Antonio no era menos hermoso; tenía veintiun años; su cara morena estaba como iluminada por dos ojos negros y rasgados; su cabello negro y lustroso hacía resaltar su boca encarnada con dientecitos muy pequeños.

Antonio llevaba á su mujer toda la cabeza, y sin embargo, aquella niña que aun parecía dormir con los sueños de la infancia, le hacía temblar con una mirada, y volverse loco de alegría con una sonrisa.

Acababan de volver de la iglesia y era cerca

la cual había querido huir del ridículo que había echado sobre su vanidad la aparición de sus desdichados padres en el bosque de Bolonia: pero Mateo no la vió siquiera, y continuó corriendo hacia las barreras por donde desapareció.

.....  
 .....  
 Silvestre, asustado de lo que pasaba allí, avisó á los dos médicos, y uno de ellos fué á buscar un comisario de policía.

Desideria fué encontrada escondida en la cueva que servía para guardar los vinos.

Á sus pies y hechos menudos pedazos, estaba el testamento del duque; aquella infernal mujer había dejado cebarse á los demás criados en las alhajas y el dinero que había en la casa, y había convenido con el mayordomo, en que después de quitar de en medio á Mateo, que era un estorbo para sus planes, se apoderarían de una enorme suma guardada en una caja de hierro, y además podrían ser los herederos forzosos del anciano duque por sus largos servicios, por un testamento que aquel hizo en su favor antes de encontrar á Mateo, y que luego destruyó por otro hecho á favor del joven.

Ya en poder de la justicia, no supo negar nada. descubrió el paradero de su cómplice, y la ley les dió el castigo á que tan acreedores se habían hecho.

### XIII

Un año después, había grande animación en casa del señor cura.

Su sobrino Antonio se casaba con Plácida la pobre huerfanita, pues la señora Pepa, al ver el desamparo de aquella criatura angelical, había dejado sus proyectos ambiciosos, respecto al enlace de su hijo con la opulenta Petra.

Jamás se había visto una desposada de diez y siete años más graciosa que Plácida.

Delgada como un junco, su estatura no pasaba de mediana; rubia, sonrosada, dulce como una malva, suave como un lirio, ligera como una hada, parecía del todo imposible que su cuello blanco y frágil sostuviese el peso de las soberbias trenzas de sus cabellos.

Antonio no era menos hermoso; tenía veintiun años; su cara morena estaba como iluminada por dos ojos negros y rasgados; su cabello negro y lustroso hacía resaltar su boca encarnada con dientecitos muy pequeños.

Antonio llevaba á su mujer toda la cabeza, y sin embargo, aquella niña que aun parecía dormir con los sueños de la infancia, le hacía temblar con una mirada, y volverse loco de alegría con una sonrisa.

Acababan de volver de la iglesia y era cerca

de la hora del almuerzo, al cual estaban convidadas muy pocas personas; á la sazón se hallaban en la salita del señor cura, éste, los novios y la sacristana, en tanto que la señora Pepa, secundada por la tía Minuta, preparaba unos pastelillos para postres.

—Pero niña, ¿no te veré yo alegre hoy?—preguntó el señor cura á la novia, entre enojado y cariñoso.

—¡Ay, tío, si no puedo!—respondió Plácida enjugando una lágrima.—¡Ustedes me han hecho hoy quitarme el luto, pero lo llevo en mi corazón!

—Vaya, hija mía, basta de llorar; eran unos santos, y están ya con el Señor; ¿no están mejor que aquí? Ya sabes lo que nos ha escrito ese buen anciano, que era ayuda de cámara del duque; tus padres han muerto mártires. ¡Ah!—continuó el vicario.—Aunque esperaba que sufriesen mucho, cuando tu madre se empeñó en hacer ese viaje, jamás pensé que les costara la vida.

—Usted lo hizo con buena intención, tío—dijo Antonio;—pero vamos, Plácida, el tío tiene razón; á ver si te alegras un poco.

—¡Qué quieres, Antonio!—dijo la joven.—¡En un día como hoy verme tan solal! Además de mis padres muertos, pienso en mi infeliz hermano, que Dios sabe dónde estará... ¡Luego ese loco que hace dos días ha aparecido en el lugar!

—Dicen—añadió la sacristana—que la noche pasada estuvo toda la noche en el olívar gritando:—¡Agua, agua!

—¿Por qué no le daban de beber?—dijo el cura.—El calor es extremado y quizá tendría sed!...

—¡Ca, señor! Si le fué á dar agua la Minuta que salió de su casa y echó á correr, diciendo:—Que Dios le ha condenado á morir de sed, porque de sed dejó morir á su padre y á su madre.

—¡Desgraciado!—murmuró el cura.

—¡Ufl! ¡Y da miedo!—prosiguió la buena mujer.—¡Tiene una barba y unos ojos que echan llamas!

En aquel momento se oyó debajo de las ventanas del señor cura, una voz ronca y lastimera que gritaba:

—¡Agua, agua!

—Ahí está ese infeliz—dijo Plácida acercándose á la ventana.

Pero casi al instante retrocedió asustada.

—¡Dios mío!—exclamó.—Está ahí, tendido al sol con este calor que hace; bajemos, Antonio.

Los dos jóvenes bajaron, y los siguieron todos los presentes.

Junto á la puerta, y en medio de un gran espacio bañado de sol, yacía el loco, como le llamaba Plácida.

El día antes había entrado corriendo en la

aldea, y había pasado la noche gimiendo en los campos.

Parecía casi exánime; su faz lívida, su larga barba negra, su espantosa demacración, le daban un aspecto lastimoso.

No tenía más vestido que un pantalón hecho pedazos y una camisa aun en peor estado.

Cuando el cura y las personas que le acompañaban le rodearon, abrió los ojos en que brillaban unidas la fiebre y la estupidez.

—¡Agua, agua!—murmuró.

Plácida fué á buscar agua, pero en el mismo instante se incorporó el loco, gritando:

—¡Yo soy el hijo de Calabaza... soy Mateo...! ¡He muerto á mi padre, que bebió un veneno, por no quererle yo dar agua... y debo morir de sed...!

Luego se agitó en una espantosa convulsión, y gritó de nuevo, como si viese alguna aparición espantosa:

—¡Mi madre... la pisa un caballo... el de mi coche! ¡Mi padre... muerto! ¡Y yo vivo...! ¡Ah!

Y el loco dejó caer su cabeza, que chocó con violencia en una piedra, quedando al instante sin movimiento.

—El golpe ha sido en la sien—dijo el vicario.—¡Ha muerto! ¡Justos juicios de Dios!

—¡Oh, tío! Será...—balbuceó Antonio.

—Es Mateo... el hijo sin corazón—dijo el an-

ciano.—¡Sí, hijo mío! Es él, que ha venido á morir al sitio donde nació.

Al acabar de pronunciar el vicario estas palabras, bajaba Plácida con un vaso de agua.

—Ya no es necesario, hija mía—dijo la sacristana cerrándole el paso;—ha muerto.

—¿Ha muerto?—repitió la joven con tristeza.

—Sí; ven acá; no es necesario que veas ese triste espectáculo.

Al día siguiente, Plácida se levantó temprano, según costumbre, y fué al cementerio á rogar por las almas de sus padres.

Aun duraba su oración, cuando vió á dos hombres que traían un cadáver á enterrar; el señor cura les seguía revestido, y alumbraban todos los ancianos de la aldea.

Plácida se apartó para dejar pasar el fúnebre convoy; acompañó con sus rezos las preces de la Iglesia, y luego arrodillándose sobre la sepultura recién cerrada, rezó de nuevo.

Cuando se volvió vió á su tío que oraba á su lado.

—Reza, hija mía—dijo el anciano:—el que yace ahí, es tu hermano.

Plácida dió un grito.

Inclinó la cabeza, y continuó orando entre sollozos, hasta que su tío y su esposo, la arrancaron de aquel fúnebre lugar.

Luego fueron todos á la casita que habían habitado Bárbara y Calabaza con sus hijos y penetraron en el jardín.

El aleli de la tapia había sido arrancado por el viento; había caído en el seno del otro que crecía en el suelo y le había robado la savia y la vida.

—¡Razón tenía tu madre!—murmuró el cura, señalando á Plácida la pobre planta marchita: —¡he ahí la imagen de tu padre y de tu hermano!

UN DRAMA DE FAMILIA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1925 MONTERREY

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

## PARTE PRIMERA

### *La casa blanca y la casa verde.*

La gratitud es necesaria para adornar las virtudes, como el rocío para embellecer las flores.  
(*La Ilustración*; año 1849.)

#### I

En lo más escondido de nuestra hermosa Navarra se ve una risueña aldea, cuyo nombre es Aybar; rodeada de bosques frondosos y casi siempre verdes, de praderas bordadas de flores, por las cuales cruzan muchos arroyuelos, se levanta blanca y graciosa, coronada por el elevado campanario de su iglesia.

Nada más bello, más encantador que el paisaje que ofrece contemplando al finar un día de estío, ó á la mitad de una mañana de invierno; por un lado, se encuentra un rebaño esparcido, que busca su alimento en la hierba del prado; más lejos, el labrador que acelera todo lo posible el paso de sus perezosos bueyes, entonando una de esas canciones tan melodiosas de la an-

tigua Navarra; de cada una de las blancas chimeneas del pueblo se ve salir una columna de azulado humo que se va á perder en el horizonte.

Este aspecto presentaba la aldea un día del mes de Febrero de 1838. Eran las once de la mañana, y el sol lanzaba sus ardorosos rayos; ni la más pequeña nube empañaba el purísimo azul del cielo, y un vientecillo ya templado agitaba los tallos de las flores.

—Buen día tenemos, tío Agustín—dijo un joven que venía de la aldea á un anciano que miraba pacer una docena de corderos, sentado en la húmeda hierba.

—Excelente para que la helada de la noche nos socorre del todo las plantas—contestó el interpelado con áspero tono.

—¿También hoy tiene usted mal humor, tío Agustín?—repuso el joven.—Pues bien podía estar contento en gracia del acontecimiento que se prepara; ¿no se casa esta noche la linda María, su hija?

—¡Vaya una pregunta!—murmuró el viejo.—¡Si ignoras tú lo que todo el lugar sabe! Vaya, vaya, Pedro, sigue tu camino, que el molino está lejos.

—Es verdad—dijo Pedro;—me he entretenido más de lo que pensaba en la quinta, y se ha hecho tarde. Ya se ve, ¡son tan buenos los amos! Sobre todo la señora—prosiguió Pedro,

en cuya franca y cándida fisonomía se pintó un sentimiento de profundo cariño.—Todos los días va á misa, ¡y es tan cristiana!

—¡Necesades!—murmuró el tío Agustín encogiéndose de hombros.—¿Acaso puede ser nadie bueno con esa soberbia y arrogancia? ¿Es ya perfecta una persona porque va á la iglesia á darse golpes de pecho? ¡Buenal! ¡Me río yo de esas bondades! Pregunta á la señorita Evangelina si es buena su tía; bien que sería inútil; aun cuando la mortificase más diría que era una santa, porque su genio es así.

—Y haría bien—dijo Pedro con una gravedad que no se hubiese esperado en él.—La señorita se lo debe todo á su tía, y obraría muy mal hablando de otro modo; ella también le da sus motivos de enfado... y, á propósito, ahora mismo acabo de encontrarme á ese señorón de largos bigotes que vive en la casa verde y que sigue á todas partes á la señorita... la cual parece que no le mira con malos ojos.

—¿Callarás, lengua de víbora?—interrumpió furioso el anciano.—Vete y déjame en paz; pero ten entendido que no sufriré que ni tú ni nadie tome en boca á la señorita Evangelina.

—Perdone usted, tío Agustín—repuso el joven con dulce voz;—nadie mejor que usted sabe que me dejaré matar por la señorita, ni más ni menos que por la señora y por su hijo... pero ve



uno cosas, que... en fin, quede usted con Dios, y hasta la noche, que iré á bailar un rato en la boda de su hija.

Y esto diciendo tomó á buen paso la senda que conducía al molino.

—¡Llévete el diablo!—murmuró el anciano pastor.

Y recogiendo sus corderos se encaminó con ellos á la aldea, porque daban las doce en el reloj de la iglesia y era justamente la hora de comer.

## II

A la entrada de la aldea, y algo separado del camino, se elevaba el edificio que Pedro había señalado con el modesto nombre de *quinta*.

Esta hermosa casa, blanca en su exterior, como las humildes casitas del lugar, estaba cercada por una verja de hierro, parte de la cual formaba la puerta; componíase de dos pisos; en el primero ocupaba todo el frente una extensa galería, en la que se abrían los tres únicos balcones que había; el segundo tenía solamente ventanas.

Veíanse detrás de la casa las tapias de un gran jardín; los antiguos árboles asomaban sus ramas por encima del vallado, y ofrecían al via-

jero durante el estío sus copas cargadas de dorados frutos.

A pesar de lo templado de aquel hermoso día y no obstante el suave ambiente que reinaba, todos los balcones y ventanas de la quinta permanecían cerrados con el mayor cuidado; los pacíficos aldeanos, al pasar por delante de aquella mansión, se paraban á mirar y saludaban con respecto: los habitantes de Aybar estaban divididos en dos partidos, simbolizados exactamente por el tío Agustín y Pedro; pero aun cuando las simpatías no fuesen las mismas en unos que en otros, todos respetaban á los moradores de la quinta y los consideraban como seres de una naturaleza superior á la suya.

Las buenas gentes estaban también acordes en otro punto; odiaban todos sin excepción al habitante de la casa verde, esto es, *al señorón de los largos bigotes*, como Pedro había dicho.

Este personaje había caído allí como llovido hacia unos tres meses: le habían precedido dos lacayos y un ayuda de cámara, de un aspecto casi tan soberbio como su señor: la casa verde, cerrada desde la muerte del último poseedor, se había vuelto á abrir, y se había amueblado con una suntuosidad no conocida jamás en aquellos contornos; el día en que estuvo colocado el último sillón, en que el tapicero dió la última mano á aquella encantadora morada, y en que

se encendieron las chimeneas, se vió llegar un correo á escape, con altas botas, calzón azul y casaca galoneada; el chasquido del látigo y la vista de aquel hombre dejó atónitas á las buenas gentes del lugar, que acudieron presurosas á la puerta de la casa verde.

—Una hora tan sólo he adelantado al coche del señor conde—dijo el correo á los tres hombres que bajaron presurosos á su encuentro.—Roberto—prosignió dirigiéndose al ayuda de cámara—el señor conde me ha encargado diga á usted que se acostará en cuanto llegue.

Y esto diciendo desapareció, siguiéndole sus compañeros.

—¡Un conde! Un señor que envía delante de él cuatro criados! Los habitantes de Aybar se preguntaban unos á otros, sin que ninguno de ellos supiera ni una palabra de lo que aquello significaba: esperaron, pues, con ansia la llegada de un personaje con tantas campanillas anunciado, bien seguros de que no sería un hombre como ellos.

Llegó, por fin, un coche de camino, muy sencillo por cierto, del cual, con no poco asombro, vieron bajar un hombre como de unos treinta años, de encantadora figura, en verdad; pero muy parecido á los demás.

—¡Buen chasco, Juana!—decía una mujer á otra dándole con el codo.—¡Yo que creí que

sería tan de ver este señor... y es casi como mi marido!

—¿Sabes lo que digo, Gila?—contestó la otra—que me gustan mucho más sus criados, y que van mucho mejor vestidos... ¡ahí es nada!... ¡mira, mira ese que va todo de negro, y lleva ese casacón, cómo luce las hebillas de oro en los zapatos!; ¿pues y los otros? ¡con esos vestidos tan preciosos, azules con galones...! ¿y el que vino poco hace á caballo? todo él iba lleno de oropeles...

—Calla, calla—interrumpió Juana—ahora ha abierto el señor conde el balcón de en medio y se asoma... ¡válgame Dios, si lleva un vestido como de mujer... con cinturón y todo...!

Gila y Juana se quedaron con la boca abierta mirando hacia el balcón.

En efecto, el viajero se había despojado de su traje de camino y se había puesto una rica bata, que una banda de seda ceñía á su talle, de una maravillosa elegancia. Cuando se apoyó en el balcón acababa de pasar un peine por sus cabellos, empolvados del camino, y había dejado descubierta su cabeza; así, pues, sus espesos rizos castaños ondulaban libremente y ostentaban toda su hermosura.

Magníficos ojos de un negro aterciopelado y de altiva y ardiente mirada; tez pálida y mate, aunque de una pureza sin igual; nariz afilada y

perfecta; boca de encantador dibujo, adornada de dientes de nácar y de una hechicera sonrisa, cuya gracia no robaba el sedoso bigote castaño, hacían de la fisonomía del conde el tipo más seductor; no era alta su estatura, pero lo parecía, á causa de la esbeltez de sus formas y de la soltura de sus movimientos, que revelaban al *lion* del gran mundo, al noble de hábitos aristocráticos.

Tal era el hombre que se presentó á los ojos atónitos de los buenos aldeanos; sin darse por entendido de la curiosidad de que era objeto contempló un momento el risueño paisaje que se extendía ante su vista; después, como si le hastiase el aspecto de aquella rica naturaleza, se puso á seguir con sus ojos las espirales de humo de su cigarro.

De repente un rumor vino á sacar al viajero de su distracción: era el paso lejano aun de tres caballos.

Empezaba á anochecer, y hacía un frío intenso; preparábase el conde á dejar el balcón, mas se detuvo como estático, fijando los ojos en un sendero que, atravesando la pradera, iba á terminar casi enfrente de él.

Bajaban por la senda tres personas á caballo, que eran las que llamaban la atención del conde.

Eran dos jóvenes y un caballero.

Los ojos del viajero se habían clavado con

atención suma en la más alta de las dos mujeres; pero la luz, harto débil ya, no le permitió distinguir más que un talle esbelto, encerrado en un traje de montar de color oscuro, y unos sedosos y poblados rizos que se escapaban de un sombrerillo de fieltro de elegante hechura.

—Buenas tardes, señorita Evangelina—dijo un aldeano.

—Vaya usted con Dios, señorita—repetieron casi á un tiempo todos los demás.

La joven se volvió é hizo con la mano un ademán lleno de gracia y de bondad; después puso al trote su caballo para alcanzar á sus compañeros, que ya subían por la senda que conducía á la quinta, y desapareció, no sin repetir antes su saludo á las buenas gentes del lugar.

—¡Evangelina!—murmuró el conde.—¡Nombre dulce, poético, encantador! ¡En otro tiempo me hubiera parecido un nombre santo! ¡Ah, y por lo que he podido ver, es linda como ella sola! ¡Bueno, mañana empezaremos la conquista de esa beldad campesina; así como así, esto me servirá de distracción!

Y cerrado el balcón con estrépito llamó á su ayuda de cámara para que le desnudase.

## III

El conde de San Telmo, al dejar á Madrid para ir á sepultarse en el centro de Navarra, creyó que iba á aburrirse de muerte; heredero de un gran nombre y de una inmensa fortuna y huérfano desde su más tierna edad, había sido educado por un tutor harto complaciente; nacido caprichoso y altanero, sus caprichos y su altivez, lejos de ser corregidos, habían sido aplaudidos y fomentados; jamás sufrió el menor castigo, y todos sus defectos fueron celebrados con el más pernicioso servilismo; sus antojos eran leyes para todos los de la casa; no estando sujeto á ninguna autoridad, no conocia freno su impetuoso carácter, y aquel niño, que había nacido con nobles instintos y á quien el cielo había dotado de un alma generosa y de un corazón sensible, se convirtió poco á poco en un sér inaguantable.

A pesar de la libertad ilimitada que tenía en casa de su tutor, el condesito ansiaba ardientemente llegar á su mayor edad; seis meses antes de realizarse aquel vehemente deseo se empezaron á restaurar los muebles y las pinturas del magnífico palacio de sus padres; se eligió la servidumbre, y el conde dió mil veces gracias á su tutor por el tino, el celo y, sobre todo, por el ex-

quisito gusto que había desplegado en el arreglo de su casa.

Instalado ya Octavio de San Telmo en su nueva vivienda y dueño absoluto de su colosal fortuna, se vió bien pronto rodeado de amigos; el mundo elegante le abrió sus salones, y las mujeres más de moda se disputaban sus menores preferencias; con una figura encantadora, una fortuna inmensa y heredero de uno de los más nobles y antiguos nombres de España, el joven conde *hizo furor* durante mucho tiempo; aunque su educación en lo relativo á conocimientos sólidos había sido nula, aprendió, sin embargo, lo necesario para ser bien recibido en la sociedad, poco exigente casi siempre; poseía, además, esa distinción de modales que es innata en la aristocracia verdadera, y que en vano se pretende aprender ó imitar, porque es como un sello que Dios imprime en todos aquellos seres que hizo nacer en noble cuna.

Lanzóse el joven en medio de la vida alegre y disipada con que tan ampliamente le brindara el mundo, y gozó por completo de todos sus placeres.

Por algunos años, el inmenso caudal del conde fué suficiente á sufragar los enormes gastos que hacia sin cesar, porque era tan grande su fortuna que no se resintió, al menos de un modo sensible, con sus continuas y descabelladas lo-

curas; sin embargo, llegó al fin un día bien fatal para Octavio: el día en que se convenció de que su corazón estaba muerto para siempre por el abuso de todo, día en que vió con amargo pesar que se habían extinguido en su alma todos los sentimientos buenos y nobles, todas las aspiraciones hacia el bien, día en que vió claro que los consejos de sus depravados y libertinos amigos habían con su ejemplo extirpado de su alma todas las semillas de la virtud, que aun vivían en ella, á pesar de su fatal educación.

La indiferencia del cinismo vino pronto á reemplazar aquella pena, último grito de la conciencia, último aviso de ese Dios de bondad que vela siempre por nuestro bien; entonces buscó con afán las emociones violentas, y se entregó sin tasa á la pasión del juego, más fuerte para él que todas sus pasiones juntas; perdía, es verdad, considerables sumas; su fortuna se gastaba; ¿más qué era la pérdida de sus riquezas, comparada con el goce que le proporcionaba?

Jugó, pues, de lo suyo mientras tuvo, y después pidió prestado á sus numerosos amigos, que le ofrecían á porfía sus bolsillos, ofertas que el conde aceptó sin reparo, pudiendo, gracias á ellas, continuar jugando, sin acordarse de que había de llegar un día en que tenía que pagar las cuantiosas deudas que iba contrayendo sin cesar.

Octavio de San Telmo era, sin embargo, un hombre de honor, y á pesar de la vida disipada que llevaba, no manchó su nombre con ninguna acción culpable ó vergonzosa; pero sus acreedores, prudentes y sufridos durante algún tiempo, perdieron al fin la paciencia, y comenzaron á asediarse por todas partes; entonces conoció el conde sus extravíos, más era ya demasiado tarde para remediarlos; su pasión dominante era el lujo, y antes hubiera muerto que renunciar á él.

No negó ninguna de sus deudas, y como se hallaba exhausto de dinero, se decidió á vender todos los bienes que le quedaban; de este modo vivió aún dos años, continuando su casa bajo el mismo pie y conservando siempre sus hábitos de opulencia.

Entonces fué cuando le ocurrió la idea de casarse, cosa en que jamás había pensado; mas el estado de su fortuna no era un misterio para nadie, y sus pretensiones fueron desechadas por más de un padre ó tutor.

¿Qué hacer? ¿Qué partido tomar? Aquellos mismos á quienes él creía sus verdaderos amigos le abandonaron en la desgracia y huyeron de él; había vuelto á contraer deudas que ya le era imposible solventar; la miseria, la horrible miseria le esperaba, á él, tan hermoso, tan joven aún! le amenazaba la vergüenza, la prisión quizá, porque sus acreedores le perseguían con

ardor infatigable desde que sabían que había agotado sus recursos, y no perdonaban medio para perderle, en la imposibilidad de conseguir que les pagase. Los hombres son tan injustos algunas veces que se complacen del mal de sus semejantes, como si esto les reportase algún beneficio.

La situación del conde se iba haciendo cada día más afflictiva; oculto siempre en su casa, ni aun allí podía sustraerse á las incesantes exigencias de sus acreedores, que sin piedad le atormentaban.

Una mañana, que más sombrío que nunca, estaba sentado junto á la chimenea y miraba maquinalmente el fuego, entró su ayuda de cámara sin que le hubiese llamado.

Octavio usaba sobrada dureza con todos sus criados, mas aquel joven era su confidente, y la necesidad que tenía continuamente de él le hacía ser algo más tolerante.

—¿Qué quieres, Roberto?—preguntó volviéndose al ayuda de cámara.—No he llamado.

—Perdone V. E., señor conde—contestó el doméstico con respetuoso acento;—si he entrado sin que me llamase ha sido porque tenía que darle una buena noticia.

—¿Una buena noticia?... ¿A mí?—dijo admirado Octavio.—Sepámosla luego.

—Ya sabe el señor conde—empezó Roberto—

que regresé anoche de mi país, adonde su bondad me permitió ir á pasar un mes con mi familia.

—Adelante—dijo ásperamente el conde, que ya empezaba á impacientarse con el exordio;—adelante.

—Anoche—prosiguió tímidamente Roberto—asi que llegué, quise presentar mis respetos al señor conde y ofrecerme á sus órdenes, pero me dijeron que se había acostado y que el médico le acompañaba.

—¿Llegará pronto la buena nueva?—preguntó Octavio.—Ya sabes que estoy enfermo y no me sobra la gana de oírte.

—Dígnese el señor conde tener un poco de paciencia; espíe la salida del doctor y corrí á informarme de la salud de V. E.

—Su amo de usted está más enfermo de lo que cree, Roberto, me dijo, y me alegro en el alma de que haya usted vuelto; yo sé que no hay en esta casa quien le quiera como usted.

—Pero, ¿y la noticia, insoportable hablador, y la noticia?

—Ya acabo, señor conde; voy á concluir; Roberto, prosiguió el doctor, es necesario que decida usted al conde á marchar al campo; el aire de la corte le es nocivo, y su salud está profundamente alterada por la tristeza que de algunos meses á esta parte se ha apoderado de él.

—Pero, señor doctor, ¿cómo consentirá ahora el señor conde, estando tan melancólico y hallándonos en lo más crudo del invierno, en sepultarse en un rincón cuando ha abandonado el proyecto que concibió de hacer un viaje á Bélgica?

—Más fácil será que vaya á las provincias que á Bélgica—me respondió el doctor;—ya le tengo casi decidido, y me ha dicho que así que volviera usted pensaba enviarle á ver si encontraba una casa á propósito para él.

Por entonces—prosiguió Roberto—me callé, y no quise decir nada al doctor de un descubrimiento que he hecho, hasta dar parte de él al señor conde; ya sabe V. E., señor, que para ir á mi país he tenido que atravesar parte de Navarra; pues bien: en un pequeño pueblo llamado Aybar me detuve para comer, y entre tanto que me disponían la mesa me asomé al balcón de la posada; en mi vida he visto campiña más alegre y más hermosa; llamaron mi atención dos edificios: el uno era una gran casa blanca como la nieve que está separada del camino, el otro una preciosa casita pintada de verde, pero ambas tan lindas en su apariencia, que no pude menos de preguntar al huésped el nombre de sus dueños.

—El edificio blanco, me dijo, es la *quinta* como le llamamos nosotros, y la señora de Sando-

val, de quien es propiedad, vive en ella; en cuanto á la casa verde, su dueño ha muerto hace ya mucho tiempo y dicen que los herederos van á ponerla en venta.

Esta es, prosiguió Roberto, la buena noticia que tenía que dar al señor conde, y si me lo permite, partiré hoy mismo y compraré en su nombre la casita verde.

—Te perdono el mal rato, en gracia de la noticia, que efectivamente es buena; hoy mismo marcharás á adquirir la casa verde; concedo dos meses de tiempo para arreglarla.

Partió Roberto aquel mismo día acompañado de otros dos criados, y la casa fué comprada en nombre del señor conde de San Telmo, el cual tuvo que agotar para esta adquisición hasta sus últimos recursos.

Dos días después de recibir Octavio aviso de su ayuda de cámara de que todo estaba dispuesto, salió aquél para Navarra.

La tristeza del conde era profunda; ¿qué iba á hacer allí? no lo sabía; únicamente le llevaba fuera de la corte la vergüenza de verse pobre, abatido y miserable. A una sola persona conocía en Aybar. Don Anselmo González, padre del médico que le asistía en Madrid, y boticario de la aldea y de otras dos ó tres más de aquellos contornos.

Este buen anciano había pasado en la corte

muchos años; había educado á su hijo, dándole carrera y fortaleciéndole con sus austeros y sencillos consejos mientras le fueron necesarios; cuando dejó asegurada la suerte de su Luis, cuando le dejó abierto un seguro y hermoso porvenir, se despidió de él y fué á pasar los últimos días de su vida en la soledad apacible de los campos.

La ausencia no entibió en nada el inmenso cariño que padre é hijo se profesaban. Don Anselmo había dejado á Luis una reputación sólidamente cimentada, un nombre honrado, aunque humilde, y el joven podía recoger en breve los óptimos frutos de los sacrificios de su padre.

Luis escribió á don Anselmo, manifestándole el día que el conde salía de Madrid.

El joven doctor había cobrado cariño á Octavio; la rectitud de su juicio le hacía vituperar los errores del conde, más la bondad de su corazón era bastante á hacerle olvidar estos mismos errores, y no sentía más que una profunda compasión hacia aquel desgraciado, víctima de la funesta educación que había recibido.

Octavio y Luis simbolizaban exactamente la buena y la mala educación: el primero, nacido en noble cuna, con brillante destino é inmensos caudales, era arrojado de la sociedad con ignominia é iba á sepultarse en un rincón, sin dinero, sin corazón y sin conciencia.

El otro, de condición humilde, entraba en el mundo honrado, con un nombre puro y rodeado con la brillante aureola del talento y de la ciencia; estimado de todos, tenía la inmensa felicidad de ser estimable á sus propios ojos, porque jamás se había separado del sendero de la virtud, por donde su severo y respetable padre encaminó sus primeros pasos.

¡Ah! ¿por qué decimos que el mundo es injusto? ¡Quizás cuando más le culpamos es cuando nosotros somos más culpables!

#### IV

Enterado don Anselmo del día en que debía llegar el conde por la carta de su hijo, apostó á la entrada del pueblo, para que le avisara de su arribo, á un muchacho dependiente suyo, feo y estrambótico, como suelen ser todos los dependientes de boticario; al anoecer vino á decirle que un coche acababa de pararse á la puerta de la casa verde, y que el caballero que en él venía le había parecido, al apearse, pálido y fatigado.

Dudó don Anselmo de si pasaría á verle aquel mismo día ó si sería mejor dejarlo para el siguiente; mas el deseo que tenía de complacer á su hijo, y más que esto el anhelo de saber noticias tuyas, le decidió á visitar lo antes posible al conde, cuidándose poco de las reglas de la etiqueta.



Esperó impaciente á que pasase una hora, y después se dirigió á la casa verde.

El boticario había vivido durante muchos años en Madrid, aunque entregado á los trabajos de su profesión; mas hacia ya algunos que residía en Aybar, y había perdido la memoria de lo que es la sociedad, que por otra parte nunca había frecuentado mucho; sincero en demasía para saber doblegarse á mezquinas consideraciones, el buen anciano, al salir de su casa, no pensó ni por un momento en lo intempestivo de la hora; sólo se acordó de que iba á ver á un hombre que le podía dar nuevas de su hijo.

Tendría don Anselmo cerca de sesenta años; su estatura era alta y robusta, pardos sus ojos, y sus cabellos, blancos y escasos, hacían un singular contraste con sus cejas, muy negras, y su morena cara; era tan honrado el aspecto del anciano, había tanta dulzura en su fisonomía, inspiraba tal respeto su calva frente, que era imposible verle sin sentir una profunda simpatía hacia él.

Llevaba un traje negro de forma anticuada, una corbata de extremada blancura y unos gruesos zapatos; no gastaba guantes y su mano derecha se apoyaba en un enorme bastón con puño de oro.

—Buenas tardes, amigo—dijo el farmacéutico á un palafrenero que se paseaba en el patio ilu-

minado ya por un reverbero.—¿Pertenece usted á la servidumbre del señor conde de San Telmo?

—Sí, buen hombre—contestó el lacayo, que al ver á don Anselmo tan modestamente vestido le tomó por el sacristán.—¿qué se ofrece?

—Quisiera ver á su amo—repuso con dulzura el anciano, sin darse por resentido de la llaneza del criado.

—¿Cómo?... ¿Qué es lo que dice usted? ¿Que quiere ver al señor conde? ¡Jal... ¡jal... ¡jal...—prosiguió soltando una carcajada.—¿Cree, por ventura, que basta querer para conseguir hablar con mi amo?

—Digo—repuso con firmeza don Anselmo—digo que quiero ver al señor conde, y le veré—añadió atravesando el patio; después separó al insolente lacayo con severo ademán, y empezó á subir la escalera.

—¡Eh!, viejo atrevido, venga usted acá—gritó el doméstico con estentórea voz,—¡voto á dos mil legiones de diablos! ¡venga acá ó subo yo á buscarle!

Pero el anciano había ya subido la ancha escalera, y estaba en la puerta de la habitación.

—¡Robertoo!... ¡señor Roberto!...—vociferó de nuevo el palafrenero.

—¿Qué quiere, Juan?—preguntó el ayuda de cámara asomándose á una ventana—¿por qué grita usted así?

—Ahí tiene al viejo posma del sacristán—dijo Juan—lleva el gracioso empeño de ver al señor conde á estas horas... dese prisa á detenerle, porque si no se va á encajar en el cuarto del señor conde.

Apresuróse Roberto á abrir la puerta y se encontró con don Anselmo; el ayuda de cámara, que hacía dos meses que estaba en Aybar, sabía quién era el anciano mejor que Juan, que acababa de llegar de Madrid.

—Bien venido sea usted, don Anselmo—dijo Roberto inclinándose con esa política mezclada de ironía, que los criados de casas grandes usan con los inferiores á sus amos.—¿En qué puedo servirle?

—Quisiera ver á su amo de usted—repitió el anciano gravemente.

—Es imposible; el señor conde va á acostarse ahora mismo y no puede recibir; tómese usted la molestia de volver mañana, y creo que mi amo tendrá sumo placer en verle.

—También yo estoy persuadido de lo mismo—dijo el boticario echando á andar hacia las habitaciones interiores.

—Pero caballero—decía Roberto, procurando en vano detenerle;—pero caballero, esto es inaudito... no se entra así, sin más ni más...

—Anuncie usted á don Anselmo González, y no se ocupe en otra cosa—dijo el anciano con

voz sefena y reposada;—de lo contrario entraré sin que me anuncie nadie.

Subyugado Roberto por tanta firmeza, se dirigió maquinalmente á la puerta del aposento donde á la sazón estaba el conde, levantó el pesado *portiere* de terciopelo, y anunció:

—¡Don Anselmo González!

Sorprendido el conde se volvió, y sus miradas se fijaron en el anciano, que ya había penetrado en la habitación.

## V

El saloncillo en que se hallaba Octavio era sumamente lindo, y estaba adornado con el gusto más exquisito.

Cubría las paredes una riquísima tela de raso verde, con ligeros arabescos de oro, y verdes eran también los sillones, adornados con preciosos dorados, y las largas cortinas que caían delante de las puertas y balcones. Veíase sobre la chimenea un soberbio reloj, que parecía haber sido arrebatado del gabinete de Felipe IV, y que más de una vez habría señalado la hora de galantes citas para el monarca; dos magníficos candelabros de filigrana de oro, colocados á ambos lados del reloj, y en cada uno de los cuales ardían seis bujías de rosada y perfumada cera, iluminaban el salón.

Sobre el pavimento se extendía una gruesa y hermosa alfombra, y los caprichosos reflejos del fuego que chispeaba en la chimenea animaban á intervalos con sus trémulos resplandores los preciosos dibujos de que estaba bordada, dándoles fantásticas y variadas formas.

Aquella estancia, adornada con gusto severo y sencillo, armonizaba perfectamente con la noble y hermosa figura del conde; sentado, ó más bien tendido, en un sillón próximo al fuego, permanecía Octavio sumergido en tristes pensamientos cuando Roberto anunció á don Anselmo.

Sorprendido y contrariado el conde, se volvió con el semblante severo, mas contuvo su disgusto al ver al anciano que estaba enfrente de él, con la cabeza descubierta.

—¿Tengo el honor de hablar al señor conde de San Telmo?—preguntó don Anselmo, con su grata y reposada voz y su acento sencillo y grave.

—Al mismo, caballero—contestó Octavio inclinándose levemente, tirando sobre la meseta de la chimenea el gorro de terciopelo que sujetaba apenas sus espesos y rizados cabellos.

Después señaló al boticario un sillón, que Roberto acababa de acercar, y volvió á tomar para sí el que antes ocupaba.

—Permítame usted, caballero, que le pregunte á mi vez, si es al padre del doctor Luis á quien

tengo la fortuna de ver—dijo el conde con fina, pero glacial cortesana.

—¡Ah, señor conde!—exclamó vivamente don Anselmo, que al oír nombrar á su querido Luis, no se acordó de contestar siquiera.—¡Ah, señor conde!, dígame usted, ¿cómo está mi hijo?

Pasándose después la mano por sus ojos humedecidos, prosiguió con voz alterada por la emoción:

—Perdonad, señor conde, si no he sido dueño de contener el primer ímpetu de mi ternura; ¡si supiera usted cuánto merece mi amor ese hijo querido!

—Comprendo ese sublime sentimiento, caballero—dijo el conde que, á la verdad, hacía ya mucho tiempo que no comprendía ningún sentimiento dulce y generoso—y lo comprendo tanto más, cuanto que Luis es mi amigo; por lo que toca á su salud, debe usted estar completamente tranquilo; está bueno, y me ha encargado repita á usted sus más afectuosos recuerdos; tome usted, prosiguió, sacando de su bolsillo una preciosa cartera de tafete de Rusia con adornos de plata, y de ella una carta que presentó al anciano. Luis me la entregó para usted al tiempo de separarnos.

—¿Me permite usted que la lea?—preguntó don Anselmo conservando en la mano la carta abierta.

—Sin duda.

—«Querido padre mío»—leyó el anciano en voz alta.

—Pero, caballero—interrumpió el conde—quizá yo no deba saber el contenido de esa carta, y, por lo tanto, no puedo consentir...

—¿No ha sido usted el portador?...—observó el boticario,—pues es muy justo que la oiga.

Y aproximándose á la luz volvió á empezar la lectura de la carta.

—«Querido padre mío: El señor conde de San Telmo es una de las personas á quienes más aprecio; nada más quiero decirte, porque te conozco y sé que es querido á tu corazón todo lo que es caro al mío; sé su amigo mientras permanezca en Aybar; á nadie conoce, y te ruego, por lo mismo, que trates de distraer todo lo posible su carácter melancólico.

»Adiós, bueno y querido padre mío, tu hijo que te abraza—Luis.»

Al acabar de leer la carta de su hijo, fijó don Anselmo en el conde una mirada cariñosa.

—Tendré el mas grande placer—le dijo—en cumplir el encargo de mi querido Luis, y haré todo lo posible para que no se fastidie usted; desgraciadamente esta aldea ofrece pocos recursos, pero el interés que desde este momento me tomo por usted me inspirará y me hará encontrar medios de distraerle.

Una sonrisa amarga pasó por los labios del conde.

—Permítame usted ahora—continuó el anciano—que me informe del estado de su salud; en este pueblo no hay facultativo, y yo tendré que ejercer sus funciones cerca de usted; mi hijo me decía en su anterior que no se encontraba usted muy bueno, y así me lo indica, además, su palidez; voy á juzgar en el acto con más seguridad, añadió, tomando el pulso á Octavio, que sin oponer la más leve resistencia y con una calma irónica y burlona, se entregó en manos del boticario.

—Aquí no hay más que tristeza, enfermedad moral de mal curar, como no haga usted mucho por su parte—dijo don Anselmo después de una breve pausa, y con la amable y viva franqueza que era la base principal de su carácter;—todos los días vendré á ver á usted á la hora que me señale.

—Cualquiera que sea la que usted elija me será muy grata—repuso Octavio, disimulando su disgusto bajo la apariencia de una exquisita cortesía.

—Quede usted con Dios ahora, conde—dijo don Anselmo levantándose;—necesita usted descansar porque leo en sus ojos mucha fatiga. Ea, hasta mañana, prosiguió, estrechando entre sus manos robustas las delicadas del joven.

—Antes de que me deje usted, permítame que le haga una pregunta, mi querido señor—dijo el conde con intención y deteniendo á don Anselmo.—¿Quiénes son tres personas que no hace dos horas bajaban á caballo por el camino que conduce al edificio blanco que se ve al fin de la aldea? Si no he visto mal, eran dos lindas jóvenes y un caballero.

—No se equivoca usted, conde—dijo el boticario con dulce gravedad;—ha visto usted á la señorita de Rivera, al caballero Víctor de Sandoval, su primo y hermano de la otra joven que iba con ellos. Con que hasta mañana, añadió don Anselmo, cortando aquí la conversación, que empezaba á interesar al conde, y salió cerrando tras de sí la puerta para impedir á Octavio que le acompañase, cosa en la que éste no había pensado siquiera.

Roberto le abrió, inclinándose con burlesco respeto, las otras dos puertas, y los demás criados le saludaron al pasar, sonriendo irónicamente, incluso Juan, el palafrenero.

En cuanto al conde se acostó en seguida, y un sueño bienhechor reparó las fatigas del viaje.

## VI

Tres meses después de la llegada del conde Octavio de San Telmo á la aldea es cuando empiezan los acontecimientos que vamos á referir.

La misma mañana que se encontraron en el campo el tío Agustín y Pedro se hallaban reunidas en el salón de la quinta cuatro personas.

Todas cuatro eran dignas de llamar la atención de un observador.

Sentada en un ancho sillón y entretenida en coser una pieza de tela blanca, se veía una mujer que parecía tener cuarenta y seis años; debía haber sido de peregrina belleza, pues en sus facciones se descubrían aún rasgos de una hermosura sin igual; su tez, en extremo morena, era pálida; rodeaban su frente dos hermosas trenzas de cabellos negros, matizados de algunas hebras de plata; sus ojos, que también eran negros, de una belleza envidiable, velados por anchos párpados, prestaban á aquella fisonomía un aspecto de dulce y tranquila paz, que solo podía ser el fruto de una larga vida de virtud; sus manos eran hermosas y afiladas, y su traje, aunque muy sencillo, de buen gusto y hecho con esmero.

Llevaba una ancha bata de raso gris, un chal de merino azul oscuro y una gorra de batista guarnecida de encajes.

Cerca de esta señora se hallaba sentada una joven, de cuya angélica hermosura sólo los que hayan visto las vírgenes de Greuzze pueden tener alguna idea. Parecía alta, y toda su figura respiraba gracia, encanto y candidez; tenía la sedosa cabellera rubia, el éuollo nacarado, la tez nevada y transparente de una inglesa, y los ojos centelleantes, los labios de coral y los dientes de perlas de una mujer nacida bajo el ardiente sol de Andalucía.

Llevaba puesto un sencillo vestido blanco de hechura enteramente lisa, y ceñía su talle un ancho cinturón de seda azul; sus cabellos dorados se recogían en sus sienes en dos espesas trenzas, sujeta cada una con un lazo azul, igual al cinturón.

Prestaban tantos hechizos á aquella hermosa fisonomía sus grandes ojos de límpido y oscuro azul, guarnecidos de pestañas y coronados por cejas de azabache; había tal pureza y regularidad en sus facciones, tanta gracia y dulzura en su sonrisa, y era tan notable la mezcla de dignidad y de inocencia, de abandono y de pudor que se advertía en ella, que era imposible dejar de admirarla.

Aparentaba tener diez y siete años, y si sus miradas se separaban de la labor de tapicería en que trabajaba era solamente para dirigirse al jardín.

Apoyado en el respaldo del sillón que ocupaba la dama veíase un joven que contaría veinticinco años á lo más; su estatura esbelta excedía algún tanto á la regular; en cuanto á su semblante era la copia exacta del de la primera mujer que hemos descrito; la misma hermosura en las facciones, la misma mezcla de dulzura y altiyez en el semblante; enfrente de él había un caballero con un lienzo que representaba un hermoso cuadro próximo á terminarse, una paleta preparada y una caja de pinceles.

Sentada junto al balcón estaba una niña de lindo y expresivo rostro, que podría tener unos doce años; llevaba, como la otra joven, un vestido blanco y un cinturón color de rosa; tenía grandes y azules los ojos, morena la tez y castaño oscuro el cabello, que rodeaba su frente en gruesos rizos. De vez en cuando levantaba los ojos del pañuelo de batista que se le veía en la mano, en el cual bordaba con suma agilidad, y fijaba su mirada en la joven de cabellos rubios.

La dama que ocupaba el sillón era la señora doña Catalina Rivera de Sandoval, propietaria de la quinta.

La hermosa joven, la señorita Evangelina de Rivera, hija de un hermano de doña Catalina, huérfana y educada por su tía.

El caballero, Víctor de Sandoval, hijo de la primera y pintor de profesión.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Cto. 1625 MONTERREY, MEXICO

La graciosa niña, Adoración de Sandoval, hermana de Víctor, y, como éste, prima de Evangelina.

El radiante y purísimo sol de aquel hermoso día penetraba de lleno por las vidrieras é iluminaba el salón con sus dorados reflejos.

Los muebles eran en extremo sencillos; unas cortinas de muselina blanca y lisa caían delante de las puertas y balcones; un papel de figurones de remota época cubría las paredes; sobre la chimenea había dos floreros de cristal, cuyas bocas tapaban dos calabacitas redondas, amarillas y enteramente parecidas á dos naranjas.

Un reloj bastante lindo que Víctor había traído de Madrid á su buena madre ocupaba el punto medio entre dos candeleros de cobre, que formaban juego con los dos floreros.

La sillería del salón la componían un gran canapé, forrado en telas de dos colores, y doce sillas correspondientes; todo indicaba allí una medianía tranquila, feliz y sosegada.

En la estancia reinaba un profundo silencio, interrumpido sólo por el canto de dos canarios, cuyas jaulas doradas, únicos objetos de lujo que se veían, estaban colgadas á entrambos lados del balcón y bañadas por el sol.

Los dos pájaros encerrados en sus doradas prisiones habían sido también regalos de Víctor á su hermana y á su prima.

Saltaban gorjeando las avecillas y picoteaban las tiernas hojas de verdura y las flores silvestres con que habían sus cándidas amas decorado sus viviendas.

—Mamá—dijo de repente la niña,—¿quieres que dé la lección de dibujo?

—Ya sabes que no es hora todavía—contestó con seriedad doña Catalina;—borda un poco más.

—Pero mamá, me canso de bordar; lo estoy haciendo desde las nueve... ¡Es tan pesado este punto de armas!

—Para ti todo es pesado, como no sea jugar con el gato ó correr con Camelia en el jardín—repuso Víctor soltando la risa;—ahora quieres dejar la labor con la excusa del dibujo para engañarme luego é ir á romperte el vestido entre las zarzas.

—Sí, como tú haces lo que te da la gana sin sujeción ninguna!—exclamó Adoración mirando colérica á su hermano, al mismo tiempo que brotaba una lágrima de sus grandes ojos azules; luego añadió con tono de desafío:

—¿Cuándo me has visto tú roto el vestido?

—Te lo he visto desgarrar en el jardín mil veces; pero roto no te lo he visto nunca, porque Evangelina tiene buen cuidado de hacerte poner otro y de cosértelo antes de que nadie lo advierta; ¡ya se ve! esa es la ventaja de llevar siempre

traje blanco y de tener una prima que se pasa en claro las noches cosiendo lo que tú destrozas!

—¡Victor!...—murmuró en tono de dulce reproche Evangelina.

—Vamos, silencio todos—dijo doña Catalina para poner paz;—tú, Adoración, borda hasta la una; ya sabes que la lección de dibujo es de una á dos.

Callaron los tres jóvenes, dóciles á la voz materna; la niña, cuyas mejillas se habían enrojecido de indignación con las chanzas de su hermano, volvió á inclinar la cabeza sobre su primoroso bordado.

Víctor fué á sentarse delante de su caballete y se puso á trabajar; su obra era una preciosa alegoría de la inocencia y la virtud; representaba el cuadro á un anciano venerable, de aspecto débil y enfermizo, recostado en un sillón de paja; junto á él, y apoyada en una ventana guarnecida y entoldada de enredaderas, se veía una joven que le miraba con solicitud y amor; una anciana con vestido de estameña, delantal de indiana azul y pañuelo blanco en el cuello, mudaba el agua á dos palomos, que, encerrados en una jaula grande, batían gozosos sus alas al ver cerca de ellos la rubia y rizada cabeza de su ama.

Este cuadro era encantador aun á los ojos de los más profanos en el hermoso arte de Apeles;

tanta era la belleza de su colorido, la naturalidad de las figuras, la perfección de sus detalles y el acierto de las sombras y de los accidentes de luz.

Victor dió algunas pinceladas en el vestido del anciano; luego miró á hurtadillas la hermosa cabeza de Evangelina, y retocó los cabellos de la joven del cuadro; aclaró el verde de las hojas de un arbusto, y se levantó, exclamando alegremente:

—¡Ya está!

Clavó la señora de Sandoval la aguja en su costura; Evangelina dejó su bastidor; Adoración arrojó la preciosa batista, que se enganchó en las agudas puntas de sus tijeras, y las tres se lanzaron al caballete.

—¡Oh, qué hermoso!—exclamó doña Catalina, fijando sus ojos centelleantes de maternal orgullo en el expresivo rostro del pintor.

—¡Mamá, mamá—gritó la niña—mira, también aquí ha retratado Víctor á Evangelina!...

Y su rosado dedo señalaba el semblante de la joven del cuadro, que, efectivamente, era un retrato de un mérito singular.

Evangelina se ruborizó y bajó la cabeza sin decir una palabra.

—¡Pobre hijo mío!—murmuró la señora de Sandoval clavando en Víctor una mirada de tristeza.



Después sus ojos fueron á fijarse en su sobrina con una expresión de amargo reproche, mientras que ésta, encarnada y conmovida, volvió á emprender su bordado.

—¡Ay, ay! ¡Cómo se parece á la tía Damiana la vieja que muda el agua á los palomos!—gritó Adoración batiendo las palmas.

—Como que es su retrato—dijo Víctor;—nada hubiera podido encontrar más á propósito para modelo que nuestra buena vieja; así, ayer, cuando cogía en el jardín laurel y hierbabuena para sus guisados, diseñé su figura, que después he engastado en mi cuadro.

—¡La una!—exclamó Adoración, al oír el reloj de la iglesia; ya puedo dejar ese bordado in-sopor...

É interrumpiéndose de súbito y abrazando á su madre añadió:

—¡Ah, perdóname, mamá! Es para ti el pañuelo, y lo hago con gusto, de lo contrario le llamaría insoportable.

La señora de Sandoval sonrió bondadosamente ante la ingenuidad de su hija, y luego se persignó con devoción, y, cruzando las manos, rezó el Avemaría de la hora, que contestaron los tres jóvenes; al concluir, Adoración se dirigió á buscar su bordado para guardarlo en la cajita de paja que le servía de estuche de labor; pero al tomarlo, una densa palidez cubrió sus lindas

facciones, que inmediatamente se tiñeron de un arrebatado carmín; las traidoras tijeras habían abierto en la batista dos heridas espantosas.

La pobre niña alzó la cabeza tímidamente para mirar á su madre; pero ésta murmuraba todavía una oración en voz baja por las almas de su esposo y de su hermano, práctica devota que por nada en el mundo hubiera dejado un día. Entonces Adoración volvió la vista á su hermano, y la severa mirada de éste cayó á plomo sobre su corazón.

—¿Quieres darme ese estambre que se me ha caído, Adoración?—dijo á media voz Evangelina, después de hacer rodar con disimulo hasta sus pies aquel objeto.

La niña se bajó maquinalmente y puso en la mano de su prima el voluminoso ovillo, que ya enredaba entre sus patas la linda y traviesa Camelia, acostada en un almohadón de paño encarnado que Evangelina le había colocado al sol.

—¡Serénate para que nada conozca mi tía!—murmuró la joven al oído de la atribulada niña.—¡Yo zurciré el pañuelo!

Un rayo de alegría iluminó el semblante de Adoración, que clavó en la joven una mirada de profunda gratitud; después, por un movimiento de su carácter vehemente y apasionado, se arrodilló como para buscar algo y besó con viva ternura la mano de Evangelina.

Humedeciéronse los grandes y melancólicos ojos de la joven al ver aquella muestra tan dulce de gratitud; mas para no llamar la atención de su tía se contentó con estrechar la mano de la niña, y volvió á su bordado, inclinando la cabeza para que no se advirtiesen las huellas de su emoción.

Esta muda y tierna escena tuvo un observador atento en Víctor, que, con el instinto admirable de los corazones amantes, adivinó lo que pudo haber dicho su prima á la traviesa niña, y cuando notó la súbita transformación del semblante de ésta, adquirió la certidumbre de lo que había pasado entre las dos.

Un profundo enternecimiento se pintó en sus facciones, y su mirada, impregnada de amor, abareó á las dos jóvenes con una ternura infinita.

Adoración guardó el bordado en la caja y arrojó también en ella con rabia las alevosas é imprudentes tijeras, á riesgo de volverlas á clavar en la batista.

—¿No das la lección de pintura, Adoración?—preguntó dulcemente Evangelina, recomendando á su prima la prudencia con una mirada expresiva.

—¡Cómo, aun no has empezado!—exclamó severamente doña Catalina.—¿No sabes que comemos á las dos, y que no quiero que la lección

quede para la tarde? Voy á castigarte, Adoración, si pierdes el tiempo y alteras el orden.

La niña no contestó: acercó una silla al caballete que Víctor acababa de aproximar al balcón, y poniéndose sus manguitos empezó á trabajar.

La obra estaba ya á la mitad: consistía en un hermoso cuadro de comedor que representaba un gran canastillo lleno de flores y frutas; las dalias, los jazmines y los junquillos confundían sus colores con los matices de los gruesos melocotones, de las doradas peras y de las uvas de transparente morado; pero lo que más llamaba la atención eran las hierbas aromáticas que guarnecían el canastillo y tres hermosas naranjas colocadas en la parte más culminante de él, entre una corona de ranúnculos y violetas.

Víctor, apoyado en el respaldo de la silla de su hermana, la miraba trabajar en silencio; el cuadro era original, y, sin embargo, no le hacía la más leve observación.

—Las dos—dijo doña Catalina al cabo de algunos instantes.

Apenas había acabado de pronunciar estas palabras apareció en la puerta una anciana, ó más bien dicho el original de la buena mujer que se veía en el cuadro de Víctor.

—Señora, la sopa está servida—dijo con voz cascada y dulce.

Adoración dejó su pincel, quitóse apresuradamente los manguitos, que arrojó sobre una silla, y fué a colgarse del cuello de la anciana.

—Va usted á llevarme en brazos al comedor, ¿verdad, tía Damiana? ¡Eal... tómeme...—dijo suspendiéndose de su cuello como una hiedra del grueso tronco de un árbol.

—Con mil amores, mi pequeña señorita—dijo tomándola en sus brazos la tía Damiana, que era alta y robusta.

—¡Adoración, allá voy yo...!—gritó doña Catalina con acento enojado, á la vez que en sus labios se dibujaba una sonrisa, excitada por la travesura de su hija.

—Déjala, mamá, y ven—dijo Víctor;—ven tú también, Evangelina.

Las dos se acercaron al caballete de la niña.

—Mama—continuó Víctor con tal emoción que hacía temblar su voz—el primer cuadro de tu hija, este cuadro en el cual sólo ha trabajado algunas horas, te va á dar 2.000 reales.

—Pues qué, ¿váis á vender el primer cuadro de Adoración?—preguntó Evangelina con doloroso asombro.

—Preciso será—contestó Víctor tristemente.

—Mi última enfermedad—añadió doña Catalina—ha agotado todos mis recursos.

—¡Oh, tía mía! ¿y no soy yo muy rica?—exclamó la joven.—Tome usted—añadió estrechan-

do las manos de la señora de Sandoval—tome de mi fortuna cuanto necesite y conserve el primer cuadro de Adoración.

—¡Gracias, hija mía!—contestó doña Catalina abrazando á la joven—con mucho gusto aceptaría tu generosa oferta si no me enorgulleciera en extremo el comer el pan que ganan mis hijos.

—Entonces, Víctor, vende en seguida tu cuadro—dijo Evangelina con tristeza—tú ya tienes otros muchos.

—Victor quiere conservarle porque encierra tu retrato, hija mía—observó la señora de Sandoval fijando en su sobrina una mirada profunda.

Ruborizóse la joven y bajó la cabeza sin contestar.

—Y además—añadió Víctor—la aparición de ese cuadro conquistará un nombre eterno á nuestra niña.

Al decir estas palabras presentó el brazo á su madre; Evangelina los siguió, y pasaron al comedor, situado cerca de la cocina.

En ésta, y sentada sobre las rodillas de la tía Damiana, estaba Adoración, cantando entre carcajadas una antiquísima canción, á cuyo monótono compás la mecía la buena vieja en sus primeros años; cerca de ellas, y palmoteando gozoso, estaba el tío Francisco, esposo de la cocinera y jardinero de la casa; vestía de paño burdo, y su

honrada y alegre fisonomía manifestaba sesenta años; es decir, los mismos que su mujer.

Al ver á su madre, saltó Adoración del regazo de la anciana y fué á encontrarla, entrando después en el comedor apoyada en el brazo de Evangelina.

Una humeante sopa de arroz con hierbas, colocada en el centro de una anchurosa y blanquísima mesa, perfumaba el comedor; á su lado lucía el succulento y sabroso cocido de Navarra, de gruesos garbanzos, harinosas patatas, excelente vaca y embutidos caseros, confeccionados por las limpias y diestras manos de la tía Damiana; el otro lado de la sopera de loza estaba flanqueado por un plato de pescado frito, y en los cuatro ángulos de la mesa se veían aceitunas, queso, almíbar y una enorme empanada de liebre.

El servicio era blanco y modesto; la plata gastada y antigua; el cristal liso y sencillo, pero diáfano de limpieza.

—¡Oh, qué gusto! ¡Sopa de arroz con pepinillos y perifollos y empanada de liebre!—gritó Adoración batiendo las palmas y saltando como un cervatillo.

—Vamos, juicio, niña—dijo Víctor acabando de servir la sopa á su madre y tomando el plato de Evangelina para servirla á su vez.

Calló Adoración, sentóse, y no bien tuvo su

plato provisto se puso á comer gravemente la enorme cantidad de sopa que su hermano había puesto en él.

## VII

Evangelina había quedado sin padres cuando apenas tenía ocho años; la noble doña Catalina, hermana de su padre, la abrió sus brazos y la acogió en su casa, no obstante ser viuda, sin recursos apenas y madre de dos hijos. Víctor, el mayor de ellos, contaba sólo quince años; Adoración no había cumplido tres.

Catalina de Rivera, hija de un antiguo y benemérito militar, casó, al cumplir veinte años, con un empleado de corto sueldo, pero joven, simpático, espiritual y dotado de bellísimas cualidades; difícil hubiera sido decir quién estaba más enamorado de Sandoval, si la novia, el padre ó el hermano único de ésta; el anciano idolatraba á su yerno, y en cuanto al hermano de Catalina era una verdadera pasión la que tenía por él.

Algunos meses después del casamiento de su hermana se unió Julián de Rivera con una bella y adorable joven de una familia noble, pero pobre; él acababa de hacerse abogado, y por el pronto probaron unidos la escasez y la felicidad.

Como si sólo hubiera esperado ver asegurada la suerte de sus hijos para dejar esta vida, el

padre de Julián y Catalina exhaló el último aliento algunos meses más tarde, y su alma santa fué á unirse al cielo con la de su esposa.

Seis años después, el cólera, aun no declarado en España, arrebató á la esposa de Julián, y éste fué presa de tan agudo dolor, que á no contrarrestar su fuerza el amor de su hija hubiera puesto fin á sus días.

Empero bien poco tardó en aparecer el terrible azote con todo su furor; no habían pasado dos años cuando ya gemían los pueblos acosados por sus devastadoras huellas, y, al dejarse sentir en Madrid, el esposo y el hermano de Catalina fueron del número de sus primeras víctimas.

La pobre mujer huyó entonces de la corte y su pestilente atmósfera con sus hijos y con la huérfana de su hermano; habíanla dicho que Navarra era la única provincia de España que por entonces estaba libre de la epidemia, y que tal vez se libraría de ella por la pureza de sus aires y la extensión de sus inmensas campiñas, y Catalina corrió á refugiarse en Aybar, pequeña aldea, pero alegre, sana, y en la cual podía vivir á muy poca costa.

La infeliz viuda contaba, por todo recurso, con una pensión de Montepío muy corta, y por apéndice nominal, pues no la cobraba con la puntualidad que hubiera deseado, en atención á

los apuros del erario; por lo tanto, calculó que en aquel rincón del mundo podría más fácilmente equiparar sus gastos con los ingresos, y que encontraría quizás más beneficios para sus hijos que en una población grande.

Otros dos motivos además la habían conducido á aquel punto: en Aybar habitaban su honrada nodriza, que era oriunda de allí, y don Anselmo González, antiguo conocido de su familia, en los cuales tenía seguridad de hallar apoyo y protección.

Don Anselmo había sido vecino del padre de doña Catalina cuando aquél estaba establecido en la corte; el buen hombre, aunque sencillo y ajeno al trato del mundo, era tan bondadoso y tan apreciable por su honradez, que el anciano Rivera, no obstante sus hábitos aristócratas, no tardó en aficionarse á él y acabó por convidarle para que le hiciese todas las noches la partida del tresillo.

El boticario era viudo; su hijo único, Luis, que entonces contaba diez y seis años, resumía para él todos los amores de la tierra; cuando éste no se encontraba en casa, por estar ocupado en sus estudios, D. Anselmo se aburría detrás de su mostrador, tomaba veinte veces un libro, que volvía á dejar sin leer, se paseaba á lo largo de su trastienda, y sólo se distraía cuando entraban á comprarle algún medicamento.

Así, pues, la amistad de la familia de Rivera le fué sumamente agradable, y cuando Catalina fué á establecerse en Aybar, adonde él se había retirado, dejando en Madrid á Luis hecho doctor en medicina, encontró la pobre viuda en D. Anselmo un segundo padre.

Valiéndose de mil ingeniosos artificios para no herir la susceptibilidad de Catalina, le alquiló una modesta, pero linda casita, y la amuebló por su cuenta, sencillamente, pero con comodidad; cuando Catalina quería mostrarle su gratitud la aseguraba que le había hecho un gran favor en desembarazarle de aquellos muebles que le incomodaban y que no sabía dónde colocar; en cuanto á la casa, afirmaba que le pertenecía, que hacia mucho tiempo que estaba desalquilada, y que, por lo tanto, él era quien debía estarle reconocido porque tenía la bondad de ocuparla y cuidar de su limpieza, pues de lo contrario, por la escasa vecindad del pueblo tendría que estar cerrada, etc., etc.

Hizo además venir de Estella un maestro de música y otro de dibujo para Evangelina y Víctor, y se compuso con ellos de modo que el uno aseguraba á Catalina que ofendería su delicadeza si trataba de remunerarle su trabajo, porque era rico, y si algún valor tenían sus lecciones sólo aspiraba á cobrarle en amistad; del otro le habló el mismo D. Anselmo y le dijo que lo me-

mejor que podía hacer para recompensar sus desvelos era enseñar á su vez á bordar y coser á una niña que tenía el maestro de la edad de Evangelina.

Víctor había nacido pintor: en poco tiempo hizo rápidos adelantos, y al cumplir diez y siete años verificó don Anselmo un viaje á Madrid, pidiendo permiso á Catalina para llevarse á su hijo.

La pobre viuda, á cuyo perspicaz talento no podía escaparse lo que debía á don Anselmo, accedió gustosa á los deseos de éste, pero aprovechó su ausencia para despedir al maestro de dibujo, en cuya riqueza jamás había creído.

Durante aquel viaje pensó mil veces la pobre Catalina en la suerte venidera de su hijo.

—¡Si al menos—decía—se hubiera separado de mi lado para ir en busca de una carrera que asegurase su porvenir y el de estas pobres niñas! ¡Pero le están cerrados, por falta de medios, todos los caminos del saber y de la gloria!

Sin embargo, cuando recibió una carta de don Anselmo, en la cual anunciaba su próximo regreso, latió de gozo su corazón, y el día señalado salió con Evangelina para esperarlos á una hora de la aldea. ¡Mas cuál fué su asombro al ver llegar solo al boticario! Asustada, pálida y temblorosa, apenas tuvo fuerzas para preguntarle por su hijo.

—Se ha quedado en Madrid con Luis—dijo el anciano;—mi hijo me pidió que se lo dejase para que le acompañara, y yo he accedido sin consultar á usted.

—Pero, ¡Dios mío, yo no puedo sostenerle allí! ¿Qué va á hacer?

—¡Eh, eh... sostenerle! Bastante sostén necesitan ellos... vida de estudiantes... Vaya, vaya, señora, ya se compondrán...

Al decir esto entregó á Catalina una carta y un paquetito de parte de su hijo, y se fué á su casa á paso largo, sin cuidarse de preguntarle si quería que la acompañase.

Víctor decía en la carta que había accedido á quedarse con Luis, porque, según éste le había dicho, podría estudiar en Madrid buenos modelos y adelantar en la pintura; que no tuviese pena por él, porque el cuadro de la Resurrección que se había llevado, original suyo, lo había vendido en 1.000 rs. á un inteligente, y que estaba seguro de hacer otro mejor antes de que se le acabase el dinero; el paquetito que acompañaba á la carta contenía una sortija de oro para su madre, con la fecha del día en que se vendió el cuadro, y una caja con dos gorritos de encaje para las niñas.

Catalina alzó al cielo sus ojos nublados por el llanto de la más viva alegría, y le dió gracias fervorosamente, porque al fin deparaba un por-

venir á su querido hijo; besó la sortija una y mil veces y la colocó en su dedo anular llena de orgullo.

Cuando llegó á su casa se arrodilló con las dos niñas ante la mesita de altar que había en su alcoba y rezó con ellas largo rato, haciendo repetir á la pequeña Adoración, en su gorjeo infantil, la oración del ángel.

Un año pasó Víctor en Madrid al lado del joven doctor; durante este tiempo envió á su madre cuanto dinero pudo ahorrar, llegando á veces á remitirle gruesas sumas; entonces Catalina, con súplicas y razones, consiguió del boticario que admitiese el precio de los muebles y un modesto alquiler por la casita que ocupaba; después guardó sus ahorros, y no bien fueron éstos suficientes, compró un terreno en el pueblo y empezó á edificar la quinta, á la cual hemos dado el nombre de Casa Blanca.

Entonces recibió una carta de Víctor, en la que le pedía permiso para acompañar á Luis á un viaje que iba á hacer á Italia, añadiendo que esto lo perfeccionaría en su arte.

La buena madre accedió, aunque con sentimiento; empleó la gruesa suma que recibió con la carta antedicha en acabar de edificar su casa, y á principios del año próximo se trasladó á ella.

Dos años más tarde volvió Víctor á los brazos

de Catalina; traía poco dinero, porque había gastado el tiempo en estudiar, pero venía rico de talento é inspiración; llegó á tiempo, porque su madre cayó poco después peligrosamente enferma, y gastados en edificar la quinta todos sus recursos, sólo los de Víctor pudieran haberla salvado.

El joven quedó asombrado al ver á Evangelina: su belleza era ya, aunque contaba sólo once años, superior á toda ponderación, y no tenían igual la ternura y bondad de su corazón y la delicadeza y perspicacia de su talento.

Su hermosura, empero, llenaba el alma de una dolorosa admiración por su carácter melancólico y purísimo; era uno de esos seres marcados de antemano para el cielo, y que, demasiado buenos, tiernos y hermosos para el mundo, sólo aparecen en él de cuando en cuando y durante muy corto tiempo, como luminosos meteoros.

Durante la enfermedad de su tía fué cuando Evangelina desplegó todas las admirables dotes de su carácter: atendía á la enferma con tanto esmero y cariño como la hija más amante, y á pesar de su corta edad no consintió en acostarse una noche siquiera hasta que estuvo fuera de peligro.

Su cariñosa solicitud se extendía hasta Adoración: ella puede decirse que la educaba; enseñóle á leer, á escribir, música y los primeros rudi-

mentos del dibujo, que ella había aprendido; la vestía, peinaba y cuidaba con extraordinario esmero, y no había otro medio para contener la traviesa vivacidad de la niña que el que Evangelina la amonestase ó la reprendiese suavemente.

Evangelina era de carácter dulce y apacible, pero grave y melancólico, mucho más de lo que á su edad convenía; su índole sufrida, paciente é inclinada á la contemplación, no la aconsejó nunca los ruidosos juegos propios de su edad; habíale regalado su tía un blanco corderillo, y su mayor placer consistía en ponerle al cuello una cinta de color de rosa y salir con él al campo; allí, mientras el animal pacía y saltaba en la verde hierba, ella se sentaba al pie de un árbol y permanecía contemplando el cielo hasta que las primeras sombras del crepúsculo envolvían la luz de la tarde.

Cuando la señora de Sandoval estuvo restablecida, Víctor volvió á Madrid; la enfermedad de su madre había agotado sus recursos y tenía que trabajar con nuevo ardor.

La vida de doña Catalina y de sus hijos (así llamaba también á Evangelina) siguió su curso uniforme y tranquilo. Adoración, mediante las lecciones de su prima, se hizo muy hábil en toda clase de costuras y bordados, y adelantó rápidamente en la música; pero su revoltoso carácter



se hacía verdaderamente insoportable hasta para su propia madre, que no sabía cómo contener aquella turbulencia: Evangelina, sin embargo, encontraba siempre disculpas para la niña; zurcía sus vestidos mientras dormían todos, para evitarle los castigos de su madre; limpiaba sus cabellos de las hierbas y flores con que tenía costumbre de enredárselos; lavaba sus manos y cara á cada instante, embadurnada con la tierra del jardín; siendo Adoración sumamente glotona, aseguraba, cuando faltaba algo de la despensa, que la niña no se había separado en todo el día de su lado, é iba luego á rogar á la buena Damiana que dijese á su tía que ella era quien lo había gastado.

Cuatro años se pasaron reinando la más completa paz en el seno de esta tranquila familia. Víctor seguía adquiriendo gloria y dinero en Madrid, desde donde remitía á su madre algunas sumas, bastantes á proporcionar á ésta una decente y cómoda existencia. Don Anselmo la acompañaba por las noches, y el cura de la aldea, anciano respetable, la visitaba con mucha frecuencia.

Un acontecimiento inesperado vino á llenar de alegría el corazón de doña Catalina: la madre de Evangelina, oriunda de Alemania, tenía en Francfort un tío lejano poseedor de una inmensa fortuna; una corta enfermedad le arrebató la

vida, y sus riquezas pasaron á ser propiedad de la hermosa niña, que se entristeció al pensar que el ser ella rica costaba la vida de una persona á quien amaba, no obstante no haberla conocido.

La fortuna de la joven fué entregada á su tía y tutora; consistía todo en dinero; pero doña Catalina creyó oportuno emplear una parte de ella en fincas, y comisionó á don Anselmo para que comprase dos casas en Madrid, adquiriendo ella por sí misma una hermosa casa de campo á pocas leguas de Estella y algunas tierras productivas en sus inmediaciones; colocó el resto del caudal en casa de un banquero de probidad reconocida y resolvió guardar intactos los intereses para unirlos al capital el día que Evangelina se casara.

Así, pues, la joven siguió viviendo bajo el amparo de su tía, vistiendo modestamente, y en breve olvidó que era rica.

No así Víctor, que habiendo ido á pasar algún tiempo con su familia para descansar de sus trabajos artísticos, quedó ciegamente enamorado de su prima; la nueva de su riqueza le traspasó el corazón, y hubiera dado la mitad de su vida porque aquel caudal hubiera desaparecido.

Algunos días después de Víctor llegó á la aldea el conde de San Telmo; ya sabemos que la misma tarde vio de lejos á Evangelina, y que

decidió su conquista para precaverse del aburrimiento que temía.

Pero lo que al principio ideó como un pasatiempo se convirtió en un propósito firme cuando supo por don Anselmo que Evangelina era muy rica; la belleza, la angelical virtud de la joven nada decían á su corazón, endurecido por los vicios; pero aquel caudal podía salvarle de la miseria que veía próxima y abrirle de nuevo el mundo con todos sus placeres.

Comenzó, pues, á asediar á la joven; en misa, en paseo, en todas partes se ofrecía ante sus ojos; había intentado, en vano, conseguir que don Anselmo le presentase en casa de la señora de Sandoval, porque el honrado anciano, informado, aunque muy ligeramente, por su hijo, de los antecedentes de Octavio, y adivinando las siniestras intenciones de éste con respecto á Evangelina, había esquivado siempre con firmeza el llevarle cerca de ella, advirtiendo, por el contrario, á doña Catalina, de las intenciones del conde para que celase á la joven; no le quedaba, pues, más recurso que entablar con Evangelina una correspondencia secreta, de la cual tenía que ser portador Roberto, porque el anciano matrimonio que servía en la quinta por ningún precio le hubiera prestado semejante servicio.

Pero el ayuda de cámara era sagaz y versado en tales asuntos. Evangelina fué abrumada á

cartas, é impresionada además fuertemente por la belleza del conde y seducida por sus encantadores modales, cayó en el lazo y contestó á aquellos apasionados billetes, que fueron encendiendo lentamente en su corazón la hoguera voraz del primer amor.

Inútil fué que doña Catalina huyese de los sitios donde solían encontrar al conde; en vano que no dejase salir á Evangelina y que la reprendiese muy formalmente; sólo consiguió ver enflaquecer á la pobre niña y adelgazarse como una sombra, y que los vecinos del lugar, al notarla con ella severa y hasta dura, la tomaran ese odio que las sencillas gentes del pueblo conciben instintivamente por todo aquello que creen injusto.

Algunos, sin embargo, que, como Pedro, habían sorprendido al conde dando una carta á Evangelina á través de la verja que rodeaba su casa, disculpaban á la señora de Sandoval por el rencor que mostraba á aquel orgulloso personaje que jamás les daba los buenos días; pero compadecían profundamente á Evangelina, á quien todos amaban con la más viva ternura por su caridad para los pobres, su bondad, su dulzura angelical y su hermosura, que ellos creían superior á la de un querubín.

¿Habría, en efecto, quien pueda culpar á esta adorable joven por la desgracia de haber conce-

bido una pasión profunda y contrariada? ¡Ah! Yo estoy bien cierta de que los que abriguen un corazón sensible serán indulgentes con ella, perdonando el extravío de su amor en gracia de las santas cualidades de su alma.

## VIII

Terminada la comida se encaminaron todos á la sala de labor.

Evangelina y Adoración se pusieron á devanar una madeja de estambre; Víctor buscó un libro, se sentó junto á su madre y se disponía á leer cuando apareció D. Anselmo en el umbral.

—Supongo, niñas, que ya habréis comido—dijo dirigiéndose á las jóvenes.

—Sí, señor—se apresuró á contestar Adoración.

—Pues entonces—prosiguió D. Anselmo, vamos á ver si entre todos conseguimos de mañana que os otorgue su permiso para venir á visitar mi caserío. ¿Qué le parece á usted mi proposición, señora?—añadió el anciano frotándose las manos y aproximándose á doña Catalina.

—Lo que me parece, D. Anselmo, es que me las está usted pervirtiendo—repuso la señora de Sandoval.—¡Además, está tan lejos!...

—No hay miedo de que los caballos se cansen; vamos, vamos, niñas, á vestir.

Las dos jóvenes miraron á su madre, pero permanecieron inmóviles.

—Id, hijas mías—dijo doña Catalina bondadosamente. Adoración soltó la madeja y salió saltando de alegría.

Evangelina, cuyo triste semblante se había animado de un vago placer, la siguió, encaminándose ambas á vestirse.

—Encarga á Francisco que prepare los caballos, hijo mío—dijo doña Catalina—y cuida de que las sillas vayan bien seguras.

—¡Pero qué! ¿No nos acompaña Víctor?—preguntó don Anselmo.

—Voy á leer un rato á mi madre—contestó éste saliendo de la sala.

—¡Si supiera usted cuán noble y bueno es!—exclamó la señora de Sandoval, siguiendo á su hijo con una mirada de profundo cariño.—Fígúrese usted que tiene la paciencia de leerme el *Tesoro del Cielo* y la *Guirnalda de los Santos*.

—¿Y qué cosa más natural?... ¡No faltaba más sino que se negase á complacer á su madre en una cosa tan pequeña!

—Pero él, acostumbrado al mundo...

—¡El mundo... el mundo!... Los mejores atractivos que el mundo encierra para un buen hijo son sus padres, á quienes debe la existencia y, por consiguiente, cuanto vale.

Este diálogo se prolongó hasta que Evangeli-

na y Adoración se presentaron en la sala; ambas vestían sencillos trajes de montar de merino oscuro, y sus sombreros, de fieltro gris, eran de idéntica hechura y estaban igualmente adornados con una rizada y graciosa pluma.

Los cabellos de Evangelina caían en largos y elásticos rizos hasta sus hombros; los de Adoración, recogidos en gruesas y apretadas trenzas, rodeaban su rostro fresco y encantador.

—Ya tenéis los caballos dispuestos—dijo Víctor apareciendo en el umbral.

—Montad, pues, hijas mías, mientras yo voy á buscar mi mula—dijo don Anselmo levantándose;—usted, señora, no tenga cuidado; dentro de dos horas estaremos de vuelta, y no nos espere antes porque no pienso volver hasta que vea apurar á Evangelina un jarro de leche recién ordeñada y saciarse de correr tras las gallinas del corral á Adoración.

Al decir esto desapareció el anciano, y las dos jóvenes, después de abrazar á su madre, bajaron al patio con Víctor, que las ayudó á montar. Doña Catalina las miraba desde el balcón del comedor, del cual no se separó hasta que las vió marchar seguidas de don Anselmo, que montaba una colosal y pacífica mula.

El hermoso rostro de Evangelina se animó no bien hubo salido al campo; sus ojos tomaron una expresión de gozo que hacía largo tiempo

no se advertía en ellos, pues por un efecto de la continua lucha de su amor hacia el conde con la obediencia que debía á su bienhechora; se había apoderado de su corazón tan honda y voraz melancolía, que había alterado sus facciones, puras y suaves poco tiempo antes.

En aquella hermosa tarde, la influencia benéfica del aire libre y la vista del radiante y despejado cielo infundieron la tranquilidad en su ánimo; seguía placentera el raudo vuelo de las aves que cruzaban el espacio y reía alegremente con las traviesas ocurrencias de Adoración, que gritaba, cantaba y hablaba más que una cotorra.

—En cuanto llegue—decía—voy á dar de comer á los pollos.

—Y yo á coger un ramo de flores para mi tía—añadió Evangelina.

—Lo primero de todo, así que lleguemos, será tomar algo que conforte nuestros estómagos—repuso á su vez don Anselmo.

Las jóvenes, deseosas de llegar, pusieron al trote sus caballos, descargándoles un golpe con el latiguillo que llevaban en la mano: don Anselmo hubiera querido imitarlas, pero no le fué posible apresurar el paso de su cabalgadura por más que tiró de las riendas y le clavó sus acicates.

Al llegar á la puerta del caserío, un robusto mozo cogió por las bridas á los caballos, y Evan-

gelina y Adoración saltaron al suelo muy contentas; una joven bien vestida las acompañó á una salita, en el centro de la cual se veía una pequeña mesa preparada sin duda de antemano y cubierta de frutas secas, queso, manteca, miel, conservas y pasteles.

Poco tardó en oírse la marcha acompasada de la mula de don Anselmo, que desmontó pausadamente y se dirigió en busca de sus amigas.

—Me voy al corral—exclamó resueltamente Adoración.

—Un poco de paciencia, niña, un poco de paciencia—repuso el anciano;—ahora están ordeñando leche de la vaca bretona para Evangelina, y hasta que la encierren no puedes bajar á jugar con los pollos y palomas. ¿No quieres comer algo entre tanto? A mí se me figura que estos pastelillos de dulce te han de gustar.

Al decir esto don Anselmo se sentó á la mesa, obligando á las jóvenes de ese modo á que siguiesen su ejemplo, al mismo tiempo que el hortelano traía un jarro blanco lleno de leche humeante.

El anciano llenó un vaso é hizo que lo bebiese Evangelina; luego puso algunas pastas en el plato de Adoración, y en seguida empezó él á comer tranquilamente.

—Vaya, ya podéis correr, si queréis, hijas mías—dijo á las jóvenes cuando vió que habían

concluído.—Adoración, di al jardinero que te dé grano para las gallinas; tú, Evangelina, encontrarás ya buenas flores al fin del jardín, hacia la derecha; vamos, andad, que es preciso hacer un poco de ejercicio para que toméis otro refrigerio antes de marchar.

Ambas salieron de la estancia; pero en tanto que Adoración llamaba á gritos al jardinero, Evangelina se dirigió sola al jardín, que estaba esmeradamente cuidado, y cuyas extensas calles, formadas por altos árboles que ya empezaban á reverdecer, veíanse cubiertas de una arena muy fina.

Una de ellas desembocaba en una hermosa floresta, en cuyo centro y sobre una mesa de piedra estaba colocada una espaciosa pajarera, donde revoloteaban alegres infinitos pájaros de mil colores, que prestaban con sus trinos y gorjeos un indescriptible y poético encanto á aquel sitio ameno y solitario.

Ya abrían algunas flores tempranas los cálices impregnados de suaves aromas, y los olorosos arbustos se iban cubriendo de perfumadas hojas.

Evangelina dió vuelta á la floresta, que lindaba con la tapia que cercaba al jardín, y en la cual se veía una puertecilla abierta que daba á la campiña.

La joven se acercó á ella casi maquinalmente;

pero sus ojos se clavaron asombrados en el hermoso espectáculo que se desplegaba ante ellos.

Un bosquecillo formado de acacias, cinamomos y tempranas madreelvas se tendía á sus pies; cubríalo una alfombra de margaritas, de esas encantadoras y blancas estrellas que vienen á anunciarnos la aromada primavera al soplo primero del ambiente; una fuente saltaba en medio, y en el pilón de piedra habían brotado algunas hierbecillas, nacidas de las simientes que los pájaros habían dejado caer entre sus grietas.

Evangelina, arrastrada por su naturaleza poética, penetró en el bosque, y en vez de seguir cogiendo flores se sentó, contemplando embebecida aquel divino paisaje.

De repente oyó detrás de sí, y entre el espeso follaje de las acacias, un confuso ruido; volvióse asustada, y sus labios no pudieron contener un grito al ver á sus pies al conde de San Telmo.

## IX

—¡Evangelina! ¡Evangelina mía! ¡Al fin te veo!—exclamó Octavio apoderándose de una de las manos de Evangelina y llenándola de besos;— ¡al fin te puedo hablar! ¡Oh! ¡Casi no me atrevo á creer tal exceso de dicha!

—Octavio!... ¡Tu aquí!... balbuceó la joven,

cuyos grandes ojos retrataban un profundo terror. Vete, pueden venir Adoración ó don Anselmo; vete por Dios!...

—¡Que me vaya, cuando vengo siguiéndote desde el pueblo con tanto afán!... ¡Que me vaya, cuando el cielo me depara la ocasión de hablar por la primera vez á solas contigo!... ¡Que me vaya, cuando me es dado poner término á la angustia que consume mi vida!... ¡Oh, lo que me pides es un imposible!

—¿Pero qué es lo que deseas?

—Escuchar tu decisión; cerciorarme de que el amor que me has prometido en tus cartas es una verdad... saber de una vez á qué atenerme y calmar la amarga pena que tan horriblemente me martiriza.

Gruesas lágrimas brotaron de los ojos de Evangelina, que inclinó la cabeza, cubriéndose el semblante con el pañuelo.

Entonces la fisonomía del conde cambió de repente: á su expresión apasionada sustituyó otra de irónico desdén; una sonrisa triunfante entreabrió sus labios, y clavó una mirada de burlona lástima en la pobre niña, que permaneció llorando con la cabeza inclinada hacia el suelo.

Evangelina levantó al fin sus grandes y tristes ojos; más cuando los fijó en los del conde el semblante de éste había ya recobrado su máscara de apasionada tristeza.

—Escucha, bien mío—dijo sentándose á su lado en la hierba y tomando de nuevo la mano de la joven entre las suyas: —mi amor no puede ya contenerse con una fría é interrumpida correspondencia; mi corazón, abrasado en la voraz pasión que me inspiraste desde la primera vez que te vi, desea más; es preciso que si me amas te decidas á ser mía, que seas mi esposa.

—¡Octavio, Octavio!—gritó la joven, torciendo con desesperación sus blancas manos.—¡Eso no puede ser!... Jamás consentiré mi tía en esa unión, porque...

Su voz se ahogó de repente, como si no tuviese fuerza bastante para acabar de expresar su pensamiento.

—¡Acaba... acaba!...—exclamó Octavio afectando una dolorosa impaciencia.—Di de una vez que te has estado burlando de mi cariño; di que no me quieres, que nunca me has querido.

—¡Ingrato!...—balbuceó entre sollozos la desdichada Evangelina.—Ten piedad de mí... y no aumentes con tus injustas palabras las penas que por tí estoy sufriendo.

—Pues habla... bien mío... dime, ¿por qué te niegas á unir tu suerte á la mía?

—Ya que es preciso confesarlo todo, sabe que mi tía se opone á nuestro amor, porque dice que has llevado una vida desordenada, y que es imposible que me hagas feliz.

Octavio aparentó quedar anonadado; pero, en realidad, estaba estudiando qué debía contestar para desvanecer una sospecha que, arraigada en el corazón de Evangelina, hubiera podido echar por tierra todos sus planes.

La inocente niña creyó haberle herido con demasiada crueldad, y estrechó sus manos llorando sin consuelo.

—¡Perdóname, por Dios!—exclamó.—¡Ahora daría mi vida por haberte evitado el dolor que deben haberte causado mis palabras; pero era forzoso que supieras el motivo en que se funda la oposición de mi familia!

Octavio levantó la cabeza; su hermosa boca estaba entreabierta por una amarga sonrisa, y su mirada era tan triste y dolorosa que quebrantaba el corazón.

Mas de súbito animó la fisonomía del conde una expresión de reconocimiento.

—No, Evangelina, no—dijo apretando la mano de la joven;—la revelación que acabas de hacerme ha sido un bien para mí; vale más que haya sabido la verdad para que pueda hablarte con la franqueza y sinceridad del hombre honrado... Mi vida se ha deslizado en el torbellino del mundo que ha consumido una gran parte de mis riquezas; el resto de mi caudal—prosiguió bajando la voz, como si esta confesión afectase profundamente su delicadeza—ha servido para

favorecer á ingratos que se decían mis amigos mientras viví en la opulencia y que me abandonaron cuando me hubieron despojado hasta de la fe del corazón. Desesperado huí del mundo y vine á sepultarme en el fondo de esta aldea, resignado á morir, ya que no con la tranquilidad del justo, al menos lejos de los hombres que llenaron de hiel mi alma.

El conde sostuvo su frente como agobiada por sus tristísimas memorias, mientras Evangelina juntaba sus manos con una expresión adorable de pasión y de candoroso asombro.

—Pero desde el momento que te vi — prosiguió Octavio — advertí que la paz renacía en mi alma y que se abría ante mi vista un porvenir risueño y lleno de ventura; mi pecho, destrozado por largos y crueles desengaños, recobra á tu lado la calma y en ti veo ahora, mi adorada Evangelina, el ángel de salvación que Dios me envía para librarme de los tormentos del infierno, á los cuales me condenó la fatalidad.

—¡Octavio! — tartamudeó la inocente Evangelina, enjugándose las lágrimas que bañaban sus mejillas.

—Mira, bien mío — continuó el conde, que veía en el enternecimiento de la joven una ocasión favorable que debía explotar en su provecho. — Mira, Evangelina, tu amor fortalece mi espíritu y hace renacer en mí la afición al trabajo; yo

trabajaré día y noche para ti, y te prometo, si no la opulenta suerte que podía haberte ofrecido hace dos años, al menos una medianía tranquila, que mi cariño convertirá en un encantado paraíso.

—¡Oh, Dios mío! — gritó Evangelina elevando al cielo sus azulados ojos con inefable gratitud. — ¡Gracias, gracias por haberme hecho rica!...

—¡Qué... qué dices!... — exclamó el conde aparentando la más refinada sorpresa. — ¿Tú eres rica?

—¡Sí, sí, muy rica, y, por lo tanto, no debe apurarte nuestra suerte futura!

—¡Ay, desdichado de mí! — murmuró Octavio levantándose y ocultando con las manos su semblante.

Cuando las separó dejó ver sus facciones alteradas con tan intenso dolor, que la joven retrocedió asustada.

—Ahora comprendo que es forzoso separarnos, Evangelina — dijo con voz ahogada y temblorosa; — ¡tu familia tiene razón... no debes casarte conmigo... no... porque yo soy pobre!...

Un ahogado sollozo pareció desgarrar la garganta del conde; no obstante, el que hubiera podido contemplar el sombrío fondo de su alma hubiera visto rielar en él un rayo de gozo.

—¡Adiós, sueños de ventura! — prosiguió. —



¡Adiós, Evangelina... hoy me alejaré de ti para siempre... y la muerte...!

—¿Qué dices! ¿Morir? Octavio, ¡no me condenes á tan cruel martirio!...

—Yo no debo aspirar...

—¡Pero es que yo te amo, te adoro, Octavio!...

—¡Será posible!... Cielo santo, ya que me has arrebatado mi fortuna, ¿por qué me arrebatas también el dulce consuelo de trabajar por este ángel?...

—¡Pero si yo quiero salvarte de la pobreza!... Octavio, ¡yo no consentiré en separarme ya de ti, ahora que sé que eres desgraciado!... Yo te creía rico y feliz, y si esto hubiera sido verdad, quizá el agradecimiento que debo á mi familia hubiera sofocado el amor que te tengo; pero al saber que sufres nada ni nadie me separará de tu lado... Sí, sí, Octavio, á todo estoy pronta.

Un rayo de alegría iluminó los negros ojos del conde; mas la inocente niña no pudo columbrarle y sólo leyó en ellos la expresión del dolor más amargo.

—¡Imposible— exclamó con vehemencia— imposible, Evangelina! ¡Antes morir mil veces que exponerme á los insultos de tu familia, de la sociedad entera!

—¡Pero qué! ¿Acaso no tienes en nada á mi amor? ¿No has oído, Octavio, que te he dicho

que te adoro?...—observó la joven con un acento de angélica ternura, que hubiera conmovido el alma más endurecida.

Octavio, para dar más apariencia de verdad á sus postizas emociones, se había levantado, como hemos indicado; Evangelina se había puesto también en pie y tenía cogidas sus manos mirándole con expresión de amoroso y lastimero ruego.

A oír las postreras palabras de la joven, el conde la contempló durante algunos segundos, como si vacilase ante aquella amorosa súplica. De repente fijó sus ojos en el fondo del jardín y exclamó:

—El jardinero se acerca, adiós, Evangelina!

—Pero no me dejes sin asegurarme que renuncias á morir.

—¿Y me amarás siempre?—la preguntó Octavio.

—Sí.

—¿Y te decidirás á unir tu suerte á la mía?

—Sí...—balbuceó la pobre niña con los ojos arrasados de lágrimas y después de hacer un heroico esfuerzo.

Las facciones de Octavio retrataron entonces la lucha desesperada que al parecer tenía lugar en su alma; luego miró de nuevo al jardín y exclamó con voz sofocada y como cediendo á un impulso irresistible:

—Pues bien, tu amor ha vencido, Evangelina; Roberto te entregará más tarde una carta mía; por ahora temo que nos sorprendan; procura volver pronto á la quinta. ¡Adiós!

En seguida besó la mano de la joven y se separó de ella precipítadamente.

Evangelina se internó en el jardín, pero no encontró al jardinero y creyó que se habría alejado sin ver á Octavio.

Entre tanto el conde se dirigió al tronco del árbol que estaba próximo á la tapia y desató de él á un brioso potro cordobés, sobre el cual montó con ligereza.

Entonces dejó escapar una estrepitosa carcajada y exclamó con un acento de alegría imposible de pintar:

—¡He triunfado!... ¡Esta noche la deposito y mañana será mi esposa!... ¡Mañana también se abrirán de nuevo para mí el mundo y sus placeres!

Esto diciendo dió un latigazo á su fogoso corcel, que tascó el freno y partió como un relámpago en dirección á la aldea, envolviéndose en una densa nube de polvo.

.....  
Al salir del caserío para regresar á su casa en compañía de Adoración y don Anselmo vió Evangelina abierta todavía la puerta del bosquecillo.

Los ojos de la joven se fijaron en el sitio en que había encontrado á Octavio; las flores que había cogido para su tía, y que en su sorpresa al ver al conde se habían escapado de sus manos, yacían en el suelo marchitas ya y descoloridas.

Evangelina, con ese instinto fatalista de todas las almas tiernas, se estremeció sin comprender la causa al ver abandonado al pobre ramo; pero bien pronto el entusiasmo ocupó de nuevo su alma ardiente y generosa.

—¡Yo le salvaré de la pobreza, yo le haré feliz!—murmuró.—¡Gracias, Dios mio, por haberme dado para él riquezas y amor!

Mas al doblar el sendero no pudo menos de volver la cabeza para dirigir una última mirada á las pobres flores. ¡Ay! Aquel ramo marchito era el emblema de sus esperanzas, y por eso tenía para ella esa invencible atracción que ejerce en los mortales cuanto constituye la imagen de su destino.

## X

A los pocos instantes de llegar á la quinta se hallaban Evangelina y Adoración en el cuarto de la primera para dar lección de música; la joven huérfana, que había logrado hacerse una profesora consumada en tan divino arte, se constituyó en maestra de su prima, del mismo modo

que de todas las labores propias de su sexo.

—Siéntate al piano, Adoración—dijo Evangelina—mientras voy á la sala de labor á buscar tu bordado para componerlo.

La niña se arrojó al cuello de su prima y la besó mil veces con los ojos arrasados en llanto.

—¡Dios mío, qué buena eres, Evangelina, y yo qué mala!—exclamó después enjugándose con su pañuelo las lágrimas.—¡Siempre estoy causándote pesares, y tú nunca te quejas!... ¡mira—continuó—creo que si algún día te separas de mí me voy á morir de pena!

La joven volvió á otro lado la cabeza para ocultar á los ojos de Adoración una gruesa lágrima que temblaba en la rizada franja de sus pestañas; acababa de recibir una carta de Octavio en la cual le decía que estaba decidido á que su enlace se verificase muy pronto, y que en el término de aquel día, ó lograba su mano por el consentimiento de su familia, ó debía abandonar la casa de su tía para ponerse ambos bajo el amparo de las leyes.

—Acércate, por Dios, al piano—dijo haciendo un penoso esfuerzo para serenarse—si mi tía no te oye extrañará que no estudies hoy y entrará á indagar la causa.

Al concluir de pronunciar estas palabras salió del aposento presurosa y se dirigió á la sala de labor para dar libre curso á su llanto.

Sus ojos se extendieron melancólicamente por el jardín y acariciaron á cada uno de sus árboles, de sus flores; luego se elevaron al cielo, y dos raudales de lágrimas inundaron sus mejillas.

—¡Oh, Dios mío!—exclamó.—¡Estas son las horas postreras que paso en esta casa, asilo tranquilo y hospitalario de mi infancia! ¡Cuando la noche tienda sus sombras dejaré de verle para siempre!

Una súbita reflexión la hizo levantar estremeida; en la carta que Roberto le había entregado le advertía Octavio que no faltase á las seis en la verja del jardín, donde él mismo pondría en sus manos otro billete participándole el resultado de su petición y su resolución definitiva. ¡Ay, la pobre Evangelina sabía demasiado bien cuál sería el éxito y la resolución que debía seguirle, y por eso se despedía con tanto dolor de los árboles y de las flores de su jardín!

Tomó al fin la caja que contenía el bordado y se dirigió á su cuarto, donde Adoración, sentada al piano, repasaba una canción francesa. Evangelina acercó una silla á la ventana y se sentó, empezando á zurcir con el mayor esmero las heridas que habían hecho las tijeras en la batista.

Aquella ocupación volvió á traer el llanto á sus ojos; ¡era el postrer servicio que prestaba á aquella niña que tanto la amaba y á quien ella

quería con tanta ternura! ¿Quién la libraría en adelante de la cólera materna? ¿Con quién jugaría, con quien había de charlar ya la pobre Adoración? Evangelina era también casi una niña, y su corazón juvenil se oprimió dolorosamente al pensar en que iba á separarse de la compañera de su infancia y quizás para no volver á verla jamás.

El ruido que produjo la puerta al abrirse la sacó de sus tristes meditaciones, y se apresuró á enjugar sus lágrimas; pero tembló y quiso ocultar presurosa el bordado que tenía en las manos, al ver que la persona que apareció en el umbral era su tía, cuya penetrante mirada se fijó con preferencia en los ojos enrojecidos de la joven; sentóse enfrente, ocupando el otro lado de la ventana, y antes que Evangelina pudiese cubrir la batista con su pañuelo la tomó en la mano, mirándola con atención.

—Ya tenemos otra gracia de la señorita!— dijo, fijando una severa mirada sobre la pobre Adoración, que, trémula y confundida, había dejado de tocar;—si yo lo hubiera sabido antes ya te hubiera dejado ir á paseo con don Anselmo esta tarde; pero no importa, yo sabré poner coto á tus descuidos.

—¡Tía mía!...—se atrevió á murmurar Evangelina.

—¡Mamá!—exclamó la culpable con voz afi-

gida y juntando las manos—¡perdóname! Se me cayeron sin querer las tijeras y...

—¡Basta!—interrumpió severamente doña Catalina.—Vaya usted a encerrarse en su cuarto, señorita, y hasta que yo la mande salir permanezca en él.

Adoración bajó la cabeza y, humilde como un corderillo, fué llorando á cumplir la penitencia que su madre le había impuesto.

Cuando hubo desaparecido clavó la señora de Sandoval sus grandes ojos negros en el semblante de su sobrina, que seguía trabajando para ocultar las huellas de su reciente llanto, y la contempló en silencio durante algunos segundos.

—Tú has llorado demasiado hoy, Evangelina, para que puedas trabajar—dijo desprendiendo el bordado de las manos la joven;—deja la labor y escucha, porque es muy importante lo que tengo que decirte.

—Hable usted, tía mía—murmuró Evangelina con voz trémula, porque el instinto de su corazón le anunciaba con harta claridad lo que doña Catalina quería decirle.

Esta se levantó, fué á cerrar la puerta, y volviendo á sentarse enfrente de su sobrina, tomó una de sus manos.

—Tú sabes, hija mía—dijo con el acento grave y dulce que le era habitual;—tú sabes cuánto te amo y hasta qué extremo me intereso por tu

felicidad; desde que perdiste á los autores de tus días decidí ser para ti una buena madre, y á tu conciencia apelo para que digas si he cumplido bien exactamente los deberes de tal.

—¡Oh, sí, usted ha sido para mí la mejor y más cariñosa de las madres!—exclamó la joven besando con efusión la mano de su tía.

—Tú, por tu parte, hija mía, has sido también la mejor y más cariñosa de las hijas, la hermana más dulce y tierna de Víctor y de Adoración; tú has sido mi orgullo y mi delicia, hasta el día en que un ser arrojado de la sociedad se atravesó en tu camino y robó á tu familia el cariño que la debes...

Los ojos de la señora de Sandoval lanzaron, al decir estas palabras, una mirada de enojo á la pobre niña, que, llorando desconsoladamente, sólo pudo murmurar:

—¡Oh, no, tía mía, yo les amo á todos como siempre!

—Mi objeto ahora—repuso doña Catalina—es precisamente el convencerme de ello; vengo á rogarte, Evangelina, en nombre del amor que nos debes á mis hijos y á mí, que olvides á un hombre indigno de poseerte, y en el caso de que conozcas que tu corazón es débil contra el poder de su seducción, á noticiarte que voy á guardarte en los claustros de un convento hasta que esa funesta pasión se haya extinguido para siem-

pre, ó al menos, hasta que seas mayor de edad y puedas obrar con cálculo y reflexión.

Calló la señora de Sandoval, esperando la respuesta de la joven, pero esta sólo podía sollozar amargamente.

Doña Catalina continuó, sin soltar la mano que tenía entre las suyas:

—Tú sabes, hija mía, que nada te he dicho jamás del amor leal y noble que has inspirado á Víctor; él mismo, por un efecto natural de su delicadeza, lo ha guardado cuidadosamente en el fondo de su alma al saber que eras rica, y, por lo tanto, debo suponer que me harás la justicia de creer que al oponerme así á los planes de ese hombre no me guían miras interesadas, y que sólo me mueve el anhelo de tu felicidad; reflexiónalo con madurez, Evangelina: yo me he informado por mí misma del hombre á quien vas haciendo dueño de tu corazón, con la irreflexión propia de tu edad, y sé que carece de todo sentimiento noble, que la sociedad lo ha arrojado de su seno, y que sólo anhela engañar tu inexperiencia para evitar con tu fortuna la miseria que le amenaza y que es el justo castigo de una vida de desórdenes.

En cuanto á mi hijo, Dios sabe que mi más ferviente deseo era unirte á él si hubieras seguido siendo pobre y desvalida como lo eras cuando yo te abrí mis brazos; pero tu riqueza

puso una barrera entre los dos, barrera que luego ha hecho insuperable tu malhadada pasión.

La señora de Sandoval pasó su pañuelo por sus ojos humedecidos; su corazón de madre se desgarraba al pensar en la dicha que su hijo perdía, y quizás este pensamiento tenía no pequeña parte en su aversión hacia el conde.

En aquel momento dieron un golpecito á la puerta, señal que anunciaba siempre á la tía Damiana, y un instante después entró ésta con una carta en la mano.

—Acaba de traerla—dijo—ese criado de la Casa Verde, que lleva una chaqueta con faldones y pantalón negro, como don Anselmo cuando va á misa mayor.

Doña Catalina tomó la carta, dirigiendo á Evangelina una mirada profunda.

—Dice que su amo espera la contestación antes de la noche—añadió la tía Damiana, saliendo del cuarto y cerrando la puerta tras sí.

La señora de Sandoval pasaba ya sus ojos por la carta, que estaba escrita en elegante y perfumado papel; á medida que iba leyendo contraía sus labios una sonrisa de desprecio que daba á su semblante una expresión muy marcada de desdeñoso triunfo.

En aquella carta se le pedía la mano de Evangelina en los términos más delicados y expresivos.

—Léela tú—dijo al concluir, presentándola á la joven, que la recorrió maquinalmente con estraviados ojos.

—Voy á contestar—añadió doña Catalina recogiendo de manos de Evangelina cuando ésta hubo concluido y sentándose delante de un pequeño velador, encima del cual había un sencillo pero elegante recado de escribir de porcelana para el uso de la joven.

Y con mano rápida trazó las líneas siguientes:

«Señor conde de San Telmo: No puedo acceder á la *súplica* de usted concediéndole la mano de mi sobrina, por tener acerca de ella otras miras que creo conveniente reservarme.

»Soy, señor conde, de usted atenta servidora.—  
CATALINA RIVERA DE SANDOVAL.»

Cerró en seguida la carta, la puso el sobre escrito y agitó la campanilla, cuyo sonido atrajo á la tía Damiana.

—Que vaya inmediatamente Francisco á llevarla á la Casa Verde—dijo doña Catalina.

La anciana salió con tanta velocidad como sus piernas la permitían, y la señora de Sandoval contempló un instante con una mirada de compasión á Evangelina, que lloraba silenciosamente.

—Consuélate, hija mía—dijo enjugándola las lágrimas con su pañuelo y besándola con cariño—yo te ayudaré á vencer ese fatal amor.

Doña Catalina dejó sola á la pobre niña, que cayó de rodillas ante una imagen del Crucificado, pidiéndole valor para el amargo trance que le aguardaba.

## XI

Eran las ocho de la noche y se hallaban reunidos en el salón de la Casa Blanca que ya conocemos la señora Sandoval, Evangelina, don Anselmo y Víctor. Adoración seguía reclusa en su cuarto.

Doña Catalina y don Anselmo jugaban al tute; la joven bordaba en su tapicería y Víctor leía una novela de Jorge Sand, alzando frecuentemente la cabeza para mirar la rubia y hermosa de su prima.

Al oír la primera campanada de la hora, dejó Evangelina su bordado y salió de la sala siguiéndola Víctor con una mirada llena de amor.

La joven pidió una luz á la tía Damiana y se dirigió á su cuarto; una vez allí se dejó caer en un sillón de cerda oscura que estaba colocado delante de la mesa de su tocador, y dió rienda suelta á su llanto. Mas la pobre niña hacía ya tantas horas que lloraba sin intermisión, que bien pronto la fuerza misma del dolor secó sus ojos.

Su doliente mirada recorrió uno por uno to-

dos los objetos que la rodeaban; su lecho cerrado y cubierto por blancas cortinas, la mesita de altar colocada junto á él, que sostenía un crucifijo de yeso, una virgen de madera, dos vasos con flores silvestres, únicas que brotan en Febrero, y los libros devotos donde rezaba sus oraciones de mañana y noche; luego miró su tocador guarnecido de cortinas de gasa bordadas por su mano; los cuadros que ella había dibujado; su piano cargado de la música que ella prefería; su pequeño bufete, regalo de don Anselmo, donde éste la había enseñado á traducir el francés; su velador, que sostenía un lindo almuerzo de china regalo de su tía, y, por último, su canario, dormido en su jaula dorada y objeto de su más tierna predilección.

Para cada uno de aquellos objetos tuvieron su corazón y sus labios un tierno adiós: luego, como si desease cobrar valor, sacó de su seno una carta que leyó rápidamente; era la que Roberto la había entregado á las seis de aquella tarde, y en la cual la participaba el conde que á las ocho de la noche irían los representantes de la ley á sustraerla de la tiranía de su familia. Octavio, con ese tacto exquisito del hombre de mundo, la daba valor y la prometía una vida entera de felicidad y de ternura ilimitada.

La lectura de esta carta reanimó, en efecto, el ánimo abatido de la joven; entró en su alcoba

y cambió su traje blanco por otro de seda negro, envolviéndose en una manteleta, para ver si desaparecía el temblor que agitaba todos sus miembros, y que ella creía efecto de frío, aunque no era otra cosa que una violenta convulsión nerviosa producida por los dolorosos combates de aquel día.

No bien había concluido de vestirse sintió abrir suavemente la puerta, y la linda figura de Adoración apareció en el umbral.

—Te he oído aquí, Evangelina, y vengo á darte un beso antes de acostarme—dijo abrazando á su prima; pero como en aquel instante se apercibiese del traje que llevaba Evangelina, añadió:

—¡Dios mío! ¿Adónde vas?

La joven, por toda respuesta, sentó en sus rodillas á la inocente reclusa y besó sus cabellos y su frente.

—¡Ah, lloras! ¿Qué tienes? ¿No quieres decirme? Vamos, ¡por Dios, dime lo que te pasa!... ¡Me das tanta pena!...

Y Adoración pasó una punta de la manteleta de su prima por sus ojos, preñados de lágrimas.

En aquel instante se oyó el rumor de un coche, que cesó al pararse á la puerta de la quinta. Evangelina se levantó y estrechó en sus brazos á la pobre niña, que lloraba.

El estruendo que produjo la puerta al abrirse

hizo alzar á entrambas la cabeza, y vieron en ella á Víctor, pálido y tembloroso, y á doña Catalina, cuyo rostro pintaba la indignación más viva.

Mas al encontrar á Evangelina vestida de negro, toda la cólera de la señora de Sandoval cedió ante un dolor inmenso; rompió á llorar amargamente y se dejó caer sobre una silla, exclamando:

—¡Con que es verdad!

—¡Perdóneme usted!... ¡Oh! ¡Perdón, tía mía!...—exclamó la joven cayendo de rodillas á los pies de la acongojada señora, y besándola las manos, que ella no pensaba en retirar.—¡Perdón si no he podido vencer este amor, más fuerte que mi voluntad!...

Después se acercó á Víctor con mayor firmeza y se arrojó en sus brazos, mientras que Adoración, ignorante de lo que aquello significaba, la miraba atónita.

Pero cuando Evangelina la oprimió contra su seno murmurando entre sollozos la palabra *¡adiós!*, un rayo de luz iluminó su imaginación infantil, y al salir la joven se lanzó en pos de ella gritando entre gemidos:

—¡Evangelina, Evangelina, no te vayas!... ¡No te separes de nuestro lado! ¡Yo seré buena!... ¡Sí, seré muy buena, para no darte más pesares!... ¡Vuelve, por Dios!...



Doña Catalina, que, con Víctor, había seguido á la afligida niña, recogió á ésta en sus brazos. Evangelina clavó en aquel grupo desolado una mirada de ternura y de dolor, y subió al coche acompañada de un juez y de un escribano, que iban á depositarla en un convento de Pamplona hasta el día de su casamiento.

Cuando el coche, próximo á desaparecer, salía de la aldea, doña Catalina y sus hijos alzaron al cielo una mirada ardiente, como para recomendarle la suerte de la ingrata que les abandonaba.

—¡Dios mío, protégela!—exclamó la señora de Sandoval.

—¡Virgen Santísima, que vuelva pronto!—gritó Adoración llorando y elevando al cielo sus manos juntas con un ademán sublime de inocente y fervoroso ruego.

—¡Adiós para siempre, sueños de felicidad!—murmuró Víctor doblando su cabeza sobre el pecho con amargo y profundo abatimiento.

Y el carruaje se perdió entre las tinieblas de la noche.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"

PARTE SEGUNDA

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

*La dama del gran mundo.*

¡Ay, que en la sociedad  
cada hora abre una tumba  
y hace verter una lágrima!  
(CHATEAUBRIAND.—Renato.)

I

En un suntuoso gabinete, y á eso de las diez de una noche de Enero de 1844, se encontraban un lacayo vestido con calzón corto, media blanca de seda, zapato con hebilla y amplio casacón azul galoneado de oro, y una linda joven que, á juzgar por la elegancia de su traje, parecía una gran señora, pero que hasta el observador más topo hubiera dicho que era una camarera al reparar en el pequeño delantal que llevaba, de raso color de cereza, guarnecido de encaje negro.

Nada más hermoso y aristocrático que aquel gabinete; las paredes, vestidas de una tela de raso azul de cielo, recamada de diminutas flores, de un azul más oscuro, armonizaban perfectamente con la sillería del mismo color y con la

Doña Catalina, que, con Víctor, había seguido á la afligida niña, recogió á ésta en sus brazos. Evangelina clavó en aquel grupo desolado una mirada de ternura y de dolor, y subió al coche acompañada de un juez y de un escribano, que iban á depositarla en un convento de Pamplona hasta el día de su casamiento.

Cuando el coche, próximo á desaparecer, salía de la aldea, doña Catalina y sus hijos alzaron al cielo una mirada ardiente, como para recomendarle la suerte de la ingrata que les abandonaba.

—¡Dios mío, protégedla!—exclamó la señora de Sandoval.

—¡Virgen Santísima, que vuelva pronto!—gritó Adoración llorando y elevando al cielo sus manos juntas con un ademán sublime de inocente y fervoroso ruego.

—¡Adiós para siempre, sueños de felicidad!—murmuró Víctor doblando su cabeza sobre el pecho con amargo y profundo abatimiento.

Y el carruaje se perdió entre las tinieblas de la noche.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"

PARTE SEGUNDA

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

*La dama del gran mundo.*

¡Ay, que en la sociedad  
cada hora abre una tumba  
y hace verter una lágrima!  
(CHATEAUBRIAND.—Renato.)

I

En un suntuoso gabinete, y á eso de las diez de una noche de Enero de 1844, se encontraban un lacayo vestido con calzón corto, media blanca de seda, zapato con hebilla y amplio casacón azul galoneado de oro, y una linda joven que, á juzgar por la elegancia de su traje, parecía una gran señora, pero que hasta el observador más topo hubiera dicho que era una camarera al reparar en el pequeño delantal que llevaba, de raso color de cereza, guarnecido de encaje negro.

Nada más hermoso y aristocrático que aquel gabinete; las paredes, vestidas de una tela de raso azul de cielo, recamada de diminutas flores, de un azul más oscuro, armonizaban perfectamente con la sillería del mismo color y con la

alfombra blanca con flores azules; de igual género eran las cortinas, que caían recogidas con gruesos cordones delante del balcón, y el pesado *portiere* que cubría la puerta.

Una soberbia luna de Venecia, engastada en un grandioso marco de nácar y plata, y colocada sobre la chimenea de mármol blanco, dejaba aún sitio bastante para una multitud de preciosos juguetes de China, laca y filigrana.

Delante del espejo se veían dos magníficos candelabros de plata, cuyas bujías encendía el lacayo á la luz de otra que llevaba en la mano; la camarera se hallaba hundida cómodamente en un sillón, que ocupaba uno de los ángulos de la chimenea, donde ardía un alegre y abundante fuego.

Era linda, coqueta y avispada; es decir, el tipo de la camarera de una dama de gran tono; llevaba un vestido de seda listado, color de naranja y negro; un ancho cuello bordado, mangas correspondientes y el gracioso delantalillo de que ya hemos hecho mención; sus cabellos rubios estaban peinados en bandos y adornados con dos grandes lazos de terciopelo negro.

El lacayo tenía ese aire hinchado é insolente de los criados de casa grande; era alto, grueso, y el encendido color de su rostro resaltaba con la blancura de su camisa y de su corbata, alta y almidonada como un cartón.

—Vamos, vamos, Paulina, muévase usted de ese sillón—dijo cuando empezó á encender la penúltima bujía; el señor va á venir, y además tiene usted que ir á preparar el tocador de la señora.

—¿A venir?—exclamó la joven soltando una carcajada; si espera al señor conde, Andrés, ya puede usted echarse á dormir hasta que amanezca.

—Digo que el señor conde va á venir á buscar á la señora para ir al baile de la embajada de Francia.

—¡Pues será cosa nueva que ahora salgan juntos cuando hace tanto tiempo que cada uno se va por su lado!... A los seis meses de casados se declararon los señores en un estado de completa independencia, y desde entonces hacen los dos lo que mejor les parece, sin pedirse cuenta de sus acciones. ¡Ay, por desgracia, lo que mejor ha parecido á la señora ha sido encerrarse en casa y morir de tristeza!

—Y yo digo—repuso Andrés—que á todas esas señoras que las da por hacerse las mogigatas, por rezar y por no disfrutar de los bienes que Dios las da con mano larga, se las está muy bien el abandono de sus maridos y el que éstos vayan á buscar en casa ajena la alegría que no pueden encontrar en la suya.

—Calle, Andrés, calle usted—exclamó Pauli-

na, cuya risueña fisonomía se entristeció de repente; no sabe usted, como yo, la vida que lleva el señor conde.

—Usted, Paulina, cree á ojos cerrados todo cuanto le dice ese fatuo de Roberto, que hace alarde de saber todas sus acciones sólo porque es ayuda de cámara del señor.

—Roberto no dice á nadie una palabra más que á mí, y eso porque yo... ya sabe usted...

—Sí, ya sé que es usted su novia, y que...

—Pues bien—dijo Paulina cortando de pronto la palabra á Andrés;—de todos modos, yo le aseguro á usted, para que no la culpe más, que la señora es un ángel, que el señor conde pasa las noches jugando, y que ya ha puesto sobre un tapete verde la inmensa fortuna de la señora; que transcurren días y semanas sin que vea á la condesa, porque siempre come fuera ó en su cuarto con sus amigos, y que durante la última enfermedad de la señora, de la cual apenas está convaleciente, ni se ha quedado á velarla una sola noche ni ha entrado siquiera en su gabinete á informarse por sí mismo, como debía, de su salud; esto nadie me lo ha contado, porque lo he visto yo.

—¡Pero si ella es tan triste! Jamás altera el sonido, dulce como una flauta, de su voz, ni pide nada; si se sonríe alguna vez, su sonrisa es tan melancólica que hace más daño que el llanto; si

toca el piano se la caen las lágrimas... vamos, una mujer así es insoportable, no digo á los ojos del señor conde, que es muy aficionado al movimiento y á la alegría, sino á los míos, y eso que yo tengo ciertas ideas de tranquilidad y de...

—¡Ay!, pero Andrés, ¿qué quiere usted que haga la condesa cuando es tan infeliz? ¿No ha visto morir uno tras otro á sus dos hijos? ¿No está olvidada, casi abandonada de su esposo? ¿No la ve usted siempre sola, porque hasta la sociedad desdeña su tristeza? ¡Vamos, si no hay en todo Madrid una mujer más desgraciada!

—Y, sin embargo—dijo Andrés, que se había quedado meditabundo;—era rica y es hermosa como un ángel... ¿qué la faltaba, pues, para ser dichosa? Si han muerto sus hijos, otros padres los pierden también y no se desconsuelan así... y luego, para verlos llegar á menos... porque, en verdad, se comprende que esta casa está arruinada. A mí ya me deben un año de salarios.

—A mí me deben más, y esto es lo de menos monta; todos los días están viniendo de casa de Lhardy, del café Suizo y de todos los teatros á pedir los abonos de no sé cuanto tiempo; pues ahí es nada, ¡el tapicero, el sastre, el sombrerero y el perfumista... hacen una senda de ir y venir!

—Mas, ¿para dónde y para quién son los muebles, cuyo valor reclama el tapicero? Porque en esta casa no han entrado.

— ¡Quién sabe para dónde serán! Roberto, aunque debe saberlo, nada me ha dicho de eso; pero me voy á prevenir el tocador de la señora. ¡Ay, Dios mío, cuando pienso que hace ya tres horas que permanece encerrada en el cuarto de sus hijos!...

— En fin, dejemos correr el tiempo — dijo Andrés disponiéndose á salir; — por mi parte, si antes de un mes no me pagan cito en justicia al señor, porque yo... ¡qué demontre!... si sirvo no es por afición, es porque no tengo dinero; si lo tuviera... lejos de ser lacayo buscaría criados que me pusieran los pantalones y me sacaran las botas, y...

Paulina lanzó un suspiro y salió del gabinete con Andrés, que seguía refunfuñando entre dientes.

## II

Un instante después entró Evangelina en la estancia que acabamos de describir en el artículo anterior; llevaba una bata de cachemira azul bordada con trencillas negras de seda, que permitía ver debajo otra blanca interior, ricamente bordada y guarnecida de encajes. Sus espesos cabellos rubios, sencillamente recogidos, no ostentaban adorno alguno, y sus piececillos esta-

ban abrigados en unas chinelas de terciopelo azul como la bata.

Dejóse caer con desaliento en el sillón colocado á la izquierda de la chimenea, y fijó sus ojos, enrojecidos de llorar, en la brillante lumbre, apoyando su mano en la mejilla y el codo en el brazo del sillón.

Como había dicho Paulina, la condesa venía de la habitación que habían ocupado sus hijos y en la cual iba á encerrarse cada día tres ó cuatro horas; la desdichada joven, al perder todas las ilusiones que la habían unido al conde, se había acogido al amor de sus hijos como á su único consuelo; dos años tenía el uno y tres el otro cuando una fiebre maligna arrebató á entrambos, y en el término de un mes, del regazo de su madre.

La infeliz sintió que su corazón se despedazaba en su pecho y que el mundo entero se cubría á sus ojos de un denso crespón; durante muchos meses permaneció encerrada en el aposento que habían ocupado, porque así como otras madres que han perdido á sus hijos huyen de todo cuanto puede recordárselos, Evangelina, por el contrario, buscaba en su dolor y en su aislamiento cuanto pudiera traerlos á su memoria.

La venda fatal que la cegó hasta el extremo de abandonar á la familia protectora que había amparado su desvalida infancia había caído de

sus ojos harto pronto para su desventura; no hacía dos meses que estaba casada cuando vió claramente que sólo su inmensa fortuna movió á Octavio á hacerla condesa, porque entonces empezó el conde á mostrarse con ella indiferente y frío, á pasar los días enteros sin verla, y poco después tuvo ocasión de convencerse Evangelina de que su marido volvía á su casa cuando la luz del alba reemplazaba á las tinieblas de la noche.

El nacimiento de su primer hijo fué completamente indiferente al conde. Habiendo Evangelina manifestado deseos de criarle, no opuso á ello ninguna objeción, ni aun quizás oyó las palabras que pronunció; pero la salud de la joven se quebrantó, haciéndose á la vez ridícula á los ojos de las damas de gran tono, que miran como una cosa degradante el sagrado deber de criar á sus hijos.

Las nuevas obligaciones que su condición de madre le imponía, retuvieron á Evangelina en su casa, y su esposo aprovechó muy contento esta ocasión para emanciparse enteramente de su lado; su antigua pasión al juego había vuelto á renacer con más fuerza que nunca, y el dote que Evangelina aportó en metálico, tan religiosamente conservado por su tía, pasó muy pronto á manos de los más desenfadados tahures.

Perdida su última onza en un desgraciado

*entrés*, procedió el conde acto continuo á la venta de la quinta y de las tierras de Navarra, y consumido su importe en menos de un año, enajenó una de las dos casas que la joven poseía en Madrid, quedando por vender únicamente ya la que habitaban, situada junto al Prado, en la calle de Atocha, y más grande y suntuosa que la otra.

La condesa soportó con angélica mansedumbre la destrucción de su fortuna. Bien hubiera querido su esposo ocultársela al principio, pero como para la venta de las fincas era indispensable su firma, no tuvo reparo en pedírsela, ni tampoco en darla á entender al mismo tiempo que no debía replicar una palabra.

¡Feliz hubiera sido Evangelina si aun á tanto precio hubiera podido comprar la paz doméstica y la ternura de su marido! Pero lejos de eso, cada día le veía volver más iracundo, más duro é intratable. Si Evangelina se acercaba al conde y le dirigía algunas frases llenas de dulzura, la volvía éste la espalda sin contestar; si al ver sus accesos coléricos lloraba amedrentada, la insultaba con mil apodosos ofensivos, entre los que no se deseudaba en mezclar la palabra *aldeana*; si la encontraba bordando, la preguntaba que cuándo dejaría sus hábitos de incorregible lugareña por los de la alta clase, á la cual se había dignado elevarla; si la sorprendía rezando, se reía á

carcajadas de sus *ridículas beaterías*, como él las llamaba.

Para aquel hombre, gastado por el abuso de todos los placeres, depravado por la sociedad de mujeres sin pudor, no tenían encanto alguno la belleza, la gracia, la dulzura de la pobre Evangelina. La sencillez de sus gustos le irritaba, la modestia de sus ademanes y de sus palabras en presencia de sus calaveras amigos le humillaba cruelmente; y es seguro que, á ser la joven coqueta, atrevida y *mujer de moda*, en la verdadera acepción de esta palabra, hubiérala concedido alguna consideración por temor al escándalo, ya que en su corazón seco no podía tener entrada el amor.

Sin embargo, Evangelina le amaba con pasión; en su cándida ignorancia creía que aquella vida, que aquel desorden, era muy propio y natural de un gran señor, y que las groseras chanzas y los duros modales de su marido eran efecto de su carácter algo violento. Distraíase de los pesares que esto la causaba ejerciendo obras de caridad, cuidando del único hijo que entonces tenía y conversando con el joven doctor Luis, que continuaba siendo el médico de la casa y que compadeecía profundamente la suerte de la desdichada condesa.

Ésta acabó por fin de criar á su hijo, y un año después Dios la concedió otro; mas para ama-

mantarle hubo necesidad de buscar una nodriza, porque la salud de Evangelina estaba horrosamente destruída.

El nacimiento de este segundo niño fué para el conde tan indiferente como el del primero, y casi podría asegurarse que aun después de haber cumplido dos años todavía no podía decir cuál era el color de sus ojos.

Cuando murieron los dos niños, conoció Evangelina quién era el hombre al cual se había unido; el día que voló al cielo el primero se encontraba el conde de caza, y al volver y recibir la noticia de boca de Roberto se encogió de hombros y comenzó á cantar el aria de *Polion*, que llegó á los oídos de la desgraciada madre en medio de los sollozos convulsivos que desgarraban su pecho.

Durante los días que mediaron entre la muerte de sus dos hijos, Evangelina no salió de la habitación que ellos ocupaban; recibió en sus labios el último suspiro del segundo, como había recibido el postrer aliento del mayor; pálida y yerta, pero animada de un valor sobrenatural, asistió á la agonía de entrambos, sin permitir que nadie la robase un solo beso, una sola mirada; mas cuando el segundo niño cerró para siempre los ojos á la luz, como su hermano, Evangelina cayó desplomada en el suelo, rendida á un desmayo mortal.

Al mismo tiempo el conde subía en su cupé y se dirigía al trote airoso de sus briosas yeguas todas á una brillante *soirée*.

Cuando volvió en sí Evangelina se encontró en su lecho; el doctor Luis tenía entre las suyas una de sus manos, y á poca distancia un anciano preparaba sobre un velador una bebida calmante; la joven pensó que su razón se había extraviado al fijar sus ojos en aquel hombre, pues creyó reconocer en él á don Anselmo, el amigo de su niñez, el honrado padre de Luis, á quien había dejado en su aldea.

Mas al aproximársele con la bebida, al sentirse abrazar por él y oír que la llamaba, como otras veces, *su querida niña*, no le quedó ya duda, y las lágrimas que derramó en su seno fueron las primeras consoladoras que vertió desde la enfermedad de sus dos hijos.

En cuanto al buen boticario, no se cansaba de mirarla y de prestarla consuelos; Luis, al comprender que el fin del último hijo de Evangelina estaba muy cercano, y compadecido del aislamiento y soledad en que su muerte debía dejar á la pobre joven, llamó á su padre para que su presencia y los serenos recuerdos que debía despertar en el ánimo de la condesa fuesen un lenitivo al dolor que podía poner en riesgo su vida.

La inconsolable madre sufrió, en efecto, una larga y penosa enfermedad. Su marido, no obs-

tante, ni siquiera aparentó apercibirse de ello, y siguió entregado á su vida disipada.

Luis y su padre rescataron la vida de Evangelina; pero el amor que ésta había profesado á su esposo murió en su corazón, porque era demasiado noble para sentir otra cosa que desprecio hacia el sér degradado al cual había unido su destino.

La condesa se informó con ansia de todo lo concerniente á su familia. Víctor había marchado á París; doña Catalina y Adoración, que ya contaba diez y ocho años, seguían en Aybar con el tío Francisco y la tía Damiana; pero la señora de Sandoval tenía el propósito de pasar á establecerse en Madrid antes de concluirse el invierno, por exigirlo así el porvenir de su hija.

Evangelina escuchó con ansia cuanto concernía á su tía y á sus primos. Al oír pintar al buen don Anselmo la belleza de Adoración, su lánguido rostro se animó con una expresión de dicha, pero rompió á llorar amargamente cuando la dijo que no había podido informar de su suerte á doña Catalina, porque había prohibido que la nombrasen á su sobrina.

—En cambio—añadió el anciano para tranquilizar en lo posible á la condesa—me desquité con Adoración, á la cual escribo largas y frecuentes cartas que sólo hablan de mi querida niña Evangelina.



## III

La condesa de San Telmo permaneció largo rato en la actitud melancólica en que quedó en el sillón mientras nos hemos detenido á explicar, aunque muy someramente, todos los dolores que habían lacerado su corazón desde que dejó su feliz aldea.

Dieron las once en el reloj de San Juan de Dios, y un momento después paró un coche á la puerta del palacio del conde de San Telmo; el portero agitó con fuerza el cordón de una campana, y acto continuo acudió Roberto presuroso á abrir á su señor la puerta de la escalera.

No tardó en oírse la voz melodiosa del conde que cantaba una de sus arietas favoritas; arrojó á su ayuda de cámara el gabán y el sombrero y entró en el gabinete, yendo á tenderse en el diván, sobre el cual comenzó á llevar con los pies el compás de su canción.

Sólo entonces reparó en su esposa que, sumergida de nuevo en sus cavilaciones, había vuelto á su postura triste y doliente.

—¡Hola! ¿Estabas ahí, querida?—dijo Octavio sin mirarla casi.—¿Supongo que ya estarás vestida?

—¡Para qué?—preguntó la condesa algo admirada.

—¡Toma! ¡Ahora salimos con eso!... Para ir conmigo á la embajada de Francia.

—Nada me habías dicho, Octavio.

—¿Cómo no, si ya lo saben *todos mis criados?*...

¡Ah, por vida mía, apuesto que esta noche tienen los bribones un solemne té!

—Aun cuando lo sepan todos tus criados yo no sabía nada hasta ahora—observó dulcemente la condesa.

—¡Bah! Es igual. Tal vez se lo diría yo á Roberto y habré vivido después en la creencia de que te había hablado de ello; pero vamos, no pierdas tiempo y corre á vestirme, porque son las once.

—No tengo nada preparado; como ignoraba...

—¡Dale! Ponte cualquiera vestido; por ejemplo, el de gasa blanco guarnecido de perlas.

El conde se detuvo, y dándose una palmada en la frente, prosiguió con tono duro é irritado:

—¡Ah! No te pongas ese; no me acordaba de que lo llevó Roberto ayer mañana á cierta persona para reintegrarle de 20.000 reales que le debía; y á propósito, tampoco puedes ponerte diamantes, Evangelina; hace poco me he visto en la precisión de llevar al Monte de Piedad el cofrecito de tus joyas para pagar á lord Williams 50.000 reales que me ganó anoche.

La dulce sonrisa de la condesa no desapareció de sus labios al escuchar las palabras de su

marido; no obstante, la idea de que la ruina de éste debía estar muy próxima cuando ya jugaba sus vestidos y sus joyas, traspasó su corazón.

—Entonces —dijo apaciblemente— me pondré el vestido de gasa azul y flores blancas en la cabeza; ¿te parece bien?

—Divinamente... y que pensándolo bien, en la sencillez está el buen gusto; pero anda, date prisa...

—¿No cenas?

—Vengo de hacerlo en casa de Lhardy.

En efecto, el conde y lord Williams acababan de cenarse el resto de los diamantes de Evangelina que quedó en poder del primero después de pagar la deuda que había contraído con el segundo.

Evangelina salió del gabinete y el conde la siguió con una mirada de desprecio.

—¡Es tonta! —dijo á media voz.— Por nada se altera ni nada la hace mal; otra, en su lugar, se hubiera enfurecido... ¡y á mí me hubiera halagado su cólera!... Sí... sí... ¡dichoso el que tiene una mujer que le hace sentir!...

Y el conde se dirigió á su cuarto de vestir, donde ya le esperaba Roberto.

## IV

Media hora después entraba Octavio en el tocador de su esposa, que daba la última mano á su adorno delante de un soberbio espejo de cuerpo entero.

A pesar de la tinta de tristeza difundida por su semblante, Evangelina estaba encantadora. Un vestido de gasa azul de cielo sobre otro de raso blanco, de escote bajo y mangas cortas, hacía resaltar la diáfana blancura de su cara; la segunda falda del vestido estaba recogida con ramos de jazmín y rosas blancas, y otro de las mismas flores, aunque mucho mayor, adornaba su pecho.

Sus cabellos dorados, recogidos en gruesas trenzas, ostentaban por todo adorno una rosa blanca medio oculta entre algunas hojas de verde brillante como la esmeralda.

El conde, al entrar, encendió un cigarro en uno de los candelabros que alumbraban el tocador, y se arrellanó en un sillón; llevaba pantalón y frac negro, chaleco y corbata blanca, y en su azulada camisa de batista lucía una riquísima botonadura de diamantes, que, egoísta, como lo son casi todos los hombres, había librado del juego ó del Monte de Piedad, mientras no había

vacilado en despojar á la condesa de todas sus joyas.

—¿Traigo los diamantes de la señora?—preguntó Paulina, que, ayudada de otra joven, vestía á Evangelina.

—No—contestó ésta, sin poder evitar que su fisonomía se cubriese de una nube de tristeza; no me pongo hoy diamantes.

—Pero debo advertir á la señora que no lleva pendientes todavía—se atrevió á observar Paulina.

Un subido carmin coloreó el rostro pálido de la condesa al pensar en el embarazo en que iba á encontrarse delante de sus doncellas; la noche anterior había dejado los pendientes de esmeraldas que habitualmente llevaba en el cofrecito de nácar donde guardaba sus pedrerías, y habían corrido la propia suerte que todas sus alhajas; durante algunos instantes la infeliz joven dobló la frente y permaneció silenciosa.

Una idea repentina la hizo alzar la cabeza y dió animación á su rostro; tomó entonces una bujía y salió del tocador, dirigiéndose presurosa al cuarto que fué de sus hijos.

Aquel aposento estaba amueblado con sencillez y elegancia; los muebles eran blancos como las colgaduras y la alfombra que cubría el pavimento.

Algunos cuadros, que representaban escenas

de la niñez, adornaban las paredes, y dos papeleras de limonero ocupaban los dos lados del balcón.

Evangelina sacó de su pecho una llavecita dorada y abrió la de la derecha, clavando sus ojos con profunda tristeza en el fondo del cajón.

Había en él vestidos de niño de todas clases y hechuras; un sonajero de marfil, rodeado de cascabeles de plata; un perrito de cartón; un tambor diminuto y algunos otros juguetes infantiles.

La condesa, llorando, apoyó sus labios en aquellos objetos, y luego cerró el cajón y abrió la parte superior de la papelera.

Una gran caja de cartón fué lo primero que se presentó á su vista: Evangelina la abrió y sacó de ella con religioso cuidado tres retratos hechos á lápiz.

Uno de ellos representaba las facciones de doña Catalina; otro las de Adoración, y el tercero las de Víctor.

La pobre Evangelina tuvo todavía para cada uno de ellos un beso y una lágrima; en seguida los colocó respetuosamente á su derecha, y buscó en el fondo de la gran caja de cartón.

Poco á poco fueron saliendo:

Un ramillete de flores secas.

Una cinta de color de rosa que su corderillo había llevado al cuello.

Un acerico hecho por Adoración.

Un bolsillito de seda, regalo de doña Catalina.

El gorrito de encaje zurcido en mil partes que le había comprado Víctor con el producto de su primer cuadro.

Tres rizos de pelo, uno castaño claro y dos negros que Evangelina había cortado de las cabezas de doña Catalina, Adoración y Víctor.

Y, por último, un pequeño estuche de piel de zapa.

La condesa lloró largo rato sobre aquellos objetos, que la traían á la memoria la época más dichosa de su vida, y después abrió el estuche.

Contenía éste unos pendientes de oro muy sencillos, pero sumamente lindos y adornados de algunas diminutas turquesas, y un brazalete que figuraba una estrecha cinta de oro, enriquecido también con algunas turquesas del tamaño de las otras; mas las del brazalete estaban colocadas de modo que formaban las dos iniciales de su nombre y apellido.

Estas modestas, pero elegantísimas alhajas, le habían sido regaladas por su prima un día de su cumpleaños, y Evangelina, que desde que era desgraciada amaba con pasión cuanto la recordaba á la familia que había abandonado, las guardó en la caja de sus recuerdos, en ese santuario que tiene la mujer y que oculta con cuidado á la vista de todos.

Nada dará mejor una idea de lo caras que eran para la condesa de San Telmo las memorias de su familia que el saber que las confundía con los objetos que le recordaban á sus hijos y que las guardaba en el mismo sitio.

—¡Oh!—murmuró enjugándose el llanto que bañaba sus ojos.—¡Oh, gracias, Adoración! Aun desde tan lejos amparas á esta desdichada que tanto amabas y que quizá todavía conservas con enternecimiento en tu memoria. ¡Plugiuese al cielo, ¡oh mi amada niña!, que jamás me hubiese separado de ti.

La condesa, al formular este pensamiento, quería engañarse á sí propia acerca de otro que bullía desde algún tiempo en el fondo de su alma.

Más de una vez, en el silencio de sus solitarios días, había recordado con intensa amargura el noble, inmenso y desinteresado amor de su primo, que había enmudecido, sin embargo, al saber que ella amaba á otro, y que jamás se había permitido la más leve reconvencción.

Más de una vez, al sentir la cruel indiferencia de su esposo, había comparado la suerte que sufría con la dicha que podía haber disfrutado uniéndose con eternos lazos al generoso Víctor, y la pobre Evangelina, por una de esas incomprensibles anomalías del corazón humano, había sentido desarrollarse en su alma, al paso que

era más desgraciada, un tierno cariño por el compañero de su infancia.

Por eso aquella noche, al poner en la caja el gorrito de encaje que Víctor la regaló cuando era niña, le besó más apasionadamente que á todos los demás objetos que fué colocando sucesivamente. En seguida tomó el estuche que encerraba sus únicas alhajas, y volvió á su tocador, donde ya se impacientaba Octavio.

—Retírate, Paulina—dijo al entrar á la camarera;—yo misma me pondré las joyas que he resuelto llevar esta noche.

La joven, con el instinto de admirable delicadeza innato en ella, no quería que las manos mercenarias de una criada tocasen aquellos objetos que le eran tan sagrados.

## V

Evangelina se puso los pendientes delante del espejo y abrochó en su brazo izquierdo el brazalete, procediendo acto continuo á ponerse los guantes blancos, largos hasta medio brazo y abrochados con botones de filigrana de oro, mientras que Ana, la camarera compañera de Paulina, perfumaba su pañuelo de batista, guarnecido de un riquísimo encaje de Valenciennes.

En aquel momento se oyó la campanilla del portero que anunciaba una visita, y un instante

después apareció Paulina con un enorme ramillete de camelias y violetas de Parma.

—Un lacayo con una librea que no conozco—dijo—acaba de traer estas flores para la señora condesa, y en el gabinete azul espera don Anselmo González.

—Este presente no debe ser para mí—dijo Evangelina admirada;—devuélvele al lacayo que lo ha traído, Paulina, y dile que sin duda se ha equivocado.

—El portador se ha marchado ya, señora—contestó la doncella.

Entre tanto, Octavio, que había tomado el ramillete, se ocupaba en examinar una pequeña tarjeta que estaba sujeta á la magnífica cinta con que venía atado.

—Espera, espera, querida—dijo á la condesa, que pisaba el umbral para ir á buscar á don Anselmo;—deja por un instante á ese viejo posmo, y mira aquí el nombre de la persona que te envía este precioso ramillete; es, continuó leyendo la tarjeta, *lord Williams*.

—Aun debo aceptarlo menos ahora que sé de dónde proviene—repuso la condesa con desprecio.

—¡Qué disparate!... Pues qué, ¿se desdeñan así como se quiera, en el mes de Enero, las camelias blancas y las violetas de Parma? Tu ramo va á dar golpe en la embajada.

—Difícil lo veo—contestó Evangelina—porque no pienso llevarle; tú sabes mejor que nadie las razones que tengo para negarme á ello.

—¡Soberbias razones á fe mía!—exclamó el conde soltando una ruidosa carcajada.—¡Hacer un feo semejante á lord Williams porque te dirige alguna galantería! Por otra parte, ¡hay nada más razonable que el que te encuentre hermosa!

—Te aseguro, Octavio—murmuró Evangelina encarnada como una cereza—que no llevaré ese ramillete; no quiero alentar las esperanzas de ese hombre.

Al pronunciar estas últimas palabras salió la joven del tocador, enjugándose las lagrimas abrasadoras que el orgullo ofendido había hecho brotar de sus párpados.

Octavio la siguió con el semblante trastornado por la cólera, y ambos entraron á un mismo tiempo en el suntuoso gabinete ya descrito, en el cual estaba todavía de pie don Anselmo.

El conde le miró con torvos ojos; era la primera vez de su vida que se había dejado contradecir y que un sér se rebelaba contra sus deseos, y justamente este sér era la persona de quien menos lo aguardaba, porque la buena, la paciente Evangelina carecía para su esposo hasta de voluntad.

Por una de esas obcecaciones tan comunes en los caracteres iracundos, pensó que la resisten-

cia de la condesa nacía de que, avisada de la presencia de don Anselmo, esperaba encontrar amparo en el anciano.

Octavio, aunque sabía muy bien que lord Williams rodeaba á Evangelina de una persecución continua, aparentaba ignorarlo ó no creerlo porque así convenía á sus miras.

Al entrar en el gabinete lanzó, como hemos dicho, una iracunda mirada al anciano.

—El traje con que nos ve usted—le dijo después con voz destemplada—debe darle á conocer, caballero, que apreciaremos la brevedad de su visita.

Por más falta de mundo que fuera don Anselmo no pudo menos de mirar con asombro al conde, preguntándose si era cierto que el amigo de su hijo le arrojaba de su casa; pero cuando la burlona expresión del semblante de aquél le hizo comprender la verdad, se irguió á su vez frío, recto y severo.

—Si me he incomodado, señor conde—dijo—en venir aquí á una hora tan intempestiva, ha sido para avisar á usted que mañana al medio día va á embargar á usted la justicia esta casa y cuanto encierra para pagar á sus innumerables acreedores. Ahora, quede usted con Dios.

Don Anselmo besó en la frente á Evangelina, que se había dejado caer en un sillón llorando amargamente, y desapareció grave y silencioso.

El conde le siguió con una mirada de asombro; cuando le hubo perdido de vista, cruzó la estancia á grandes pasos; luego salió presuroso, corrió al tocador de Evangelina, tomó el ramo y volvió al gabinete, tirando con fuerza del cordón de la campanilla.

—La berlina azul—dijo á Roberto, que se presentó.

Volviéndose después á la condesa:

—¡Toma estas flores y sígueme!—la dijo asiéndola de un brazo y echando chispas por los ojos.—Al salir del baile—añadió con voz trémula—he de pedir á lord Williams el dinero que necesito para pagar mis deudas... De ti depende que ese hombre me lo dé; pero si por una imprudencia tuya me lo negase, te juro, Evangelina, que estas flores adornarán tu sepultura.

Estas bárbaras palabras resonaron como un eco fúnebre en el corazón de don Anselmo, que se había quedado en la antecámara hablando con Roberto.

## VI

La embajada de Francia, suntuosamente iluminada, dejaba escapar á través de las vidrieras de los balcones ecos melodiosos y ráfagas de luz.

Una larga fila de coches, situada delante de

la puerta, daba á conocer el gran número de personas que guardaban en sus ámbitos los espléndidos salones.

Confundíanse allí desde el blasonado carruaje guiado por el colosal cochero inglés con su correspondiente cazador cubierto de oro, hasta la carretela de alquiler, cuyo auriga envolvía su cuerpo en el grosero capote oscuro y sus manos en el sucio guante de algodón.

No era esto extraño, porque la embajada de Francia reunía aquella noche á todas las notabilidades aristocráticas, políticas, financieras, artísticas y literarias, y ya se sabe que desgraciadamente las dos últimas no suelen tener nunca el dinero tan de sobra que les sea dado sostener un carruaje.

La llegada de la berlina del conde de San Telmo produjo cierto movimiento en los cocheros de la aristocracia, que, desdeñándose hasta de dar las buenas noches á los groseros guías de los carruajes de alquiler, se habían reunido en un ángulo de la calle y sostenían una conversación muy animada.

La berlina paró enfrente del palacio; el brillante cazador saltó al suelo y, quitándose su sombrero galoneado de oro y adornado de un plumero blanco, que hubiera hecho honor á un capitán general, fué á abrir la portezuela, mientras que el señor Harlow, obeso cochero escocés

que ostentaba un pelueón empolvado y un vestido cuajado de oro, permaneció inmóvil en su sitio, ni más ni menos que los dos volantes que ocupaban la trasera.

No bien el cazador hubo abierto la portezuela se apeó Octavio y alargó la mano á la condesa con la misma cariñosa galantería que si fuera su más apasionado amante.

Evangelina estaba pálida en extremo; sólo entonces, desde la salida de su casa, había levantado la cabeza, que dobló sobre el pecho al sentarse en el carruaje. Sus ojos, asombrados, miraban sin ver, y en la mano tenía como maquinalmente el hermoso ramillete consabido.

—Ya está aquí el conde de San Telmo—dijo uno de los cocheros aristócratas;—reparad en la condesa y veréis qué divina es.

—¡En verdad que es muy bella!

—Pero dicen que es tal su manía de dar limosnas, que se priva hasta de vestir con decencia.

—Pues muchas obras de caridad debe hacer—dijo otro—porque el conde es inmensamente rico.

—He aquí una manía—añadió un tercero—que me hubiera enternecido profundamente hace dos años al venir de mi pueblo; pero en el día me hace reír. Madrid tiene la virtud de aparentar...

—Esa buena señora viste siempre con una sencillez que ya raya en pobreza.

—Por eso afirman Harlow y Roberto que el conde no es muy dichoso con ella; siempre se niega á salir con él, y si alguna vez no puede evadirse de hacerlo va tan modestamente ataviada, que... Ya se ve, se ha criado en una aldea y nunca podrá llegar á tener los hábitos de una dama del gran mundo.

—Sin embargo, es muy bella.

—Y tiene un aire muy distinguido.

—¡Ea, ya entraron!—exclamó cortando las alabanzas de los lacayos uno de tantos.—Voy á llamar á Antonio... ¡eh... chist!... ¡Antonio!

El cazador se aproximó al grupo.

—Buenas noches, Antonio—dijeron en coro todos los que lo componían.

—¡Hola, me alegró de veros!—dijo el cazador.—¿Quién de vosotros quiere venir á tomar el té á mi casa?

—¡Cómo! ¿Das té en tu casa?

—En la de mis amos.

—¡Yo, yo, yo!—gritaron casi todos.

—Pues á la una os espero; creo que hasta las cuatro lo menos no tendréis que volver á buscar á los señores, porque esa es la orden que tengo yo; las muchachas de casa me encargaron que llevase á algunos amigos para animar la reunión, y si venís vamos á pasar un buen rato.



—Pues hasta luego—dijeron los convidados separándose.

Después se acomodaron en sus coches para conducirlos á sus respectivas casas y asistir al convite á la hora convenida.

Entre tanto el conde y la condesa de San Telmo habian entrado en el salón.

La pobre Evangelina se creia presa de un sueño horrible; aquella multitud de luces desvanecía su vista, y su combatida inteligencia no podía comprender el doloroso contraste que formaba aquel fausto y alegría, aquellos rostros radiantes de placer con las bárbaras palabras que su marido había pronunciado al salir de casa y que todavía zumbaban en sus oídos.

Contestó maquinalmente al afectuoso cumplido que la dirigió la embajadora y se dejó llevar por ella á un asiento inmediato al suyo.

Un instante después rodeó á entrambas una turba de jóvenes aristócratas y perfumados, atraídos por la hermosura de Evangelina, realzada admirablemente por la sencillez de su traje.

La joven no respondía apenas á las galanterías con que la agobiaban; tenía sus ojos fijos en el ramo fatal, que, según había oído, debía servir para *adornar su sepultura*, y la absorbían tanto estas palabras, que nada percibía de cuanto la rodeaba.

De repente llegó á sus oídos la voz de lord

Williams, que se había acercado al grupo y que la invitaba para un wals que preludiaba ya la orquesta.

La desgraciada joven fijó en él sus ojos extraviados de terror, y ya iba á contestar negativamente, cuando su mirada se encontró con la de su esposo, que estaba recostado contra la puerta y al parecer hablando con el embajador de Francia, pero en realidad fijando en ella sus iracundos ojos.

Desesperada, vacilante, tendió su vista por el salón como para buscar socorro; mas sus pupilas se dilataron y su boca entreabierta no pudo contener un grito de sorpresa y de alegría; inmóvil al otro lado de la puerta estaba su primo Víctor de Sandoval.

Vestía de negro, y en los ojales de su frac se veían dos ó tres cintas, que significaban otras tantas condecoraciones extranjeras; sus bellas facciones tenían impreso un tinte de dolorosa tristeza, y sus rasgados ojos negros, fijos en la condesa, expresaban una ternura infinita.

Los brillantes acordes de la música ahogaron el grito de Evangelina, de tal modo, que ni aun la embajadora se apercibió de él; creyendo ésta que la condesa iba á bailar con lord Williams se levantó para ir á recibir á otras señoras que aparecían en el salón.

Lord Williams era un joven de treinta años,

de elevada estatura, cabellos dorados y ojos azules; sus enormes patillas rubias, sus delicadas facciones y su imperturbable gravedad británica le hacían pasar por una de las más notables figuras de la aristocracia; cuando salió de la nebulosa Albión era tímido como una colegiala; pero seis años de estancia en la corte de España le habían hecho tan atrevido como el que más, lo cual no es de extrañar si advertimos que se había encargado de su primera educación amorosa una viudita andaluza, en cuyos negros y picarescos ojos se dejó prender el incauto adolescente, el cual echó de menos en su gabeta unas mil libras esterlinas que la hija espiritual del Mediodía le había gastado en tres meses.

Cuando lord Williams vió alejarse á la embajadora se aproximó á Evangelina, lanzándola, como introito á sus primeras palabras, una mirada atrevida.

—¡Cuán bella está usted esta noche, querida condesa!—exclamó, dando á su voz nasal la más tierna entonación que le fué posible.

Sorprendida la joven de aquella osada franqueza, sintió que sus mejillas se cubrían del carmín de la vergüenza; jamás había visto á lord Williams más que en alguna reunión.

—¡Caballero!...—murmuró.

—No sabe usted, señora, cuán feliz me ha hecho dignándose traer mi ramillete! Su con-

descendencia me hace concebir mil risueñas esperanzas.

La voz de lord Williams vibraba dulcemente; quizá sentía por Evangelina un amor que no había sentido jamás.

Pero la condesa levantó la frente y clavó en él una mirada tan severa que le hizo bajar la suya.

—Desista usted de sus locos devaneos—dijo con voz trémula de indignación y sin acordarse de las amenazas del conde;—por mi parte le ruego que nunca vuelva á dirigirme la palabra.

—¡Ja! ¡ja! ¡ja!...—exclamó lord Williams con una carcajada que tenía mucho de amarga.—¿Y ha traído usted mi ramillete para eso?...

La condesa, poseída del más hondo despecho, arrojó al suelo aquellas flores que la abrasaban las manos, llamando de este modo la atención de cuantos estaban cerca de ella.

—No puedo decir á usted el motivo que me ha obligado á aceptarle—contestó volviendo á otro lado la cabeza para ocultar sus lágrimas, que no obstante vió perfectamente lord Williams.

Aquel llanto conmovió profundamente el corazón del calavera; recordó entonces cuanto el conde San Telmo le había dicho acerca de la súbita pasión que su mujer había concebido por él, y comprendió la virtud de Evangelina y la

cínica abyección del hombre al cual había unido su suerte.

—Permitame que la haga una pregunta: tal vez será la última, señora—dijo lord Williams á la condesa con tanto respeto como grande había sido antes su insolencia.—¿Ha exigido el conde que trajera usted al baile esas flores?

—Nada me pregunte usted, caballero—repuso la condesa, que no sabía contener el llanto—porque á nada puedo contestarle.

—La condesa se ha indispuerto—dijo lord Williams á la embajadora, que volvía á ocupar su asiento.

—Venga usted á mi cuarto, mi querida Evangelina—dijo ésta presentándola el brazo—quizás aquellas flores que tenía en la mano la habrán trastornado.

—Por eso las arrojó sin duda—se apresuró á observar lord Williams, midiendo al conde, que se acercaba, con una mirada de desprecio.

—Solicito el permiso de usted para retirarnos, señora—dijo Octavio.—Evangelina tiene tan mala salud, que tiemblo por ella. ¿Viene usted, Williams?—preguntó al lord.—Le ofrezco un asiento en mi carruaje.

—¿Olvida usted, señor conde—contestó Williams—que su carruaje no habrá vuelto todavía?

—¡Es verdad!—exclamó algo confuso el conde.

—Pero no se apure usted por eso—dijo el lord;—disponga de mi coche *entero*, porque yo no quiero ni debo acompañar á usted.

Al acabar de pronunciar estas palabras, saludó á Evangelina respetuosamente, y sin tomar la mano que le alargaba el conde, se confundió entre la muchedumbre del salón.

## VII

Quando los condes de San Telmo llegaron á su palacio serían apenas las dos de la madrugada, y, por consiguiente, la hora en que el té con que se obsequiaban los criados se hallaba en su mayor animación.

Sentados alrededor de la elegante mesa que ocupaba el centro del comedor estaban una rolliza francesa, ama de llaves; Paulina, Ana, Roberto, Antonio el cazador, el cochero Harlow, Andrés y otros cuatro ó seis lacayos de aquellos cuyos señores se encontraban en la embajada; también formaban parte de la alegre reunión tres camareras de otras tantas señoras, y la doncella del cuarto segundo de la casa, las cuales habían sido convidadas de antemano.

Los chineros estaban abiertos y en un completo desorden las vajillas que contenían; aquello era un verdadero y espléndido *buffet*, porque además del té y del café servido en elegantes

tazas de porcelana del Japón veíase cubierta la mesa de dulces, compotas, helados, fiambres, excelentes mariscos y abundantes vinos generosos.

Las muchachas se habían ataviado como para asistir á una boda; aunque, á decir verdad, algunas, al engalanarse, pensaban sacar de la fiesta, si no un marido, al menos un aspirante, lo cual no es un grano de anís en estos tiempos.

Ana y Paulina llevaban trajes de seda verde malva, con volantes, mangas y cuellos de encaje, y lazos de cinta en la cabeza, que tocaban á sus reducidas cinturas.

La gruesa ama de llaves tenía puesto un vestido de gro negro, una manteleta de terciopelo violeta y una enorme cofia llena de flores y cintas.

Las convidadas no estaban menos elegantes: una de ellas, morena, de ojos y cabellos negros, vestía un lindísimo traje blanco guarnecido de exquisitos encajes, que probablemente se había lucido ya en algún baile del Palacio Real, y que había sido descolgado del guardarropa de su legítima poseedora para acicalarse con él la coqueta doncella.

Los hombres llevaban generalmente frac negro y pantalón del mismo color, menos Harlow y los demás cocheros que tenían que volver á cumplir su obligación.

—Pues señor, lo dicho—exclamaba Andrés al mismo tiempo que el carruaje de sus amos entraba en la calle de Atocha;—si es cierto lo que Roberto acaba de contarnos, me largo de esta casa al amanecer; no quiero tener nada que ver con la justicia.

—Y tan cierto—contestó el ayuda de cámara y confidente del conde—como que lo sé por mi primo el alguacil; hoy, á las doce del día, se embarga por la justicia esta casa. Yo esperaré hasta el último momento para despedirme, porque ¡qué diantre! el amo me da lástima; cuando pienso en que una parte no pequeña de su fortuna ha pasado á nuestros bolsillos, la verdad, me estremezo, y...

—¡Vaya una salida!—dijo Paulina amostazada y haciendo un gesto de desdén;—¿acaso te ha venido muy de sobra? ¿No tenías que reunir algo para casarnos y hacerme un elegante traje de boda? Y á propósito, mira que no me contento con menos que con uno de brocatel y una mantilla de encaje.

—Y luego—añadió Ana—como ahora tiene que echarse á buscar donde servir, mientras le sale una casa de su gusto puede conseguir Roberto, con una parte del dinero que ha reunido, un destino decente y guardar el resto para ponerlo en el Monte de Piedad.

—Tienen razón las muchachas—gritó Andrés

que estaba un poco más alegre que de costumbre;—la caridad bien entendida debe empezar por uno mismo; yo así pienso, y por eso he guardado cuanto he podido.

—¡Bien dicho!—exclamó Harlow llenando su copa de Champagne.—¡Brindo por la moral de Andrés!

—¡A la propagación de la moral de Andrés!—gritó en coro la reunión, apurando las copas.

—¡Ea, esta noche, que es la última que costea el conde, pasémosla lo mejor posible!

—¡Sí, sí, viva la alegría!

En aquel momento la campanilla del portero, que hacía media hora que se agitaba con furia, fué sacudida tan violentamente, que llegó, aunque algo confusa, á oídos de los convidados.

—Me parece que llama Lázaro—dijo Ana.

—¡Quién ha de venir á estas horas!—repuso Roberto.—¡Vaya, brindemos y bebamos!

Siguieron los gritos, los brindis y las exclamaciones, en tanto que el conde subía la escalera y llamaba violentamente á la puerta principal.

Al oír aquel ruido todos los convidados se levantaron como movidos por un resorte. Roberto corrió á abrir y Octavio entró pálido y con el semblante contraído.

—Di á Paulina y á Ana que bajen á buscar á la señora, que está en el coche desmayada—dijo, encerrándose en su cuarto.

Las dos jóvenes se precipitaron á los pocos instantes á la escalera y sacaron de la berlina á la condesa, que yacía privada de sentido.

La pobre Evangelina, al verse sola con su marido, fué presa de tan grande terror, que perdió el conocimiento.

Ana y Paulina la colocaron en su lecho y empezaron á hacerle aspirar sales para que volviese de su desmayo.

El conde se paseaba por su cuarto como un tigre enjaulado, murmurando palabras incoherentes; poco después cayó sentado y apoyó la frente en sus dos manos.

Extraño contraste formaba la suntuosidad de aquel magnífico aposento con la sombría desesperación de la persona que lo ocupaba; aquel hombre, vestido con un traje de baile, parecía presa de todos los tormentos del infierno.

Cuatro horas permaneció allí; cuando la primera luz del alba penetró en la habitación, amortiguando la de las bujías, un terrible estremecimiento recorrió todo su cuerpo; sin duda vió lucir entonces el día de la vergüenza, de la miseria, de la prisión tal vez, y lanzándose sobre su mesa de escritorio abrió uno de sus cajones con mano trémula y sacó de él una caja de pistolas.

Tomó una de ellas, la cargó con admirable tranquilidad, y paulatinamente desaparecieron

de su semblante las huellas de la desesperación, sustituyéndolas un tinte de brutal indiferencia. En seguida aplicó la boca del cañón á la sien y disparó...

Una nube de humo siguió á la detonación...

El desdichado Octavio dobló la cabeza sobre la mesa y sus ojos se cerraron para siempre.

En el instante mismo en que se oyó la terrible detonación, una mujer se escapaba, corriendo desatinada, del cuarto de la condesa; era la misma Evangelina, que oyó la explosión en el momento de salir las doncellas, dejándola, al parecer, dormida, para determinar en compañía de los demás criados cuándo debían abandonar la casa.

Su imaginación se iluminó con un rayo de horrible luz, y la espantosa verdad vino ante sus ojos de repente; pero extraviada su cabeza por tantas emociones, no tuvo más pensamiento que huir de aquella casa que acababa de ser teatro de tan sangrienta catástrofe.

Abrió la puerta de la escalera y se lanzó llena de espanto á la calle, vestida aún con el traje de baile.

Al mismo tiempo entraba en el ancho patio un hombre que se detuvo asombrado al ver á la condesa, que prosiguió su carrera, salvando la puerta de Atocha, que acababan de abrir.

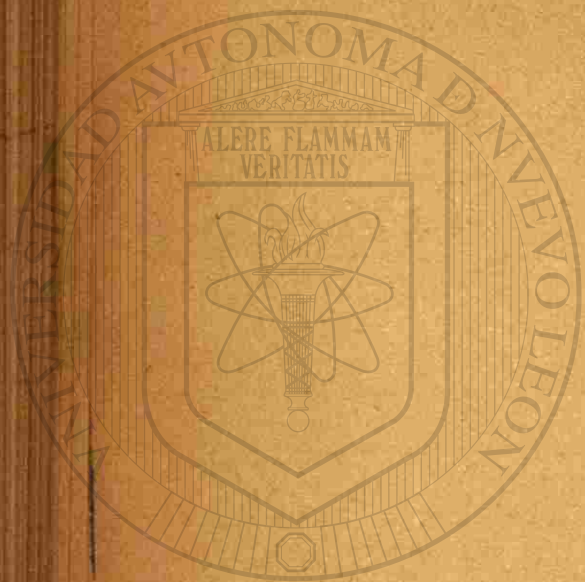
—¡Evangelina, Evangelina!—gritó entonces á sus espaldas la voz de don Anselmo, que la iba siguiendo penosamente y que casi la perdía ya de vista.

La desdichada se paró un momento; volvió hacia atrás sus extraviados ojos, y al ver á un hombre que la tendía sus brazos, le creyó un agente de justicia y emprendió de nuevo su desesperada fuga.

Ya hacía algunos instantes que corría al azar, y sus fuerzas la iban abandonando.

De repente se interpuso en su camino el canal. La condesa clavó su mirada con una expresión de reconocimiento infinita en sus aguas, y después de murmurar una corta oración se precipitó en ellas.

Gimieron las turbias ondas al recoger en su seno el cuerpo de Evangelina y siguióse después el terrible silencio de la muerte.



## PARTE TERCERA

### *El martirio.*

La muerte es un bien inmenso para los que constantemente gimen bajo el terrible peso de la desgracia.

JOSÉ MARCO. — (*Cartas à la autora.*)

### I

Como un mes después de los funestos acontecimientos que acabamos de referir, dos personas muy interesantes en nuestra historia se encontraban en un modesto pero lindo gabinete de un cuarto segundo situado en la calle del Ave-  
maría.

Eran doña Catalina y su hija Adoración, convertida en una preciosa y esbelta joven.

La habitación estaba vestida de un papel de color de lila claro con grandes arabescos blancos; una sillería de tapicería de los mismos colores, una consola de limonero y un bonito espejo dorado componían su mueblaje; delante del balcón caían cortinas de muselina blanca, y una

ancha copa de bronce, llena de fuego, daba, á falta de chimenea, calor á la habitación.

Eran las dos de la tarde, y el sol vivificante de Febrero parecía reanimar la naturaleza enlutada el mes anterior.

Doña Catalina, sentada junto al balcón, hacia calceta; su fisonomía se conservaba hermosa y simpática, pero un tanto grave; no se notaba en ella otra diferencia que la de llevar unos preciosos y ligeros anteojos de oro.

La pobre señora había llorado tanto la ingratitud de su sobrina, que su vista se había debilitado hasta el punto de tener que renunciar á todas las labores de aguja, y aun á la calceta, sin el auxilio de sus gafas.

Llevaba un vestido oscuro, un pañolón oscuro también, aunque de mucho gusto, y una cofia de batista bordada primorosamente por Adoración.

Esta ocupaba una banqueta frente á su madre; su estatura mediana estaba, sin embargo, llena de gentileza y gracia; su talle elástico y flexible adquiría mayor belleza en sus contornos por el admirable corte de su vestido de lanilla de color de avellana; llevaba cuello y mangas lisos, pero de azulada y deslumbradora blancura; sus abundantes y rizados cabellos castaños se recogían en sus sienes en dos gruesas y apretadas trenzas, é iban á confundirse con el ele-

gante lazo formado detrás de su cabeza por otra trenza muy espesa.

En todo su traje, en todo su tocado, tan gracioso y distinguido, no había ni un lazo, ni un adorno, ni siquiera un alfiler.

Su rostro fresco y encantador formaba un óvalo prolongado que coronaba su frente, un tanto estrecha por la abundancia del cabello que brotaba en ella; su tez, al perder el satinado de la infancia, había tomado un tinte más moreno, pero no menos seductor, por estar animado de un puro y dulce sonrosado; sus ojos azules, aunque siempre grandes, parecían haber crecido, y era admirable la riqueza de sus oscuras cejas y pestañas; nada más hechicero y suave que su pequeña y encarnada boca, su nariz recta y delicada y sus blancas y afiladas manos, un tanto largas; sus piececillos, calzados con botitas de casimir negro, hubieran dado envidia á una duquesa.

Acostada en un almohadón bordado, colocado junto á la copa, dormía Camelia, la perrita de lanas, compañera inseparable de Adoración.

Ocupábase á la sazón la joven en una labor de *crochet*, pues la señorita de Sandoval, aunque artista de genio é inspiración, y célebre ya en la pintura, no ignoraba ninguna de las labores propias de su sexo; sus vestidos y los de su madre estaban confeccionados por sus manos, así como



los abrigos y adornos, excepto los sombreros, que los traía Victor de París aprovechando los frecuentes viajes que hacía á la capital de Francia.

A su turbulenta vivacidad de niña había sustituido una dulce gravedad; la mirada de sus hermosos ojos, brillante siempre, era ahora pensativa y hasta algo melancólica; y aunque, como en otro tiempo, por el menor accidente soltaba una franca carcajada, se veían temblar muy á menudo gruesas lágrimas en la riquísima franja de sus pestañas.

Desde el abandono de Evangelina, de su única y querida amiga de la infancia, las travesuras de Adoración desaparecieron por completo; en aquel corazón tierno y sensible abrió este doloroso acontecimiento una herida tan profunda que no debía cerrarse jamás.

El sueño huyó de sus ojos; no podía ni aun sentarse á la mesa, porque el sitio vacío de Evangelina la arrancaba amargos sollozos, y ni los ruegos ni las caricias de su madre y de su hermano lograban que consintiese en tomar alimento; borróse el color de sus mejillas, hundiéronse sus ojos, y por fin una fiebre activa encendió su sangre, postrándola en el lecho, donde permaneció tres meses casi sin esperanzas de vida.

Cuando se levantó estaba enteramente cam-

biada; comprendiendo que debía llenar en lo posible, cerca de su affigida madre y de su desolado hermano, el inmenso vacío que dejaba Evangelina, se aplicó con extraordinario esmero á desempeñar las ocupaciones que corrían á cargo de aquélla.

Negligente Adoración y un tanto holgazana, cuando descuidaba en la asiduidad de Evangelina, se levantaba con el alba, arreglaba para todo el día el gobierno de la casa, daba á la tía Damiana las viandas, y llenaba, en fin, todas las obligaciones precisas en una familia que vive con orden; luego ayudaba á hacer la limpieza, peinaba á su madre, y después de media hora de tocador, empleada en su aseo, tomaba la aguja y trabajaba sin descanso en la costura hasta que llegaba el momento de consagrarse al dibujo.

Mas por una consecuencia de su carácter afectuoso y apasionado iba á encerrarse todos los días durante algunos instantes en la habitación que había ocupado Evangelina, y cuya llave guardaba con cuidado; todo se hallaba en el mismo estado que ella lo dejó; el piano abierto, la bata blanca que se había quitado en el respaldo de una silla, y delante del crucifijo de yeso los dos vasos llenos de flores marchitas.

La pobre niña lloraba allí durante largo rato, y luego, arrodillándose junto al crucifijo, rezaba

fervorosamente por la felicidad de Evangelina.

Así transcurrieron tres años y medio; cuando doña Catalina la anunció que iban á pasar aquel invierno á Madrid, sintió Adoración una indecible alegría.

—¡Quizás—pensaba—podré aún encontrar á Evangelina! Mas cuando hizo partícipe á su madre de este pensamiento su irritación la llenó de desconsuelo; en el recto juicio, en la severa virtud de la señora de Sandoval, la ingratitud era la más grande de todas las culpas, y, pasado el primero y más fuerte acceso de su dolor, el nombre de su sobrina únicamente la producía la cólera más profunda.

No obstante, Adoración comunicó todas sus esperanzas á su hermano, que la abrazó tiernamente y convino con ella lo que debían hacer.

Víctor se encargó de buscar á Evangelina y averiguar secretamente si era feliz; si efectivamente lo era, se resignaría á no ver á la condesa de San Telmo, que no tenía necesidad de saber ni siquiera que sus primos vivían en Madrid, porque la existencia de la clase media es enteramente desconocida de la aristocracia; si, por desgracia, sufría, entonces Adoración iría á verla con su hermano sin que su madre lo supiera, para consolarla y prodigarla todo su cariño.

No se crea por esto que Víctor, arrastrado por el amor que ardía en su corazón, quería

hacer faltar á Evangelina á sus deberes de esposa; el noble joven estaba bien decidido á sepultar su pasión en lo más hondo de su alma y á ser para la condesa un hermano en toda la santa acepción de esta palabra.

Pero en vano trató de descubrir la huella de algún pesar en la existencia de Evangelina; encontrábala alguna vez en medio de las fiestas del gran mundo, pero huía de su vista, y espía-ba, sin que ella lo notase, hasta sus menores movimientos. Engañado por el noble orgullo de la condesa, la creyó, como todos, muy dichosa con su suerte, y dejó de verla, porque renunció á los placeres que sólo por ella frecuentaba.

En vano también interrogó á Luis, su antiguo amigo, para penetrar algo de la vida privada de la condesa. Temeroso éste de que la pasión de Víctor abriese una nueva herida en el alma de Evangelina, aseguró á su amigo con firmeza que era muy dichosa y que vivía rodeada de toda la ternura de su marido, guardando para la desgraciada condesa el más inviolable secreto acerca de la venida de su familia á la corte.

No obstante, el joven doctor sufría con las continuas preguntas de Adoración, á la cual amaba apasionadamente desde la vez primera que la vió, y de la cual era tiernamente correspondido; su matrimonio, que colmaba todos los

deseos de doña Catalina y don Anselmo, estaba ya decidido y fijado para un plazo muy próximo.

Víctor, que había ya perdido la esperanza de acercarse á su prima, salió para París, y á su vuelta fué cuando encontró á Evangelina en el baile de la embajada de Francia, adonde no pudo excusarse de concurrir.

Allí se apercibió de que no era tan dichosa como se lo habían pintado; la vió arrojar el ramillete, llorar y cambiar de color, llegando un instante, al final de la terrible escena de que fué testigo mudo, en que la creyó próxima á desmayarse.

Ya sabemos que la condesa vió también entonces por la vez primera á su primo después de cuatro años.

Víctor se decidió á ir á visitarla con su hermana al siguiente día; pero cuando se disponía á participar á ésta su designio, apareció en su cuarto don Anselmo, que se dejó caer en una silla llorando como un niño.

A las ansiosas preguntas de Víctor contestó el anciano con la relación de la espantosa catástrofe que, según él, había puesto fin á la vida de la infeliz Evangelina.

El desventurado joven ocultó su dolor en lo más íntimo de su alma, y aquel mismo día partió de nuevo para París, sin participar ni á su madre ni á su hermana una desgracia que hu-

biera agobiado el corazón de la primera con el peso de tardios remordimientos y que hubiera sumido á la segunda en una profunda aflicción.

En el momento en que presentamos á doña Catalina y á su hija á nuestros lectores hacía tres horas que había partido Víctor; la pobre anciana, entristecida, como siempre que su hijo se separaba de ella, guardaba silencio, y Adoración la imitaba, contentándose con mirarla de vez en cuando é idear en su mente el medio de distraerla de su tristeza.

—Mamá—dijo de repente—¿quieres que vayamos á dar un paseo? ¡Está la tarde tan hermosa!

Al oír la palabra *paseo* enderezó Camelia las orejas y se sentó sobre sus patitas traseras, observando atentamente á sus señoras.

—Hija mía, no tengo humor de vestirme—contestó doña Catalina, alzando sus ojos, en los cuales brilló una lágrima.

—Pues mira, no te vistas y nos iremos por donde no haya gente; por la puerta de Atocha, ¿quieres?

—¡Me entristecen tanto los viajes de tu hermano, y más desde que veo que no hay una necesidad de que los haga!... Tus pinceles, hija mía, nos dan más de lo necesario.

—Eso prueba, mamá, que Víctor hace esos

viajes por divertirse, y, por lo tanto, es menester dejarle.

—No lo creas; sus viajes no tienen otro objeto que apartar de nuestros ojos la melancolía que le devora hace cuatro años.

Suspiró Adoración y sus párpados se bañaron de lágrimas al oír estas palabras; pero por un afecto de su abnegación filial se acercó á su madre, se arrodilló á sus pies y ciñó su cuello con sus brazos.

—Mamá—dijo—tú te cuidas demasiado de Víctor y nada de mí; apuesto á que no has advertido que no como casi hace dos días; ¿no quieres pasear por mi salud?

—Sí, hija mía, si; vamos cuando quieras.

Adoración salió de la estancia cantando y brincando de alegría, y un instante después volvió con una mantilla de casco de *moaré* guarnecida de blondas, que arregló sobre la cabeza y los hombros de su madre, después de quitarla la calceta de las manos; luego la dió el manguito, ordenó los pliegues de su pañolón y se puso ante el espejo una manteleta de merino negro de elegante hechura y un sombrero de terciopelo verde sin otro adorno que un velito negro.

Camelia iba saltando delante de ella, luciendo ya su collar de cascabeles.

—Francisca, si viene el señorito Luis, que nos

espere—dijo Adoración á una criada joven y aseada que abrió la puerta.

Y presentando el brazo á su madre bajaron ambas la escalera, precedidas de Camelia, que ladraba y corría sin cesar, dando inequívocas muestras de una alegría indescriptible.

## II

—Yo quisiera, mi querida Adoración, acortar el plazo de nuestro enlace—decía aquella misma noche el joven doctor á su linda prometida, con la cual hablaba á media voz, mientras que doña Catalina y don Antonio jugaban al tresillo;—en verdad, creo una cosa bastante rara el que estamos esperando por si la bordadora no ha concluido todavía tus peinadores y tus gorras.

Las mejillas de la joven se cubrieron de carmín, y continuó su labor de *crochet* con mas afán del que había puesto hasta entonces.

—Esta noche voy á hablar de ello á mi padre—continuó Luis, que había columbrado un rayo de alegría en los rasgados ojos de Adoración.

—Pero yo quisiera—dijo ésta—esperar para celebrar nuestro casamiento á que Víctor volviese, y quizá tardará; ¡esta vez se ha ido tan triste!... ¡Temo mucho por su salud!...

Cargáronse de llanto los ojos de la joven al

pronunciar estas palabras, y volvió la cabeza, enjugándolos con el pañuelo, para que su madre no se apercibiese de su conmoción.

—Yo también deseo que Víctor sea testigo de nuestra dicha—dijo Luis—aunque sé de cierto que su corazón herido no puede participar de ella.

—¿Cómo no, si nos ama tanto?—exclamó la hermosa niña con caudorosa admiración.

—El último dolor que ha sufrido ha aniquilado todas las fuerzas de su alma.

—¿Ha muerto acaso Evangelina?—preguntó Adoración, cuyo semblante se cubrió de una densa palidez.

—Sí, ha muerto—contestó el doctor;—vale más que lo sepas cuanto antes para que ruegues por el descanso eterno de la desdichada suicida!

—¡Suicidada!—murmuró la pobre joven, ahogada por los sollozos.—¡Oh, Luis, déjame, déjame que la lllore á solas!

Luis estrechó la mano de Adoración y la dejó ir á desahogar su aflicción, siguiéndola con una mirada triste.

Aprovechemos nosotros este intervalo para hacer á nuestros lectores la descripción del doctor.

Luis González frisaba en los treinta años; su estatura era elevada y gallarda, y su rostro, más que hermoso, simpático, por la expresión de be-

nevolencia y de dulce gravedad que en él llevaba impresa.

Su cara, más larga que ovalada, tenía esa suave palidez que marca el estudio y que es la más aristocrática de todas; sus grandes ojos pardos, de mirada dulce, melancólica y profunda, armonizaban bien con sus cabellos negros y rizados; tenía la frente hermosa é inteligente, la sonrisa cariñosa y el resto de las facciones regular y agradable; su dentadura era de nácar y sus manos torneadas y nerviosas; sus largos bigotes castaños, que se ensortijaban graciosamente en sus morenas mejillas, y sus tendidas y hermosas cejas daban á su fisonomía un carácter de pasión que se encuentra pocas veces en los hombres de nuestra gastada sociedad.

Su traje era elegante, sin afeminación; conocíase bien que lo había cortado la tijera de Utrilla, y aunque holgado, no cubría ninguna de las perfecciones de su simpática figura; su precioso reloj, que había costado mil pesos en Londres, estaba pendiente de un imperceptible cordoncito de pelo, primer regalo de Adoración; su camisa, de transparente y azulada batista, se cerraba casi siempre sobre el pecho con dos diminutos botones de esmeraldas, y su pie estaba siempre tan admirablemente calzado, que el holgado y luciente charol que lo encerraba parecía aumentar su pequeñez.

Sus modales tranquilos, reposados y afables, y su figura toda, retrataban bien la resignada bondad de la fuerza y la indulgente tolerancia del verdadero valor.

El doctor Luis se había reído más de una vez de algún atildado mozalbete que había creído al desafiarse hacer alarde de un arrojo temerario; y, sin embargo, como hombre de mundo, había tenido lances formales, en los cuales había prescindido de su natural prudencia para cortar una lengua villana ó defender el honor de una mujer.

Tal era el joven médico; la única pasión que sintiera se la había inspirado la señorita de Sandoval, y en ella fiaba la felicidad de toda su vida; hijo amante y respetuoso, hombre generoso y compasivo, dotado de un corazón sensible como el de una mujer, pero de una alma elevada y enérgica, era imposible que no fuera el mejor de los esposos y el padre más amoroso y previsor.

Las doce señalaba el lindo reloj colocado sobre la consola de la señora de Sandoval cuando ésta y don Anselmo suspendieron su partida.

—¿Vamos, Luis?—dijo el anciano á su hijo, que se paseaba por la sala.

—Cuando quieras, padre—repuso éste tomando su sombrero.

—¿Dónde está Adoración?—preguntó admirada doña Catalina.

—Ha un momento que salió diciendo que la dolía la cabeza—contestó el médico, que hacía ya rato que estaba inquieto por la larga ausencia de la joven.

—Vamos á su cuarto—dijo don Anselmo saliendo presuroso.—¿Acaso no eres tú casi su marido? Vamos á ver qué tiene.

Los tres se dirigieron á la habitación de la joven, que, cansada de llorar y agobiada de un fuerte dolor de cabeza, se había tendido vestida sobre su lecho, acometiéndola bien pronto un terrible delirio.

—¡Ha muerto!... ¡Ha muerto!...—repetía con voz sofocada por secos sollozos.—¡Ha muerto suicidada, sin verla yo!...

—¿Qué es lo que dice?—exclamó doña Catalina asustada y tomando entre sus manos las abrasadas de su hija.—¿Qué habla de suicidio y de muerte?

—¡Evangelina! ¡Evangelina!—murmuró de nuevo Adoración.

—¡Ah!—gritó la señora de Sandoval, para quien estas palabras fueron un rayo de horrorosa luz.—¿Ha muerto Evangelina?

—Sí—contestó don Anselmo con tristeza;—se ha precipitado en el canal.

—¿Cuándo?—tornó á preguntar doña Catalina, en cuyos ojos brillaba un fulgor extraño.

—Esta mañana al amanecer.

—¡Ah, bendito sea Dios!—gritó la madre de Adoración levantando al cielo una mirada de gratitud.—¡Entonces... no ha muerto!

—¿Qué dice usted?—exclamaron á un tiempo don Anselmo y su hijo.

—Que Evangelina vive: esta tarde, paseando con mi hija por las orillas del canal, he oído á un guarda que contaba á un compañero suyo cómo había salvado á una joven vestida de baile que se había arrojado al agua.

—¡Esa... esa es!—gritó don Anselmo.—¿Pero su hija de usted no oyó esa conversación?

—Sin duda, y durante el paseo no dejó de lamentar la suerte de esa desdichada.

—Adoración no me dejó tiempo para decirle de qué modo se había suicidado la condesa—observó el doctor, que permanecía en pie al lado de la cama;—su dolor la arrebató de una manera tal, que salió presurosa de la sala; de lo contrario, el recuerdo de lo que oyó á los guardas la hubiera convencido de que Evangelina vive.

—¡Vive!—exclamó el anciano con amargura.—¡Infeliz, viuda y desamparada!

—¡Viuda!—repitió doña Catalina aterrada.—¿Acaso el conde?...

—El conde—dijo don Anselmo—se ha suicidado también de un pistoletazo.

—¡Qué horror! ¡Ah, busquemos á Evangelina,

busquemosla sin perder tiempo, amigos míos—gritó vivamente la señora de Sandoval.—¡Busquemosla y... que vuelva á ser mi hija!

### III

Muchos días pasaron haciéndose continuas pesquisas para averiguar el destino de la infeliz Evangelina.

En vano don Anselmo, con grave perjuicio de sus intereses, que le llamaban á su botica de Aybar, se detuvo un mes en Madrid para aclarar tan importante asunto. En vano se informó de los guardas del canal, ofreciendo una grande suma al que le descubriese el paradero de la joven. Todos unánimes convenían en que el salvador de la condesa debía ser un hombre llamado Antonio Fernández, que había muerto, hacía unos ocho días, de una fiebre maligna, y todos aseguraban que ninguno de ellos había sido el autor de tan generosa acción.

Algunos decían haber oído hablar á su difunto compañero de la joven que había sacado del fondo de las aguas; aun recordaban el elogio que hacía de su triste belleza, de su lujoso traje y de su dulzura y encantos; según ellos, Antonio les había dicho que vivía en compañía suya y de su mujer, y la viuda debía saber dónde se encontraba la hermosa señorita.

El anciano indagó dónde vivía aquella y tuvo que ir á lo último del barrio de Lavapiés; mas al llegar á la casa que le habían indicado, lejos de encontrarse en el término de sus pesquisas, halló por premio de sus afanes el más triste desengaño.

Una anciana enfermiza y cubierta de andrajos que salió á abrirle le contestó con tono áspero y gruñón que la viuda del guarda se había mudado de allí hacia cuatro días, sin dejar dicho dónde iba.

Inútil fué que don Anselmo tratase de preguntarla algo más; la vieja cerró la puerta bruscamente diciendo que nada sabía acerca de la mujer por quien preguntaba, y el anciano volvió á casa de la señora de Sandoval lleno del más vivo desconsuelo.

Un mes más se pasó en inútiles averiguaciones. A pesar de lo que doña Catalina y su hija habían oído á los guardas, todo indicaba que la infeliz Evangelina había muerto, si no en el fondo de las aguas, agobiada por los crueles padecimientos de la miseria.

De nada sirvió recurrir á la policía, emplear agentes fieles y secretos y derramar oro en abundancia.

Ni el más leve rastro de luz indicaba la existencia de la condesa.

Después de ocho días de fiebre y de delirio, se

hizo menos peligroso el estado de la salud de Adoración; la savia de la vida volvió á circular por sus venas y su juvenil naturaleza triunfó al fin de la enfermedad.

La señora de Sandoval, que hasta entonces sólo había pensado en ella, se informó ansiosamente de don Anselmo y de su hijo acerca de todos los pormenores de la vida de la condesa, pormenores que completó Adoración refiriéndola cuantas tentativas habían puesto por obra Víctor y ella para descubrir la suerte de Evangelina.

Durante este largo y doloroso relato cambió muchas veces de color doña Catalina; aquella mujer de alma fuerte y espíritu varonil, pero de corazón magnánimo, se reconvinó amargamente por haberse desentendido de la hija de su hermano, y lloró con desgarradora pena todas las desgracias de la infeliz joven, teniendo que consolarla los mismos que alguna vez habían censurado la rigidez de sus principios y la severidad de su virtud.

No bien la señorita de Sandoval estuvo restablecida, manifestó Luis sus deseos de celebrar su enlace lo antes posible, petición que apoyó su padre, alegando su precisión de marchar á Aybar y su propósito de que sus hijos le acompañasen, á fin de que pasaran á su lado los primeros meses de su matrimonio.



Nada tuvo que oponer doña Catalina, y aquel mismo día escribió á Víctor diciéndole que se pusiese en camino para asistir al enlace de su hermana.

## IV

Era el amanecer de un día sereno, pero frío, de Marzo; el mes empezaba, y sus vientos, helados todavía, se dejaban sentir con fuerza.

Madrid dormía aún.

Sólo algunos jornaleros que se dirigían á emprender sus respectivas faenas y algunos vendedores cruzaban las calles con la lentitud forzada de esta clase de gentes.

Las buñoleras, abrigadas con sus pañolones de lana, en los cuales envolvían su cabeza, voceaban con acento ronco su cantinela acostumbrada; los verduleros pregonaban el largo catálogo de las legumbres que parecía se querían escapar de sus repletas cestas; los ropavejeros, esos corredores infatigables, lo mismo de los barrios solitarios y extraviados que de los más populosos y céntricos de la corte de España, gritaban también pidiendo mercancía en vez de ofrecerla, como hacían todos los demás mercaderes ambulantes, y en alguna que otra esquina se veía á una maritornes vivaracha y de compasivos ojos hablando mano á mano con un asistente mien-

tras dormían sus amos y después de haber hecho la compra que en caso necesario debía servir de pretexto á su excursión matutina.

Pero entonces apenas eran las siete, y si bien los vendedores cruzaban ya, como hemos dicho, las calles de Madrid, el más completo silencio reinaba aún en la del Almendro, adonde vamos á conducir al lector si se digna seguirnos.

Aquel barrio, solitario siempre, lo es mucho más en las madrugadas y noches; en la fecha á que se refiere nuestra historia, aunque no muy lejana, no vivían en él más que pobres artesanos, algunos eclesiásticos beneficiados de San Pedro y dos ó tres ancianas que se ocupaban en hacer mandados en las casas de la vecindad.

Los tres ó cuatros palacios solariegos que en él se ven estaban entonces desocupados, porque sus aristócratas y opulentos dueños habitaban en los barrios elegantes de Madrid.

Sin embargo de tener una posición tan modesta los vecinos de la calle del Almendro, todos dormían aún en la mañana que hemos citado, á juzgar por el silencio y quietud que se advertía; sólo una pequeña ventana de un cuarto piso abuhardillado se veía abierta, en el centro de la calle.

Aquella ventana, adornada con una maceta de geranio malva y otra de reseda, tenía otra inmediata, que ostentaba otras dos macetas de ale-

lles y albahaca. Ambas ventanas hacían ver por su igualdad que pertenecían á la misma habitación; y aunque pequeñas, estaban recién pintadas de un lindo color gris perla, que armonizaba alegremente con las blancas cortinillas que cubrían los cristales y con el limpio y encarnado barro de las macetas.

Sígueme, lector, á la vivienda donde se abren esas pequeñas ventanas, si es que te son simpáticas, y te haré contemplar un cuadro que abrigo quizá la presuntuosa convicción de que te ha de interesar.

La primera de ellas, es decir, la que está abierta de par en par, da luz á una reducida salita blanqueada y muy limpia; cuatro sillas de Victoria, una mesita de pino pintada y un gran baúl bastan para llenarla; sobre la mesa hay pendiente de una escarpia un espejito de un palmo en cuadro, y bajo él una caja de cartón, que, por estar abierta, puede verse que contiene dos peines ordinarios y un cepillo para limpiarlos.

La alcoba de esta habitación, cuya puerta está cubierta con una mezquina cortina de percal blanco por carecer de cristales, es tan estrecha, que apenas cabe en ella una pequeña cama y un aguamanil con una aljofaina de pedernal azul; sobre ésta y á alguna distancia, hay colgada de un clavo romano una toalla de lienzo crudo, pero muy blanca.

La cama, por lo poco que levanta, manifiesta ser un catre de tijera con un colchón delgado como una oblea; no obstante, está cubierta con una colcha blanca como la cortina, y su única almohada, blanca también como la nieve, está guarnecida con una tira de bordado ordinario y anticuado.

La ventana cerrada pertenece á otra salita á que da paso la ya descrita y más pequeña que ésta todavía; no tiene alcoba y colocada en el testero principal se ve una gran cama, cubierta con una colcha de lana azul, sobre la que se dobla parte de una sábana de lienzo duro y grosero; en ella duermen profundamente un niño de cuatro años y otro que apenas habrá cumplido tres; ambos son hermosos como ángeles; los dos rubios, con anchos y transparentes párpados guarnecidos de ensortijadas pestañas, bocas pequeñas é inocentes y frentes purísimas; sólo se nota en sus dulces rostros una intensa palidez, y si después de contemplar la pobreza de la habitación fijamos la mirada en sus socavadas mejillas, pronto ¡ay! muy pronto, conoceremos con tristeza que aquellas tiernas criaturas han sentido ya los efectos del hambre.

La gruesa tela de las sábanas traza una ráfaga roja en el suave cuello del mayor y en el satinado y enflaquecido bracito del más pequeño. ¡Pobres niños! ¡Ángeles que os parecéis á esos

que tanto he amado siempre! ¡Dormid vuestro dulce y cándido sueño el más largo tiempo posible y esas horas menos padeceréis!

En un rincón, y arrodillada junto á un pequeño fogón de barro, una joven como de unos veintiocho años aviva el fuego, sobre el cual cuece una tartera de sopas; su tez morena está realzada por unos grandes y hermosos ojos negros; tiene una soberbia cabellera negra también, boca fresca y hermosa y mucha gracia en la fisonomía; su talla es mediana, y sus formas, á pesar de hallarse en los últimos días de su embarazo, son esbeltas y graciosas. Lleva un vestido de indiana, de luto, y un pañolón de lana, de luto también; todas sus facciones respiran bondad, honradez y una sensibilidad vivaz y profunda.

En pie, junto al lecho y mirando á los niños dormidos con triste ternura, se ve otra joven de menos años, al parecer, que la que está junto al fogón; el género de su belleza es muy diferente del de su compañera, porque se asemeja á la de esos ángeles que se ven en los cuadros de la escuela antigua; su rubia cabellera baja en gruesas trenzas hasta cerca del suelo; sus espléndidos ojos azules son tan grandes y tristes, que más parecen ojos de santa que de mujer; su nariz y su boca son de una suavidad encantadora; su frente tersa y algo estrecha hace resaltar el negro vigoroso de sus cejas y pestañas; es alta,

y su cuello, largo como el de un cisne, se dobla con lánguida gracia, como si no pudiese sostener la peregrina cabeza que pesa sobre él.

El aspecto de aquella joven hace llorar; no parece nacida para la tierra, y se la creería próxima á volar al cielo.

En efecto, al contemplar su rostro, enflaquecido por la parte inferior; lo hundido de su pecho; el brillo que aparece, sin notarlo ella, en sus grandes ojos; el subido carmín que á intervalos invade sus descoloridas mejillas y la forma afilada de sus divinas manos, conócese bien que una terrible enfermedad de pecho va desatando uno á uno todos los lazos de su vida.

Lleva un vestido muy largo de percal azul y un pañolón de cuadros verdes y encarnados; pero el menos perspicaz adivinaría sin esfuerzo que aquellas prendas no se han hecho para su cuerpo, pues la vista de su talle frágil y elegante y de su distinguida belleza hace pensar involuntariamente en rasos, terciopelos y pedrería.

—Ea, ya está cocida la sopa de mis ángeles— dijo de repente la joven morena, levantándose trabajosamente;—voy á despertarlos.

—¡Oh, qué lástima quitarles el sueño, Lucía!—exclamó la joven rubia con dulcísima voz.—Déjeles usted que despierten ellos, se lo ruego.

—Pero, señorita Evangelina, quisiera sentar—

me pronto para concluir esa labor, cuyo dinero nos hace tanta falta—contestó Lucía. Y luego añadió dolorosamente:

—¡Cuando pienso en que estoy cerca de la hora de mi parto me estremezco! ¡Quizás puede llegar hoy, y no tenemos ni un cuarto!

—Yo trabajaré, Lucía.

—¡Trabajar usted! ¡Ah, mi amada señorita! ¡No puede trabajar!... ¡Está aun tan delicada!...

—No, no, Lucía, estoy ya buena—dijo Evangelina esforzándose para sonreír;—desde hoy voy á buscar trabajo; yo tenía en otro tiempo algún talento para la música, y ahora nos servirá; daré lecciones por las casas.

Un golpe de tos seca y profunda cortó la palabra á la condesa; llevóse en seguida el pañuelo á la boca, y bien pronto aparecieron en él anchas gotas de sangre; mas ocultándolo á la vista de Lucía, lo guardó rápidamente en el bolsillo.

—¡Ah, señorita, mi amada señorita!—exclamó Lucía sollozando.—Por más que disimule usted, está muy enferma... ¡Sí, sí, horriblemente enferma!... ¡Y yo sin poder llamar á un médico, Dios mío!

Una sonrisa dulcísima y resignada pasó por los labios de Evangelina, pero desapareció como un rayo de luna tras de una nube.

—Aseguro á usted, Lucía, que estoy buena; esta tos es una reliquia de mi estancia en las

aguas del canal, hasta que su esposo me sacó de él, y toda mi vida la tendré.

—¡Pobre Antonio mío!—murmuró Lucía.—Si él viviera nada nos faltaría, al paso que así...

—Yo soy una carga harto pesada para usted, mi pobre Lucía—dijo con tristeza Evangelina;—ha agotado con mi enfermedad todos sus recursos y he venido á aumentar su familia... ¡Hasta ha tenido usted que vestirmel...

—¡No diga usted eso por Dios, señorita! ¡Una carga para mí! Después de mis hijos nada hay en el mundo que yo ame tanto; ¿acaso podré yo olvidar jamás las palabras de Antonio?—No abandones nunca á la señorita—me dijo;—el bien que la haga traerá sobre ti y nuestros hijos la bendición de Dios, porque es una santa—y crea usted, señorita, que si se separa de mí moriría de pesar; mis hijos y usted es cuanto tengo en el mundo desde que perdí á mi Antonio!

Las lágrimas embargaron la voz de la pobre viuda. Evangelina tomó entre sus manos de marfil las manos callosas de Lucía y las estrechó afectuosamente.

—No me separaré nunca de usted, amiga mía—dijo;—yo también soy sola en el mundo. ¡ay!, mucho más sola, pues hasta mis hijos he perdido.

Ahogóse aquí la voz de la condesa; pero repo-

niéndose poco á poco de su emoción, continuó:

—Perdone usted, Lucía, que le calle mi historia; es tan terrible, que sólo al sepulcro puedo confiarla; bástele saber que soy viuda como usted y que he perdido dos hijos... de la edad de los de usted... y los únicos que tenía.

—¡Oh, calle, calle usted, señorita!—exclamó Lucía asustada al ver la alteración de las facciones de la condesa y rodeándola con sus brazos; nada quiero saber... ¿acaso no se conoce, con solo verla, que es usted una gran señora, pero muy desgraciada? ¿Acaso no es buena como los ángeles de Dios?

—Sí, he sido muy desgraciada, mi buena Lucía—dijo Evangelina, cuyos grandes ojos brillaban empañados por el llanto;—pero—añadió con voz más tranquila y sonriéndose con esfuerzo—estamos perdiendo el tiempo, que es nuestro único tesoro; siéntese usted á coser, Lucía, yo daré el desayuno á los niños cuando despierten.

—Voy á complacer á usted, señorita; en verdad tengo que darme mucha prisa para acabar antes de las doce esas tres camisas; luego iré á llevarlas, y con los seis reales que me den compraré arroz y pan para comer; pero ahora que recuerdo, ¿que va usted á tomar para desayuno?

—Yo... nada; no tengo gana, ¿y usted?

—Yo me pasaré muy bien así hasta las dos; espere usted.

Y Lucía salió corriendo, apareciendo pocos instantes después con un bollo tierno y humeante.

—Cómalo caliente, señorita—dijo;—encontré cuatro cuartos en el bolsillo del delantal y la he comprado esa torta.

La pobre Lucía mentía; ni un maravedí tenía en su poder, y sólo á fuerza de ruegos había podido conseguir del panadero de la esquina que le fiase aquel bollo sobre lo mucho que le debía.

No bien dejó el bollo en manos de Evangelina salió á la salita, y sentándose en una silla baja se puso á coser presurosa.

La condesa partió la mitad del bollo y la llevó á sus labios; pero aquel alimento insípido é insano repugnaba á su paladar, escandecido por la fiebre, y ni aun pudo tragar la partícula que tenía en la boca.

—¡Oh, Dios mío!—exclamó alzando al cielo sus grandes ojos.—¡Haz que mi agonía no sea larga, llámame pronto junto á tí, para que no haga padecer mucho á esta noble mujer!

En aquel instante despertaron los niños; la condesa besó sus frentes y los sentó en la cama, mientras ellos la sonreían como á una antigua amiga; en seguida les repartió el pedazo de bollo que no había podido comer, y fué á tomar la sopa del fogón y una pequeña cuchara de boj de una mesilla inmediata; sentóse junto al lecho y

empezó á dar á los niños la sopa, cuidando con maternal solicitud de que las cucharadas que daba al mayor contuviesen más cantidad que las que correspondían al pequeño.

Las pobres criaturas la devoraron en breve, porque aquella corta ración era muy inferior al hambre que tenían; no bien hubieron concluído, les vistió la condesa, hablándoles dulcemente, y luego lavó sus rostros infantiles y peinó con esmero sus largas y rizadas cabelleras rubias.

—Vamos, Antonio, Enrique, vamos á dar á mamá los buenos días—dijo tomándoles por la mano y saliendo con ellos á la salita; pero al llegar á ella se escapó un grito de sus labios.

Lucía, pálida y con los ojos cerrados, tenía caída la labor á los pies y la cabeza doblada sobre el pecho.

Evangelina volvió á entrar en el dormitorio y tomó la mitad del bollo que había dejado sobre la mesa.

—Coma usted esto, Lucía—dijo;—lo que tiene es una gran debilidad.

La pobre mujer tragó con trabajo los pedazos de aquella masa que Evangelina ponía suavemente en su boca, y abrió los ojos.

—Señorita...—tartamudeó con voz cortada;—señorita, estoy muy mala.

—No tema usted, Lucía; Dios va á darle por tercera vez la dicha de ser madre.

—¡Oh, pero no tenemos ni un cuarto... ni médico!

—Dios nos enviará de todo, tranquilícese usted... ¿no me ha dicho en otras ocasiones que hay por aquí cerca un médico que tiene horas para visitar á los pobres?

—Sí, señorita... en la calle del Nuncio.

—Voy, pues, á buscarle.

La condesa acercó una silla á la espalda de Lucía, puso en ella las dos únicas almohadas que había en la casa, en las cuales recostó la cabeza de la enferma, y envolviéndose en una mantilla de manto salió presurosa de la buhardilla.

Mas al concluir de bajar el primer tramo de la escalera, la luz faltó á sus ojos y cayó sentada en uno de sus últimos peldaños; una palidez mortal cubrió su frente y llevó al pecho su enflaquecida mano.

—¡Oh, Dios mío!—exclamó.—¡Dejadme vivir hasta que esté buena Lucía!

Y levantándose trabajosamente salió á la calle y se dirigió á la del Nuncio.

## V

La pobre Evangelina tardó largo rato en andar la corta distancia que separa la calle del Almendro de la del Nuncio; se informó en una

tienda de las señas de la casa que habitaba el médico y se encaminó hacia ella lo más deprisa que pudo.

No obstante, por intervalos se veía obligada á pararse porque se sentía desfallecer; parecíale que tenía delante de los ojos alguna cosa que la deslumbraba, y que millares de luces reflejaban ante su vista; otras veces un golpe de tos seca y violenta llenaba sus labios de sangre, y un dolor abrasador y punzante la devoraba el pecho.

La desdichada joven, salvada por el guarda Antonio del fondo del canal, hubiera sido infinitamente más dichosa encontrando en él su sepulcro; herida de muerte su existencia por la inhumana conducta de su esposo, el trágico fin de aquel hombre á quien tanto había amado y que era padre de sus hijos fué el golpe cruel que acabó de postrar sus fuerzas y que la hizo perder la razón.

Su precipitada carrera en aquella fría madrugada y la larga estancia en las aguas heladas del canal desarrollaron en su frágil organismo el último y más terrible período de la enfermedad que desde hacía mucho tiempo minaba, aunque lenta y sordamente, los órganos de su vida; cuando Antonio pudo asirla de las largas trenzas de su cabellera era ya la tercera vez que salía a la superficie, síntoma infalible de estar ya casi ahogada.

Al verla el generoso guarda extendida á sus pies, yerta é inanimada, la creyó un ángel ó una santa descendida del cielo; después de hacerla arrojar la no escasa cantidad de agua que había tragado, la condujo en sus brazos hasta su casa, donde la buena y tierna Lucía la preparó una cama bien caliente, acostándola en seguida y cuidando de ella durante un mes, con la más exquisita solicitud; pero su pobreza no la permitía emplear los medios enérgicos y eficaces que hubieran sido indispensables para conseguir un pronto y completo restablecimiento; ni aun se la ocurrió llamar á un médico, y si bien Evangelina recobró después de algunos días la elasticidad de sus miembros ateridos, la enfermedad mortal que la aquejaba hizo tan rápidos y asoladores progresos, que tomaron el carácter de incurables.

La inesperada muerte de Antonio sumió á su vida en la indigencia; más de un día pasaron las dos pobres mujeres sin desayunarse y sin tener un pedazo de leña siquiera que atenuase el rigoroso frío de la estación; más de un día sucumbió Evangelina á una congoja de largas horas producida por el frío y el hambre; empero ni la queja más leve salía de los labios de la pobre mártir, que se contentaba con rogar á Dios que la llamase pronto junto á sí.

En aquella mañana en que sus sufrimientos

habían llegado á su último grado, sentía dentro de su corazón una especie de alegría triste y dulce á la vez.

¡Desdichada! Iba en busca de un médico para la benéfica criatura que la había amparado, mientras ella se moría sin que pensase en procurarse igual socorro.

La muerte era para ella un bien, y la saludaba como á una tierna y compasiva amiga; desde el fondo de su alma dirigía un tierno adiós á su tía, á sus primos y á sus amigos, y hacía el propósito de rogar por su dicha á los pies del trono del Señor.

Llegó, por fin, hasta la casa que buscaba; subió penosamente y llamó con mano trémula, siendo introducida en una salita donde el médico estaba desayunándose con café y tostadas con manteca.

—¿Qué se le ofrece á usted, joven?—preguntó á Evangelina el doctor, que era un grueso y grave personaje.

Pero ésta, pálida y con la respiración oprimida, apenas podía hablar, y tuvo que dejarse caer en una silla.

—Perdón, señor...—murmuró—¡estoy tan cansada!...

Doblóse su cabeza sobre el pecho y se apagó su voz.

Hacía cerca de veinticuatro horas que la des-

dichada joven no había tomado alimento alguno.

Levantóse el doctor, acercóse á ella y echó atrás el velo de su mantilla; después tocó sus sienes heladas, y aproximándose á la mesa llenó un vaso de leche caliente, puso en él una cucharada de azúcar y lo acercó á los labios de Evangelina, que tragó lentamente algunos sorbos, arrastrada quizá por esa rara é incomprendible fuerza del espíritu de conservación que no abandona nunca ni aun á los seres que desean la muerte.

—¡Pobre joven!—tartamudeó el doctor.—¡Se está muriendo de necesidad! ¡Y tan enferma! Vamos—prosiguió, volviendo á acercar el vaso á los labios de Evangelina—vamos, señorita, acabe usted de beber; esto le será de mucho provecho.

La desventurada condesa bebió ansiosamente el resto de la leche.

—¡Ah, señor! ¡Dios bendiga á usted!—exclamó con los ojos llenos de lágrimas, devolviendo el vaso al doctor.

El fervor de esta exclamación descubrió el extremo de miseria que aquejaba á la hermosa y distinguida joven; pero el médico guardó silencio, esperando á que ella hablase.

—Vengo, señor—dijo al fin Evangelina—á suplicar á usted que se digne asistir á una pobre mujer que está de parto.



—Con mucho gusto, hija mía— contestó el doctor—¿dónde vive?

—En la calle del Almendro, número 7.

—Pues vaya á consolarla que ya la sigo—y sacando una moneda de oro del bolsillo de su bata la puso en la mano de Evangelina, añadiendo con bondad;—hágame usted la merced de admitir esto y tome un coche para que pueda volver más pronto á su lado y preparar los primeros medicamentos.

Un arrebatado carmín cubrió el blanco y dulce rostro de Evangelina, que rechazó la moneda con orgullosa dignidad.

—¡Gracias, señor!— dijo —todavía no pido limosna.

El doctor la contempló durante algunos segundos con profunda admiración, y luego estrechó su mano.

—Perdone usted — murmuró — noble joven; pero dese prisa, que la enferma estará tal vez aguardándola con impaciencia.

Evangelina bajó la escalera y salió á la calle, dirigiéndose inmediatamente á una peluquería situada enfrente de la casa del doctor.

—¿Quiere usted comprar mi pelo, caballero?— preguntó tímidamente al que parecía dueño de la tienda.

Éste desenlazó las magníficas trenzas rubias de la joven, que casi descansaron en el suelo.

—Si me lo vende usted barato—contestó tras un maduro examen—no hay inconveniente.

—Usted le pondrá precio—se apresuró á decir la desdichada bajando los ojos.

—Entonces siéntese usted, que me parece que no se irá descontenta.

Y el peluquero, temeroso de que se le escapase aquel tesoro, hizo sentar á Evangelina y pasó sus enormes tijeras por el nacimiento de su espléndida cabellera, que encerró ansioso en un cajón.

—Tome usted dos duros, señorita, es todo lo más que puedo dar—dijo después, poniendo en la mano de la desdichada Evangelina dos napoleones que, sin duda por deslumbrar más á la joven, bautizó el peluquero con el nombre de duros.

La infeliz condesa alzó al cielo una mirada de gratitud y salió presurosa de la tienda; ya llevaba con qué dar caldo á Lucía.

Al llegar á la puerta de su casa entraba también en ella el médico.

La condesa rogó á una vecina que fuese á buscar lo que hacía falta para asistir á la enferma y subió á su cuarto en pos del doctor.

## VI

No bien recibió Víctor las cartas de doña Catalina y de Luis, en las cuales le rogaban se pudiese inmediatamente en camino para presenciar el enlace de éste con Adoración, se apresuró á cumplir los deseos de su madre y de su amigo, ó más bien, de su hermano, pues como á tal le amaba desde la época en que la generosidad del joven doctor y de su padre le habían abierto una carrera y un porvenir.

La simpatía que unía á los dos jóvenes era profunda y grave como sus caracteres.

Victor, aunque contaba dos ó tres años menos que Luis, era como él meditabundo, reflexivo y cariñoso; el amor que desde su más tierna edad había profesado á Evangelina, amor sin esperanza y sin consuelo, había madurado su carácter prematuramente y le había impreso un sello de melancolía que nada podía disipar.

Abandonó, pues, la capital de Francia con el propósito de regresar á ella tan pronto como se efectuase el enlace de su hermana, porque Madrid le inspiraba un horror profundo; mirábalo como la tumba de Evangelina y sólo el amor de su familia y su deseo de presenciar la dicha de sus hermanos podían haberle decidido á volver á él.

La amorosa impaciencia de Luis le había hecho que se preparase todo para que la boda pudiera realizarse no bien llegase Víctor.

Dos días antes del en que se le esperaba, se publicó la última amonestación, y dos horas después de entrar en Madrid debían dirigirse á la iglesia para celebrar la tan suspirada ceremonia.

A las siete de la noche llegó por fin la diligencia, y al poner el pie en el estribo se encontró Víctor en los brazos de doña Catalina, de don Anselmo, de Adoración y de Luis.

Venía el joven pálido y enflaquecido; la tristeza de su mirada y la vaguedad de su sonrisa vendían el hondo pesar que minaba su alma.

Encamináronse todos á casa de doña Catalina, que se apoyó en el brazo de don Anselmo, tomando Adoración el de su hermano.

—¡Dios mío!, Víctor, ¿que tienes?—exclamó la joven clavando una angustiosa mirada en el semblante de éste.—¡Oh! Temo que la vista de mamá se fije en tu rostro y descubra en él el estrago que ha hecho la tristeza; afortunadamente la oscuridad no la ha permitido verle todavía, pero en casa...

—Tampoco tu fisonomía revela una salud á prueba, hermana mía—contestó Víctor sonriendo melancólicamente y examinando las bellas facciones de Adoración, pálidas, en efecto, desde su última enfermedad.

—Será aprensión tuya... balbuceó Adoración.

—No, no es aprensión—replicó Víctor—¿dime que te pasa, qué sientes hermana mía?

—Lo mismo que tú, exclamó Luis en voz baja.

—¿Luego sabéis?...

—¡Todo!

Un largo silencio sucedió á estas palabras. Nadie volvió á hablar hasta llegar á casa.

No bien entraron en ella, Víctor se encerró en su cuarto para cambiar de traje, y Adoración entró en su tocador con su madre para vestirse también.

Poco tardaron ambas en volver á la sala, donde esperaba el boticario y su hijo; el riguroso luto que vestía toda la familia había excluído hasta el más ligero adorno del traje de la desposada; llevaba, sin embargo, un elegante vestido de raso negro, y sus magníficos cabellos estaban medio cubiertos por una riquísima mantilla de terciopelo guarnecida de blondas, que había sido uno de los regalos de boda de don Anselmo.

El traje de luto de doña Catalina era también de mucho valor.

Luis vestía igualmente de luto riguroso; aunque todos los dolores de Adoración le pertenecían, aunque como ella sentía la pérdida de Evangelina, no había podido participar hasta entonces de las señales exteriores.

Un instante después salió Víctor de su cuarto precedido de Camelia, que saltaba alegremente; el traje negro del artista hacía resaltar la estrema palidez de sus facciones, y sus ojos, enrojecidos, decían claro que habían derramado amargo llanto; ofreció el brazo á su madre, y la pobre señora, al fijar en él sus ojos, tuvo que hacer un esfuerzo violento para contener un grito de angustia. No obstante, demasiado generosa para alterar la alegría de su hija, se contuvo y tomó silenciosamente el brazo de Víctor.

Adoración se apoyó en el de don Anselmo; Luis pasó á su lado y se dirigieron á la iglesia.

Camelia se adelantó, saltando como de costumbre; en vano trató Francisca de detenerla; la alegre perrita se lanzó á la calle y no hubo más remedio que dejarla ir, aunque con grave sentimiento de todos.

## VII

Después de algunas horas de terribles padecimientos, dió á luz la viuda del guarda Antonio una hermosa niña; el generoso doctor permaneció á la cabecera de su cama todo el tiempo que duró el peligro, y la pobre Evangelina halló fuerzas en su heroísmo para atender á la enferma en su crítico estado con la más esmerada y tierna solicitud.

El doctor la contemplaba asombrado; persuadido de que aquella desventurada criatura estaba al borde del sepulcro, no podía convencerse de ello, sin embargo, al verla moverse con tanta actividad.

El buen señor, aunque notó que Evangelina tenía cortados los cabellos, no sabía el sublime sacrificio que la había despojado de ellos; cuando fué á buscarle llevaba la cabeza cubierta con la mantilla, y al verla rehusar con tanta entereza el dinero que la había ofrecido creyó que contaba con algunos medios para vivir y que se había engañado al creerla sumida en la mayor miseria.

Hubo, empero, un instante en que, calmados un tanto los dolores de Lucía, fijó ésta sus ojos con reconocimiento en el semblante de la condesa, que la sostenía; la mirada de la viuda se posó en la cabeza de Evangelina, y una viva sorpresa se pintó en sus facciones; alteradas por el sufrimiento.

—¿Qué ha hecho usted de sus hermosos cabellos, señorita?—exclamó asombrada.

La condesa bajó la cabeza, y un subido carmín coloreó su dulce fisonomía.

Al notar su confusión surgió un rayo de luz en la mente del médico, que acudió con la mayor naturalidad á sostener á Lucía.

Aprovechando Evangelina esta favorable oca-

sión de ocultar su turbación, salió de la alcoba presurosa sin decir una palabra.

—¿Tenía usted dinero en casa esta mañana?—preguntó el médico á la joven.

—Ni un cuarto, señor—contestó ésta tristemente;—y ahora que pienso... ¡Ay, Dios mío! ¿De dónde habrá sacado la señorita para esa bebida que me da y para el caldo excelente que me ha preparado?

—¡Oh, santa criatura!—exclamó el doctor elevando al cielo sus manos juntas y sus ojos arrasados de llanto.

—¿Qué dice, señor?

—¡Que ha vendido sus cabellos para socorrer á usted!

Un grito penetrante se escapó de los labios de Lucía, que rompió á llorar con su noble corazón, agobiado por el exceso de su gratitud.

—Calle usted—dijo el doctor—nada la diga, porque la haría ruborizarse de su heroísmo.

En aquel momento apareció Evangelina. Lucía calló, pero tomando una de sus blancas manos, abrasada por la calentura, la cubrió de besos y de lágrimas.

La fisonomía de la condesa estaba enteramente demudada; brillaban sus grandes ojos con un fulgor sombrío, mientras que su palidez se hacía cada vez más intensa.

El mismo doctor fué á la cocina y volvió con

una taza de caldo que hizo tomar á Evangelina.

Pocos instantes después, y precipitado el parto, sin duda, por la fuerte emoción que Lucía había sentido, dió ésta á luz á su hija; el médico recomendó quietud y reposo, y salió para volver dentro de cuatro horas.

Entonces la condesa corrió á tomar el cesto que contenía la costura de Lucía, y sentándose junto á la ventana se puso á coser con actividad para concluir las camisas, llevarlas y cobrar su importe.

Cerca del anochecer era cuando acabó su obra con la cabeza abrasada y el pecho oprimido por un dolor voraz.

Lucía dormía con la niña en sus brazos, y los dos niños, acostados á los pies del lecho de su madre, dormían también profundamente.

Evangelina esperó con impaciencia á que el médico volviese, y no bien llegó, pretextó un quehacer indispensable y corrió á entregar la costura.

Mas apenas había andado la mitad de su camino sintió sus pies clavados en el suelo, inundóse su rostro de un helado sudor y cayó desmayada en las gradas de una iglesia.

En medio de su desvanecimiento aun pudo oír un ladrido dulce y triste, seguido de un grito penetrante y de algunas exclamaciones de loca alegría.

.....  
 .....  
 .....  
 Cuando volvió en sí Evangelina, se encontró acostada en un cómodo y mullido lecho. Su tía, inclinada sobre su cabeza, lloraba amargamente; Adoración tenía cogidas sus manos y sollozaba también; junto á ella estaba Luis, y á los pies del lecho pudo columbrar la moribunda condesa la austera figura de su primo Víctor.

Camelia, sentada en medio de la estancia, repetía el triste gemido que Evangelina oyó al rendirla su desmayo.

Al verla abrir los ojos, Luis separó con suavidad á su esposa; tomó la mano de la condesa y puso alternativamente la otra en la frente y en su pecho.

Pero ¡ay! este examen hizo palidecer densamente al joven doctor.

Al observar el trastorno del semblante de Luis se acercó á él su padre, que se había dejado caer abatido en un sillón.

—¡Padre mío!—exclamó el joven.—¡Padre, que venga sin perder un instante un confesor!...

Víctor lanzó un grito ronco y llevó su mano al corazón, mientras el anciano salía presuroso del dormitorio. Doña Catalina y su hija se estrecharon contra el lecho, del cual se separaron todos bien pronto para dejar paso á un venerable

sacerdote, que entró precedido de don Anselmo.

La condesa hizo contrita su confesión, y la de una santa en la agonía no podía ser más pura.

El sacerdote abandonó la estancia con los ojos llenos de lágrimas.

—Tía mía... —dijo entonces Evangelina— ¿quiere usted llevarme á su casa de la aldea... para que pueda morir... donde... tan feliz he sido?...

Doña Catalina consultó á Luis con una mirada ansiosa.

—Aun podrá llegar á Aybar, madre mía—observó en voz baja el doctor.

—Mañana partiremos, hija amada—dijo la señora de Sandoval, abrazando tan estrechamente á Evangelina como si hubiera querido transmitirle toda su vida.

## CONCLUSIÓN

Víctor y Lucía.

Una buena acción nunca  
es perdida.  
(PROVERBIO POPULAR.)

Un mes después exhaló la condesa viuda de San Telmo el último suspiro en el seno de su familia y reclinada en los brazos de Adoración. Su rostro quedó tan hermoso, que parecía que Evangelina estaba dormida en el sillón que fué su lecho postrero.

Evangelina quiso morir en el saloncito de labor, donde tantas veces había jugado al volante con Adoración, y donde ambas trabajaban en compañía de doña Catalina y de Víctor.

Sus últimas palabras fueron asegurar con los ojos clavados en el cielo y el semblante radiante de alegría que veía abrirse la azulada cortina del firmamento, y tras ella la gloria, desde donde sus hijos la tendían los brazos para recibirla.

sacerdote, que entró precedido de don Anselmo.

La condesa hizo contrita su confesión, y la de una santa en la agonía no podía ser más pura.

El sacerdote abandonó la estancia con los ojos llenos de lágrimas.

—Tía mía... —dijo entonces Evangelina— ¿quiere usted llevarme á su casa de la aldea... para que pueda morir... donde... tan feliz he sido?...

Doña Catalina consultó á Luis con una mirada ansiosa.

—Aun podrá llegar á Aybar, madre mía—observó en voz baja el doctor.

—Mañana partiremos, hija amada—dijo la señora de Sandoval, abrazando tan estrechamente á Evangelina como si hubiera querido transmitirle toda su vida.

## CONCLUSIÓN

Víctor y Lucía.

Una buena acción nunca  
es perdida.  
(PROVERBIO POPULAR.)

Un mes después exhaló la condesa viuda de San Telmo el último suspiro en el seno de su familia y reclinada en los brazos de Adoración. Su rostro quedó tan hermoso, que parecía que Evangelina estaba dormida en el sillón que fué su lecho postrero.

Evangelina quiso morir en el saloncito de labor, donde tantas veces había jugado al volante con Adoración, y donde ambas trabajaban en compañía de doña Catalina y de Víctor.

Sus últimas palabras fueron asegurar con los ojos clavados en el cielo y el semblante radiante de alegría que veía abrirse la azulada cortina del firmamento, y tras ella la gloria, desde donde sus hijos la tendían los brazos para recibirla.

Toda la familia había dejado ya la sala en que yacía el cuerpo helado de Evangelina; sólo Víctor y Lucía permanecieron arrodillados á sus pies hasta que la sacaron de la casa; el joven tenía los ojos secos y encendidos; la viuda de Antonio, con su hija en los brazos, y rodeada de sus otros dos hijos, lloraba amargamente, besando sin cesar las manos yertas de la condesa.

.....

.....

Transeurridos tres días, Víctor participó á su familia reunida que había resuelto casarse dentro de un mes; este anuncio, cuando acababan de terminarse los funerales de la mujer á quien tanto había amado, hizo temer á todos por la razón del joven; pero Luis, que al parecer estaba ya enterado de los proyectos de su hermano, les tranquilizó asegurándoles que su propósito era hijo de una madura reflexión.

—Sí—añadió entonces el pintor;—me caso con Lucía; no puedo pagarla mejor lo que ha hecho por el ángel que cuya pérdida lloramos; dándole mi nombre y mi mano seré el amparo de esa infortunada, y sus tres huérfanos encontrarán en mí un padre amante y generoso.

Doña Catalina abrazó estrechamente á su noble hijo y dijo gracias al cielo de que le hubiera inspirado este pensamiento, porque, en efecto,

desprendiéndose de toda preocupación acerca del humilde origen de la joven viuda, no era posible encontrar una criatura más generosa, más amable ni de índole más dulce; la natural distinción de sus modales y la regular educación que aunque hija del pueblo había recibido, la hacían además muy superior á las demás mujeres de su clase.

—Con nadie—prosiguió Víctor—con nadie mejor que con Lucía podré hablar continuamente de Evangelina; porque Lucía es la única mujer á quien puedo hacer dichosa uniendo al suyo mi destino. ¿Qué otra admitiría, en cambio de su amor, un corazón desgarrado? ¿Cuál no tendría celos—continuó señalando á través del balcón abierto la losa que cubría los restos de la condesa—de ese sepulcro á cuyo lado quiero pasar mi vida? Sólo Lucía tiene bastante infortunio y nobleza para encontrar dicha en donde únicamente existirían motivos de amargura para todas las demás.

A los quince días siguientes, y á la caída de una hermosa tarde de Mayo, Adoración y Luis se despedían rezando del sepulcro de Evangelina; luego se levantaron, abrazaron á sus padres, á Víctor, á Lucía y á sus niños, que también estaban arrodillados detrás de ellos, y subieron á una silla de posta que debía conducirles á Madrid.



—¡Hasta que me traigáis un Luisito, hijos míos!— exclamó don Anselmo.

La silla partió, y doña Catalina abrazó cariñosamente á Lucía.

—Ahora, hija mía—la dijo—ya no me queda otra compañía que la tuya.

—Mi amor consolará á usted de la ausencia de mi hermana, madre mía—contestó noblemente la joven.

Doña Catalina, don Anselmo, Víctor y Lucía se dirigieron á la quinta; los dos niños saltaban delante, y su inocente alegría hizo asomar por fin una sonrisa á los labios de los ancianos.

.....

.....

.....

Desde entonces todos los veranos iban á Aybar Luis y Adoración; al anochecer, los buenos campesinos de aquellos contornos veían diariamente arrodillada junto á la losa que guardaba el cadáver de la condesa de San Telmo á una dilatada familia compuesta de dos ancianos venerables, cuatro hermosos jóvenes de ambos sexos y algunos niños; tres de éstos era hijos de Antonio; dos llevaban el apellido de Víctor, y los otros tres restantes eran fruto del amor de Luis y Adoración.

Victor fué dichoso con Lucía cuanto podía serlo; esta amable y generosa joven cerró los

ojos de doña Catalina, y su dolor fué tan grande como el de Adoración, con la cual la unió siempre la afección más tierna.

Victor no quiso salir jamás de aquel rincón de Navarra; el mundo para él estaba en el sepulcro de Evangelina, en el amor de sus hijos y en la tranquila y sublime ternura de Lucía. Olvidóse completamente de la gloria que en sus primeros años tanto ambicionara, y su vida oscura patentizó bien claro que ese fantasma ilusorio se convierte en humo para los corazones que desgarró el pesar.

FIN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

